

BIANCA®

Secretos de juventud

Cathy Williams

Cathy Williams

Sueños de juventud

Bianca 968

A los diecisiete años, Angela Field se vio obligada a entregar a su hija Natasha en adopción.

Ocho años más tarde, la familia adoptiva de Natasha murió trágicamente en un accidente y la pequeña quedó bajo la tutela de Nick Cameron, un hombre de negocios que no tenía tiempo para cuidar de la niña. Lo que él necesitaba era una niñera. Y Angela sabía que ella sería una candidata perfecta. Nick no debía sospechar que ella era la madre natural de Natasha…

Pero era un hombre atractivo y seductor, ¡y Angela se vio tentada a confiarle sus secretos, y su corazón!

SECRETOS DE JUVENTUD,
Secretos de juventud (1998)
Título original: A Natural Mother
Colección: Bianca N° 968 - 8.7.98
Protagonistas: Nick Cameron y Angela Field

Prologo

HABÍA tenido nueve meses largos para pensar en ello. Se había detenido en cada matiz, en cada detalle. Y se había dicho que aquello era lo mejor. El único camino. Pero ahora que había llegado la hora, Angela se daba cuenta de que se aferraba a la cama firmemente, y trataba de reunir fuerzas para no sufrir una crisis nerviosa y ponerse a llorar. Sentía su cuerpo rígido como un trozo de madera.

La habitación del hospital era muy pequeña. Tenía una cama, una de esas camas particularmente estrechas e incómodas que no permitían apenas movimiento, un ropero, y una silla cerca de la ventana. También tenía un cuarto de baño. Un lujo, realmente, pero los Streetman habían insistido en que fuera una habitación privada. Angela había querido conocerlos desde el mismo momento en que se había hecho a la idea, y ellos la habían estado mimando desde entonces. Llegarían en unos pocos minutos. Seguramente estarían radiantes, llenos de felicidad. Así que una puerta se cerraría y otra se abriría.

La asistente social le estaba hablando, amablemente, suavemente, y Angela dejaba que las palabras monótonas le resbalasen. Le costaba pensar, moverse. Todo su cuerpo se estaba resintiendo del esfuerzo de controlar sus emociones. Le hubiera gustado gritar, tomar lo que era suyo y salir corriendo de aquella habitación de hospital con olor a antiséptico. Pero tenía que recordarse que no tenía ningún lugar hacia donde correr.

Miró el pequeño espejo de la puerta del ropero, y se repitió las mismas frases que se había estado repitiendo tantas veces en los últimos meses.

Tenía diecisiete años, sólo diecisiete años. No tenía hermanos, ni

una madre a quien recurrir. Su padre no la quería. Lo acompañaba una botella como única compañera, desde siempre.

¿Qué tipo de vida era aquélla para un bebé?

El reflejo en el espejo se hizo borroso y ella pestañeó varias veces rápidamente. No podía arriesgarse a tener lazos con la niña. Eso era algo que le había dicho la asistente social. Era mejor que las cosas siguieran su curso, y pensar en lo mejor para el bebé. Los Street–man eran cálidos y afectuosos. Serían capaces de darle al bebé todo lo que ella no podría darle. Y habían prometido seguir en contacto con ella, mandarle fotos, mantener un lazo; y ella les había creído.

No podía mirar aquel pequeño milagro de la vida que dormía en la cuna, pero extendió la mano hasta alcanzar la manita de su hija. La sostuvo en su mano, y se dijo que sí, que estaba haciendo lo correcto.

Capítulo 1

EL CONDUCTOR del taxi la dejó en la casa. El hombre había hablado sin parar desde la estación, y Angela había contestado por obligación las respuestas que creía adecuadas, pero ella había estado muy nerviosa, y ahora, al mirar la fachada de la casa, se empezaba a sentir más mareada aún, si eso era posible.

Esperaba desesperadamente que nada de aquello se le notara en la cara. Había esperado casi un año aquella oportunidad, y no iba a permitir que su malestar en el estómago se la arruinara. Nick Cameron no querría que una neurótica se ocupase de su sobrina.

«Tengo veinticinco años», se dijo, «soy una experimentada maestra de escuela, y tengo buena presencia». Se alisó la falda, una falda gris que formaba parte de un traje de chaqueta con manga corta. Se lo había comprado a propósito, para dar la imagen que buscaba. Su melena rubia, que le llegaba hasta los hombros, estaba recogida en un moño. Se sentía extraña, porque estaba acostumbrada a llevar una coleta o simplemente el pelo suelto. Se tocó nerviosamente el pelo, asegurándose de que no se le escapaba ningún mechón.

«¡Oh! ¡Dios Santo! Por favor, que dé la impresión adecuada», se dijo.

Intentó quitarse de la cabeza la necesidad que tenía de aquel trabajo. No quería pensar más que en ese momento.

« ¡Si al menos la casa no fuera tan grande!», pensó. Ella nunca se había imaginado que las casas en Londres fueran tan grandes. Era una mansión victoriana con chimeneas y grandes ventanales. Los jardines no eran enormes para estar en Londres. Delataban la riqueza de su dueño.

Deseaba saber más cosas de él. ¿Cómo sería como persona?

¿Qué aspecto tendría? ¿Cuántos años tendría? Cualquier detalle que hubiera sabido la habría ayudado a disipar el terrible miedo que sentía, pero los Streetman, a pesar de que habían cumplido la promesa de mantener el contacto con ella, y de haberle enviado fotos de su hija en cada cumpleaños a lo largo de aquel tiempo que ya se había transformado en años, nunca habían hablado más que de Natasha.

Tocó el timbre y esperó, y finalmente oyó ruidos de movimiento en la casa.

Su estómago se encogió por los nervios. Luego suspiró de alivio al ver a una mujer de mediana edad que abría la puerta.

—¡Usted debe de ser la señorita Field! —dijo la mujer, convencida, después desecharle un vistazo rápido.

Angela estuvo a punto de decirle que sí, pero en cambio sonrió y asintió, dejando que la mujer la hiciera pasar al gran recibidor.

—El señor Cameron la está esperando en su despacho —dijo la mujer cerrando la puerta.

Angela la siguió apretando su bolso con ambas manos.

La primera impresión sobre la casa fue la de ser muy grande y estar decorada con exquisito gusto. La entrada estaba empapelada en color pastel, y tenía tres cuadros de pintores impresionistas a un lado, colgados de forma poco ortodoxa, con unas finísimas cadenas de oro. A la derecha había una estantería de roble. Pero Ángela no se detuvo a mirar; sólo echó una ojeada a las puertas entreabiertas de las habitaciones de la planta baja.

La mujer de mediana edad era muy callada, el extremo opuesto del taxista. La llevó a una habitación amplia pintada de amarillo, que parecía ser un comedor de diario. Pasaron por la cocina, que estaba en un desnivel, y luego atravesaron una despensa exquisitamente decorada.

Era una casa para disfrutarla, con las dimensiones y la gracia de todas las casas victorianas: techos altos, y una gran sensación de solidez.

En ese momento llegaron a una puerta, que evidentemente sería la del despacho. Angela ya no vio más que eso: el ama de llaves y una puerta de pino desnuda, con un cerrojo antiguo sobre el picaporte.

En lo único en lo que podía pensar ella era en que un día de

marzo, de hacía ocho años, su vida había dado un giro de gran importancia. Y que en aquel momento volvería a dar otro. Si la suerte estaba de su parte.

Oyó la voz de un hombre contestar «Sí» al ama de llaves cuando ésta golpeó la puerta.

Entonces, después de decir «Gracias» al ama de llaves y de que ésta asintiera con la cabeza y le dedicase su primera sonrisa, Angela entró y se encontró con Nick Cameron.

Realmente no había podido imaginárselo. Amanda Streetman había sido una mujer alta, de pelo rubio, atractiva, con un rostro de sonrisa fácil. Había sido una mujer sofisticada, pero no demasiado. De haber seguido viva, debería de haber tenido por entonces unos cuarenta y tantos años, pero Angela no podía hacerse una idea de Amanda con esa edad. No se valía más que de su imaginación porque las fotos que habían enviado regularmente eran de Natasha sola, sin ninguno de sus padres de fondo.

Nick Cameron no se parecía en nada a su hermana, aparte de su perfecta estructura ósea.

Ella se quedó de pie, mirando al hombre que había girado la silla de piel en la que estaba sentado para saludarla.

Era moreno; en cambio su hermana había sido rubia. El pelo negro, los ojos grises, y un rostro agresivamente masculino que probablemente hiciera volverse a las mujeres para mirarlo.

—Señorita Field. Por fin nos conocemos. Por favor, pase. No hace falta que se quede ahí de pie, como si estuviera a punto de huir. No voy a comerla —dijo él sin sonreír. Lo que no la ayudó en absoluto a relajarse. No parecía un hombre dado a sonreír gratuitamente. Parecía más bien observar profundamente, y sacar sus propias conclusiones en silencio.

Sus ojos eran de un gris intenso, agudos; parecían verlo todo. ¿Qué podría ver en ella si la miraba demasiado? Eso la asustaba. La respuesta a esa pregunta le daba miedo, y podía hacerla perder la concentración que necesitaba en ese momento.

Angela entró y se sentó en una silla enfrente de él. —¿Quiere beber algo, señorita Field? ¿Café? ¿Té? —él cruzó las piernas con un movimiento perezoso, que denotaba que él era consciente de su poderoso atractivo, hiciera uso de él o no.

Angela negó con la cabeza y se esforzó en sonreír. —Gracias,

pero no. He bebido mucho café hoy. En el viaje a Londres.

—Bien. Entonces iremos a lo nuestro, ¿le parece?

Ella hubiera deseado que él no la pusiera tan nerviosa. Nuevamente estaba aferrada a su bolso. Intentó relajarse.

—No voy a decirle que no sentí curiosidad cuando recibí su carta hace cuatro meses.

La carta en cuestión estaba sobre la mesa del escritorio, y él la desplegó y la miró, como para recordar su contenido.

—Lo comprendo… —comenzó a decir Angela.

Ella se había preparado para que le hiciera determinadas cuestiones, y aquélla era una de ellas, pero él la interrumpió antes de que pudiera darle la explicación tan cuidadosamente elaborada.

—Por supuesto, mi contacto con Mandy era limitado, lamentablemente, porque vivíamos en países diferentes, pero ella nunca me habló de usted, ni siquiera de pasada.

Los ojos de Cameron la miraban con sospecha, pero ella volvió a sonreír, y dijo:

—Tal vez se le haya olvidado.

—No suelo olvidarme de nada, señorita Field. Tampoco Natasha se acuerda de su nombre. Debe de haber tenido una amistad un poco rara con mi hermana.

Debajo de aquella afirmación yacía una pregunta, evidentemente.

—No nos veíamos muy a menudo. Nos comunicábamos por teléfono con bastante regularidad, y también por carta.

El tema del teléfono era una tergiversación de la realidad, pero lo de las cartas era verdad, aunque no del modo que él lo habría interpretado.

Sus ojos se encontraron, y ella volvió a sentir una sensación ambigua: mezcla de aprensión y fascinación. Hacía mucho tiempo que no tenía una sensación tan especial frente a un hombre. Una vez se había dejado fascinar por el encanto de alguien, y lo había pagado demasiado caro. Desde entonces, ella había encerrado sus emociones bajo llave. Había sido fácil. Las consecuencias de su error la habían ayudado. —Además, usted no asistió al funeral. —Me temo que no —dijo ella. No quería que él la desviase de su camino. Pero Nick Cameron parecía un hombre capaz de arrancar las respuestas que quería por cualquier medio. Y no estaba

dispuesto a pasar por alto la inconsistencia de las respuestas que le daban. ¿Acaso no le había dicho que no se olvidaba de nada?

—Dígame cómo conoció a Mandy —dijo él abruptamente, como si el tema del funeral tampoco le gustase. Angela se relajó un poco.

—Yo estaba en el colegio todavía. Tenía diecisiete años —su voz se quebró imperceptiblemente al decirlo, pero hizo un esfuerzo por hablar de manera más natural—. Estudiando arte. Su hermana vino a darnos una clase acerca de Chagall. Entonces, mientras ella estuvo dando clases, echó una ojeada a los dibujos que habíamos hecho. Eran paisajes.

Había bastante de verdad entremezclada con elaboración fantástica como para dar cierta consistencia a lo que estaba diciendo. Ella estaba estudiando arte en el colegio cuando se había quedado embarazada. Arte e Inglés. Amanda Streetman no había ido a dar ninguna conferencia, pero solía hacer eso en aquella época. Se había enterado de algunas cosas durante su embarazo, cuando había estado en contacto con ellos. Y de hecho. Amanda había mirado varios cuadros de Angela y le habían llamado la atención.

—Ella siempre estuvo interesada en descubrir nuevos talentos —elijo Nick, inexpresivamente.

—Lo siento tanto —dijo ella impulsivamente, inclinándose hacia adelante—. Me sentí desconsolada cuando me enteré de su accidente…

Una noche oscura y lluviosa, los Streetman volvían de alguna cena. Su coche había perdido el control en una curva. Ella se había enterado de esos detalles meses después del accidente, y después de buscar mucho.

—Gracias —dijo Nick, frunciendo el ceño.

Ella se preguntó si habría pasado algún límite sin saberlo.

—Entonces, ella mantuvo el contacto con usted, ¿no?

—Sí —ella se miró los dedos—. Por eso sabía cosas sobre Natasha —apenas podía mirarlo, porque temía que él leyera sus ojos—. Ella estaba muy orgullosa de Natasha. Decía que la niña amaba el arte —dijo Angela.

Eso eran especulaciones puras. Estaba en un terreno peligroso, pero, ¿no les gustaba pintar y dibujar a todos los niños? Habría sido más raro que no le gustase.

—Sí, eso parece —dijo él. Luego hizo una pausa y agregó—: ¿Conoce usted sus circunstancias? —la miró muy detenidamente. Angela se preguntó si no sería una trampa.

Los Streetman habían tenido una buena posición. Él, por su apariencia, parecía tener mucho dinero. Y le debía resultar sospechoso que apareciera una carta de una mujer que nadie conocía y a quien nadie había nombrado nunca, en la que le decía que su hermana era amiga suya, y en la que sugería hacerse cargo de una niña a la que claramente jamás había visto. También se mostraba dispuesta a viajar a América si hacía falta.

Pensándolo bien, a ella le extrañaba que él no hubiera roto la carta y la hubiera tirado a la papelera sin dudarlo, y que en aquel momento no la hubiera sentado a rellenar un innumerable cuestionario con preguntas para cazarla. —Ella es adoptada. —Sí, lo sé —dijo ella sin emoción. —Mi hermana no podía tener hijos. —Tuvo una hernia de apéndice a los ocho años y eso dañó su aparato reproductor, lo sé.

Él la miró durante un rato largo. Evidentemente estaba pensando.

Se puso de pie y fue hacia la ventana, que daba al jardín.

Angela lo siguió con la mirada. Nuevamente volvió a sentir aquella sensación de avasalladora masculinidad en él. Era como estar frente a un animal capaz de destruir, si quería.

Había algo peligroso en su mirada. Un rostro que sugería poder, autocontrol, y una inteligencia aterradora. Un cuerpo atlético y duro. Se preguntaba cómo reaccionaría él de saber el verdadero motivo que la había llevado allí.

—No lo sabe mucha gente–dijo él, mirándola—. Me parece raro que ella la conociera a usted tanto como para confiarle eso, y sin embargo usted no tuviera ningún papel en su vida social.

Angela no dijo nada. No sabía qué decir. —También me parece raro que no le haya presentado a Natasha, a pesar de tener con usted la suficiente confianza como para contarle algo íntimo.

—Me mandó fotos —dijo Angela, suspirando. No había podido ver a su hija. Y ella siempre había fantaseado con que Natasha algún día quisiera conocerla cuando ella ya fuera vieja.

—Hay algo aquí que no casa —dijo él—. ¿No le parece?

—No —le dijo ella, mirándolo a los ojos—. Para mí está todo

muy claro.

—Quizás sea que mi mente lógica esté fallando —continuó él, como esperando que ella le diera la explicación que a él se le escapaba.

—Quizás —contestó ella, serenamente. Tenía las manos en el regazo—. Tal vez debiera consultarlo con un médico.

Por primera vez él pareció entusiasmado en aquella conversación, y le sonrió brevemente. Ella se puso colorada. Probablemente había algo más en él que ella era incapaz de ver. El encanto. La promesa de sensualidad debajo de esa fachada dura.

Realmente no era su tipo.

—¿Cómo se enteró de lo que había pasado? —le preguntó él.

Ella deseaba que él se sentase. En su esfuerzo por mirar hacia arriba se le había escapado algún clip del pelo, y había tenido que ponerse los mechones detrás de las orejas.

—Usted parece demasiado joven para llevar moño —comentó él, sin darle mucha importancia.

—Normalmente llevo el pelo suelto —contestó ella, queriendo parecer tan desinteresada como él.

—Pero decidió arreglarse al estilo «profesora experimentada» para dar una buena impresión.

—¡Por supuesto que no! —contestó ella.

Luego recordó que ése había sido el motivo por el que se había peinado así precisamente.

—Tengo veinticinco años. Y *soy* profesora —agregó.

—Bueno, sí. Ya hablaremos de ello. Ahora dígame cómo descubrió lo que pasó —él se separó de la ventana y se acercó a la puerta. Entonces llamó al ama de llaves con un grito, pidiéndole té para ambos.

—Eva es algo sorda —explicó él, sentándose nuevamente—. ¿Dónde estábamos?

—En cómo descubrí lo que pasó —¿por qué fingía que había perdido el hilo de la conversación? Era evidente que no perdía el hilo de nada. —Adelante.

—Había intentado ponerme en contacto con su hermana…

Y no había tenido respuesta. Ni había recibido ninguna foto de cumpleaños. Había pasado semanas enteras en un estado de ansiedad espantoso preguntándose qué pasaba.

—Finalmente hice algunas averiguaciones —continuó ella.

—¿Por qué no se acercó por aquí, simplemente? —le preguntó él con voz suave. Pero no la engañaba. Aún quería cazarla.

—Estaba muy ocupada con mi trabajo en la escuela, y además, no tengo coche. Decidí llamar al colegio de Natasha. Y entonces me enteré de lo que pasaba. Una simple llamada telefónica parecía algo más sencillo que organizar un complicado viaje dentro de una agenda apretada.

¿Le parecería a él tan débil su argumento como a ella? Lo había dicho como si hubiera sabido a qué colegio iba Natasha, pero eso también le había llevado un buen trabajo de detective. Había llamado a todas las escuelas privadas de la zona y finalmente había dado con él. No había sido difícil obtener la información. Tal vez había ayudado el que fuera una conversación entre dos profesoras.

—Y entonces, de pronto, decide escribirme a Nueva York, y ofrecer sus servicios como niñera, dejando un empleo bien remunerado. Y sólo por una simpatía basada en algunas fotos que mi hermana le había enviado en estos años.

—Admito que suena un poco raro.

La bandeja de Eva, con dos tazas, azúcar, leche, y panecillos no pudo aparecer en mejor momento. Le daba tiempo a Angela a ordenar sus pensamientos. Tenía que sonar convincente. Los ricos eran desconfiados por naturaleza, y ella no podía arriesgarse a levantar sospechas de ningún tipo.

—El hecho es… —ella respiró profundamente e hizo una pausa.

¿Qué diablos iba a decir?

—La verdad es que he estado pensando en dejar mi trabajo como profesora durante un tiempo. Estudié Arte en la universidad. Enseño arte a niños de catorce años en la escuela secundaria —ella hizo una pausa y esperó a que el té estuviera servido. Entonces tomó la taza y sorbió, tratando de parecer reflexiva acerca del tema y no nerviosa porque el hombre que tenía enfrente la turbaba terriblemente—. Con un trabajo al que tengo que dedicarme todo el día, no tengo tiempo para pintar.

—¿Y qué me dice de las vacaciones?

—En verano suelo ayudar con la Escuela de Verano durante algunas semanas. La verdad es que no sé si hubiera hecho algo al respecto, pero al enterarme de que Natasha se había quedado

huérfana y de que la iban a llevar a vivir a Estados Unidos, se me ocurrió que podíamos ayudarnos mutuamente. Me pareció que podía ser un modo de encontrar tiempo para pintar, y que ella podría sentirse un poco sola allí, y que apreciaría tener una cara inglesa cerca, especialmente la de alguien que había conocido a su madre.

¡Cuánto había esperado aquella contestación! Todos los días había recogido las cartas del buzón con ansiedad, esperando recibir alguna carta de América. Había estado a punto de rendirse, e incluso de viajar a Nueva York, cuando finalmente había recibido la carta de Nick Cameron.

—¿Y no cree que tal vez sea un poco brusco cambiar una clase llena de niños por un trabajo con una sola niña? En absoluto. No lo consideraba así, al tratarse de su hija.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —le dijo ella. Él alzó las cejas.

—Adelante, señorita Field. Después de todo, las entrevistas se hacen para las dos partes. Espero que haya más de una pregunta que me quiera hacer. —¿Qué lo ha traído a Londres? —Llevo pensando en este traslado desde hace tiempo. Mis negocios en América son muy prósperos, y pueden marchar bien sin necesidad de mi presencia allí, o al menos con una mínima presencia —hizo una pausa y frunció el ceño, como si estuviera pensando qué decir después—. La situación de mi sobrina ha anticipado esa decisión.

El se puso de pie y caminó alrededor de la habitación con las manos en los bolsillos.

Angela lo miró en silencio. Para ser un hombre tan alto, se movía con gracia. Ella se preguntaba por qué lo miraba tanto y prestaba tanta atención a sus atributos físicos. No era sólo porque de aquella entrevista dependía su relación con Natasha. Ella no solía mirar a los hombres como otras mujeres. Había aprendido la lección y no la olvidaría jamás.

Sería que aquella situación particular en la que necesitaba descargar un poco de adrenalina le hacía cambiar sus respuestas habituales frente a las cosas.

También era cierto que él era un hombre muy atractivo, al menos desde un punto de vista físico, y ella estaba en un espacio muy reducido junto a él.

Angela dejó de mirarlo y fijó la vista en sus manos entrelazadas

en su regazo.

—Parece que conoció a mi hermana bastante bien, a pesar de la falta de contacto social entre ustedes, así que debe de haber sabido lo… —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—… lo unida que estaba esa familia. Natasha estaba muy unida a mi hermana y a mi cuñado, y como era adoptada, e hija única, estaba muy consentida.

—Creí que hacía años que no tenía relación con su hermana —comentó Angela—. ¿Cómo sabía usted el modo en que la estaban criando?

Él se detuvo en su andar para dedicarle una mirada asesina.

Ella debía ser cauta. Pero, ¿qué pasaba con él? ¿No estaba acostumbrado a que le hicieran la más mínima crítica? Ella estaba acostumbrada a intercambiar opiniones entre sus compañeros de trabajo, y dar sus puntos de vista, aunque no todos estuvieran de acuerdo.

Si Nick Cameron estaba acostumbrado a que su palabra fuera como la ley, ella estaba segura de que tendrían más de un momento tenso.

Pero ella bajó la mirada, humildemente, antes de volver a mirarlo. Él la estaba mirando con curiosidad.

—Es verdad —murmuró él—. Pero nos comunicábamos. Lo crea o no, el teléfono y el correo son buenas maneras de mantener en contacto a la gente cuando es imposible estar cerca físicamente.

—Sí, por supuesto —contestó ella.

Él la miró entonces con impaciencia.

—Pero usted no está de acuerdo —dijo él.

¿Qué le importaba a él si ella estaba de acuerdo o no? Después de todo, ella era su empleada en potencia, y nada más.

—Por supuesto que estoy de acuerdo —contestó ella humildemente—. El teléfono y el correo son formas válidas de mantener el contacto entre la gente. No invalidan para nada una relación —ella casi le sonrió—. ¿De qué otro modo piensa que he podido mantener el contacto con su hermana?

Ella sólo había hablado con Amanda en contadas ocasiones, cuando Natasha había estado enferma, con alguna enfermedad típica de niños, o cuando esperaba recibir carta y no llegaba. Cuando ella había necesitado saber cómo estaba su hija. Él alzó una

ceja y se rió.

—¡Tocado, señorita Field! —le dijo él, fijando sus ojos grises en ella—. No puedo decir que yo haya sido un tío que haya intervenido en la vida de Natasha, pero sé perfectamente que Natasha estuvo muy mimada, incluso malcriada.

—¿Malcriada, señor Cameron? —Naturalmente cuando el vino a Nueva York conmigo, estaba en una situación de mucha tensión nerviosa. Sus padres habían muerto y ella de pronto se vio trasladada al otro lado del Atlántico, y entre gente que no conocía. Pero desde el principio rechazó aceptar la situación. —Como usted ha dicho, era una situación difícil de aceptar para un niño —ella intentó no sonar apasionada, pero evidentemente su interés no se limitaba al de alguien ajeno—. Para los niños es difícil aceptar el cambio de ambiente. La adaptación puede llevarles un tiempo largo, especialmente en esas circunstancias. —¿Me está culpando, señorita Field? —No se me ocurriría semejante cosa, señor Cameron. No lo conozco. Realmente no sé si intentó serenar las aguas turbulentas de la situación o cuánto ayudó a su sobrina a adaptarse a la nueva vida que le aguardaba.

Inmediatamente después de decir aquellas palabras pensó que había tenido poco tacto. ¿Y si él decidía que lo que menos le hacía falta era una profesora que le dijera lo que tenía que hacer sin el menor tacto?

—Natasha no quería adaptarse. Lo dejó claro desde el principio. Por eso decidí volver a Inglaterra. Yo estaré trabajando muchas horas, por eso respondí a su carta. Necesitaré tener a alguien para que esté con Natasha cuando yo no esté por aquí. Viajo mucho, además…

Angela sintió cierto resentimiento. Se imaginaba la situación: una niña sola y abandonada, enviada a otro país con un tío a quien sólo habría visto contadas veces. Y un tío nada agradable, al parecer, un adicto al trabajo, con demasiadas responsabilidades como para acompañar a la niña.

—Por supuesto que lo comprendo.

Él frunció el ceño.

—¿No le ha dicho nadie que tiene un don especial para acusar, cuando verbalmente parece estar de acuerdo con el interlocutor?

—No —dijo Angela sin dudarlo.

Él se peinó el pelo con los dedos.

—Aquí ocurre algo que no comprendo bien —le dijo él, mirándola—. Y no me suelo ocupar de las situaciones que no comprendo bien —agregó suavemente—. El trabajo es suyo, señorita Field. Espero que no haga nada para convencerme de que he cometido un error… —él se interrumpió. Pero quería decir: «de lo contrario…»

—Eso espero —contestó Angela.

Ángela se puso de pie. Y cuando él fue a darle la mano, ella descubrió que una corriente le recorría el cuerpo al sentir su contacto. Se sintió tonta, como si hubiera tocado un cable eléctrico, y tuvo que reprimir las ganas de retirar la mano y mirar desesperadamente si tenía alguna marca debido al chispazo.

—¿Cuándo puede comenzar?

—Debo dar un aviso de un mes al colegio —dijo Angela, con las manos nuevamente en su bolso.

—No hemos hablado de asuntos económicos. Me sorprende que usted no me haya preguntado cuánto iba a pagarle.

Para ella eran irrelevantes las condiciones del trabajo.

—Realmente no me imaginé que fuera a darme el trabajo. Hubiera sido un poco precipitado preguntarle por el sueldo.

Él no dijo nada. Simplemente la miró fijamente.

—Se lo confirmaré todo por escrito —dijo al final—. Tendrá noticias mías a mediados de la próxima semana. Como le expliqué en mi carta, me parecía mejor conocerla yo antes de presentársela a mi sobrina. La próxima vez que venga, Natasha estará aquí.

—Sí. Eso espero, de todo corazón.

Ella tuvo la sensación de que se cerraría el círculo formado por una serie de eventos del pasado. No sabía dónde la llevaría aquel camino emprendido. Pero el recorrido sería largo.

Capítulo 2

ELLA HABÍA pensado que el mes se le haría muy largo. Pero tenía muchas cosas que hacer, y el tiempo volaba.

En el colegio aceptaron su partida con pesar. La echarían de menos, le habían dicho. Sus alumnos la sorprendieron con un regalo de despedida: un equipo para pintar. Ella también echaría de menos aquello: el bullicio de la actividad, la energía necesaria para controlar una clase de adolescentes, para los cuales siempre había algo más importante que hacer que trabajar en el colegio.

Dejaba todo aquello para arrojarse al vacío. Pero no podía arrepentirse, ni dudar. Había algo poderoso que la hacía ir hacia adelante.

Uno de los problemas que se le presentaba era su casa. Pero resultó más fácil de lo que imaginaba. Una profesora de las más jóvenes que aún vivía con sus padres aprovechó inmediatamente la oportunidad cuando se enteró de que la alquilaba.

—No quiero fiestas salvajes, ni orgías —le advirtió Angela sonriendo.

Lesley, que daba la impresión de no saber siquiera qué era eso de una fiesta salvaje, le devolvió Ja sonrisa.

—¿Cuándo tienen la oportunidad de fiestas salvajes los profesores? —le preguntó.

—Y es probable que yo quiera venir cada tanto, en cuyo caso tendríamos que compartir el espacio —continuó Angela.

Sabía, por el contrato, que tendría cuatro semanas de vacaciones al año.

Los términos y condiciones del contrato de trabajo eran mejores de lo que hubiera podido desear, y el sueldo, generoso. Con el alquiler que le pagase Leslie, ella iría amortizando la hipoteca de la

casa, y en realidad, económicamente estaría mejor que si hubiera seguido en el colegio.

Hasta que no se vio viajando a Londres, con maletas, bolsos y su equipo de pintura, no se puso nerviosa. ¿Qué pasaría si Natasha la odiaba? Angela sentía que podría soportar cualquier cosa menos eso. ¿Y si Nick Cameron decidía que ella no era la adecuada para el trabajo? Ella estaría tres meses a prueba. No le había dado la impresión de ser un hombre con quien resultara fácil trabajar.

Los nervios no la abandonaron en todo el trayecto, durante el viaje en tren y luego en taxi hasta la casa. La mansión resultó tan imponente como la recordaba. —El señor Cameron la está esperando —le dijo el ama de llaves al abrir la puerta—. Si no le importa ir sola hacia su despacho, yo me encargaré de sus maletas.

Luego procedió a pedirle al taxista que dejara las maletas en la entrada de servicio de la casa.

—¿Puedo ir a pagarle antes de ir al despacho? —preguntó Angela.

—El señor Cameron lo pagará —dijo la mujer firmemente.

—Bien… Entonces…

Pero no se molestó en continuar, puesto que Eva se estaba marchando a la entrada lateral. Al verse sola, cerró la puerta de entrada y fue hacia el despacho.

La casa estaba en silencio. ¿Estaría Natasha arriba? ¿Estaría haciendo los deberes? Tal vez estuviera en el despacho con su tío. La última foto que había recibido de ella la mostraba como una niña menuda y guapa, de pelo moreno a la altura del hombro, rodeada de regalos.

Ahora que estaba allí, su trabajo, sus alumnos, su casa, sus amigos, le parecían estar a miles de kilómetros. Era como si aquel momento estuviera fuera del tiempo.

La puerta de pino estaba entreabierta. Ella golpeó y empujó la puerta. Nick Cameron estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia afuera. Cuando ella entró, volvió su mirada a ella.

—Natasha debería haber vuelto del colegio. Pero ha decidido ir a tomar el té con una de sus compañeras de clase, a pesar de mis órdenes expresas de que no lo hiciera —dijo él con gravedad.

—¡Oh! —dijo Angela, decepcionada—. ¿Y a qué hora va a volver?

Él miró su reloj.

—Dentro de una hora más o menos. La traerán. Será mejor que nosotros vayamos al salón y tomemos un té allí. Y esperemos a que regrese.

Él negó con la cabeza contrariado y salió de su despacho. Angela lo siguió.

¿Se comportaría aquel hombre de manera normal alguna vez? ¿Sabía ser gentil? ¿O creía que estaba por encima de todo el mundo y no necesitaba buenos modales ni cortesía?

Él se dirigió hacia el salón, y se detuvo a medio camino para decirle a Eva que les llevara el té allí.

Angela se sintió incómoda, y le dijo, disimulando su enfado.

—No hace falta que se sienta obligado a entretenerme mientras esperamos a Natasha. Puedo quedarme aquí sentada sola. O quizás Eva pueda mostrarme mi habitación, y yo pueda ir deshaciendo mis maletas.

Él se dio la vuelta para mirarla. Y ella volvió a sentir aquella consciencia de su masculinidad, que había logrado olvidar en las semanas anteriores.

—Cualquier opción es preferible a estar en esta habitación en mi compañía, ¿no? —le dijo él. Parecía que se le había pasado el enfado, e incluso que hablaba con cierta diversión en el tono de su voz.

—Por favor, señor Cameron, no malinterprete mis palabras…

—Nick. Será mejor que dejemos ciertas formalidades si vamos a vivir bajo el mismo techo —él se sentó en el sofá y la invitó a que hiciera lo mismo.

Angela atravesó el espacio y se sentó con las piernas cruzadas. Se había puesto un vestido verde pastel, con un cinturón. Se había cepillado el pelo y se había hecho una trenza. Parecía más joven, casi una adolescente, y tenía que recordarse que ella era una profesora, capaz de manejar diferentes situaciones. Se dijo que era más que capaz de tratar con un hombre poco cortés, quien no tenía el más mínimo respeto por los otros.

—En realidad ésta es una buena oportunidad de que mantengamos una conversación informal, ¿no le parece? Hay un par de cosas que no le he mencionado cuando nos vimos la otra vez.
—¿Sí? —preguntó Angela. —En primer lugar, el hecho de que yo no

voy a estar mucho en casa. Suelo viajar al extranjero, y estoy fuera la mayor parte de las noches. Eva no cocina para mí, a no ser que se lo diga expresamente, pero ella le preparará su cena y la de Natasha antes de irse, a las cinco.

—Puedo preparar mi comida, señor Cameron… Nick. Lo he estado haciendo durante años, aunque no lo crea.

—En segundo lugar, Mandy y Clive no eran muy estrictos en cuanto a la hora de irse a la cama, y me vi obligado a no alterar eso. Pensé que no sería bueno otro cambio en la vida de Natasha. Ahora que usted va a encargarse de ello, estoy seguro de que tendrá otra opinión al respecto.

—En otras palabras —dijo Angela secamente—. Debo sentirme con la suficiente libertad como para hacerme odiosa inmediatamente y llevar a Natasha a la cama a las ocho todas las noches.

Él sonrió de medio lado.

—En realidad —continuó ella, un poco afectada por aquella sonrisa que despedía cierto encanto—, pienso que los niños de su edad necesitan cierta disciplina en sus vidas, o de lo contrario hay una tendencia a alargar la tolerancia hasta los límites. Las ocho me parece una hora razonable para los días de semana. Tal vez un poco más tarde los fines de semana. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Lo dejo en sus eficientes manos —dijo él encogiéndose de hombros—. Como le he dicho, no estoy por aquí con frecuencia. Deberé confiar en usted cuando esté ausente.

—¿Cómo se las arreglaban antes de que yo llegase? —preguntó Angela con curiosidad.

—Le pagaba un dinero extra a Eva y trataba de estar aquí a las ocho la mayoría de las noches.

—¡Qué incomodidad para usted!

—¿Es otro insulto disimulado, señorita Field…Angela?

—No, por supuesto que no —contestó ella, incómoda—. Lo único que he querido decir es que debe de haber sido difícil para usted…

Eva apareció con la bandeja, y mientras servía el té, Nick miró a Angela con tanta concentración que hubiera querido desaparecer.

Tan pronto como el ama de llaves abandonó la habitación cerrando la puerta tras de sí, Nick se inclinó hacia adelante con los

codos apoyados en las rodillas y le dijo:

—Soy soltero. No tengo experiencia con los niños y mi trabajo demanda completa dedicación. Encontrarme de pronto en el papel de guardián de una niña de ocho años no ha sido fácil para mí. Supongo que usted, como docente, tendrá una visión determinada acerca de cómo se debe educar a un niño, pero yo no estoy dispuesto a aguantar que me juzguen por el trabajo que he hecho con Natasha…

—No me he dado cuenta de que lo estaba juzgando. Comprendo que debe de haber sido muy difícil para usted alterar su estilo de vida para adaptarse a un niño…

—Que es por lo que la he contratado. Así usted podrá ocuparse de las cosas que a mí se me escapan.

—Ya veo —dijo ella, y sorbió el té—. De todos modos, usted es su tío y se supone que debería tener alguna implicación en su educación. No espero que desaparezca de la faz de la tierra cuando lo crea conveniente.

No podía dejar de decirlo. Y suponía que él iba a reaccionar furiosamente, pero en cambio se sonrió y dijo:

—¡Dios mío, mujer! Usted sabe bien cómo y dónde

«Se cree que soy muy estirada», pensó ella.

—No hace falta que sea sarcástico —dijo ella a la defensiva—. Simplemente intentaré hacer lo mejor para su sobrina, y lo único que digo es que necesitaré su cooperación.

Él siguió riendo suavemente.

—Y usted es tan joven. Eso demuestra que las apariencias engañan, ¿no es así?

Angela desvió la mirada. El no se imaginaba lo acertado que era su comentario.

—No puedo hacer nada para tener otro aspecto. Simplemente creo que es mejor decirle lo que pienso. De ese modo no habrá malentendidos.

—¿Y siempre ha sido así? —le dijo él, clavándole sus ojos grises —. ¿O ha sido su profesión la que ha desarrollado esa faceta?

—No estoy segura. Siempre me lo he preguntado —contestó ella.

No quería darle lugar a más comentarios. No quería que él creyera que podía meterse en su vida privada. Sería muy peligroso.

—Adelante, siga.

—No creo que mi vida privada sea asunto suyo, realmente.

—Y yo pienso que sí lo es —contestó él, serenamente—. Voy a dejar a mi sobrina en sus manos. Realmente quiero saber a qué tipo de mujer he confiado a mi sobrina. Usted conocía a mi hermana, pero eso no es suficiente, ¿no le parece?

—Puede escribir al colegio para pedir referencias. O llamarles por teléfono. Puedo darle el número, si lo desea —dijo Angela razonablemente.

—¿Ha tenido una infancia feliz? —continuó él, mirándola detenidamente.

—Hubo momentos felices —murmuró ella.

—Es decir, no quiere hablar de ello —comentó él. Y se puso las manos detrás de la nuca dando toda la imagen de «señor de la casa».

Era curioso lo bien que quedaban aquellos exquisitos muebles con él como complemento. Parecía darles vida. Luego pensó que se equivocaba. Que seguramente dominaría cualquier espacio en el que estuviera. Su personalidad era avasalladora, se notaba.

—¿Es por eso por lo que se dedicó a la enseñanza? —preguntó él. Luego al ver que ella no contestaba, continuó—: ¿Porque quería tener la oportunidad de mejorar la calidad de vida de los niños, ya que su niñez había sido tan poco gratificante?

—¡Yo no he dicho eso! —respondió ella.

—Puede negarlo, si quiere.

Ella se quedó callada, a punto de olvidar las normas de cortesía. De haber sido otras las circunstancias, se habría ido de la habitación para alejarse de aquel hombre hasta olvidarse de éL

—¿Y qué me dice de los nombres? —preguntó él—. ¿Tiene novio? ¿Se alegró de que usted decidiera venirse a Londres y dejarlo todo por un capricho?

—¡No fue un capricho!

—¿No? Entonces, ¿qué fue?

—Quiero decir que he reflexionado mucho antes de escribirle. Y, aunque esto no es un asunto de su incumbencia, no tengo novio.

—Bien. Eso nos lleva a otro punto. No quiero hombres que entren y salgan de la casa.

—No soy el tipo de mujer que tiene hombres que entran y salen —le dijo Angela fríamente.

—¿Nunca?

Los labios de Angela se apretaron. Ella lo miró en silencio.

El tema de los hombres era algo ajeno a su vida. Mientras que sus compañeras contaban salidas y encuentros con hombres, ella nunca tenía nada que contar. La única relación sexual que había tenido con un hombre, hacía muchos años, había sido una catástrofe y le había acarreado problemas durante toda su vida.

Simón Grey, el encantador Simón Grey. La había cortejado, la había llevado a sitios que la habían hecho sentirse en otro mundo. La había llevado a cenar, a beber, y luego, cuando ella se había negado a acostarse con él, la había forzado. Había sido el precio de unas expectativas que le había creado, según le había dicho él, mientras ella estaba echada aún, sintiéndose sucia, y avergonzada. Ella no tendría que haberlo confundido. Las cosas se habían descontrolado, había dicho él, pero ella era una chica que debía de conocer las reglas del juego.

El resultado de aquello había sido un desastre.

Había tenido que dar al bebé en adopción, y además no había podido tener ninguna relación con un hombre que fuera más allá de un nivel platónico. En cuanto la cosa iba decantándose por lo físico, algo en su interior la hacía salir espantada como un caballo asustado.

Nick la estaba mirando.

—Entonces, ¿qué hace usted cuando no está enseñando? —preguntó él.

Angela se encogió de hombros.

—Leo en casa. Voy al teatro siempre que puedo.

En resumen, seguramente no daría la impresión de ser una mujer muy divertida.

—Bien.

¿Se habría cansado de ponerla a prueba, ahora que ella parecía una persona tan aburrida?

—Con respecto a recoger a Natasha del colegio, Eva ha estado usando a mi chófer desde que hemos vuelto al país. Pero sería bueno que condujera usted misma. ¿Conduce usted? Ha dicho que no tenía coche…

—Sí, sé conducir. He tenido coche hasta hace un año, pero ya no funcionaba. Me han estado llevando al colegio. Una amiga que vivía

a la vuelta de mi casa.

—Bien. En ese caso, tendremos que conseguirle un coche para que la lleve y la traiga del colegio. —¿De verdad? ¿No es un poco excesivo? —Algo pequeño no costará mucho. Ella pensó que realmente lo que para ella sería excesivo, para él no supondría nada. Esa era la diferencia entre ellos.

—No se sienta tan sorprendida. No voy a comprarle un Rolls Royce.

—No, por supuesto que no. Es que… —ella se interrumpió. Al ver que él no decía nada continuó—: Para mí, un coche es algo para lo que hay que ahorrar. No podría pensar en salir y comprarme uno, aunque sea el más pequeño y modesto, como si fuera a comprar jabón para la lavadora… —se rió, con torpeza—. No es que necesite andar contando las monedas. Pero el salario de una profesora no permite grandes excesos. No puedo imaginarme cómo sería… Bueno… —se rió nuevamente, y se puso colorada.

En ese momento se oyeron pasos y voces en el corredor. Entonces se abrió la puerta del despacho, y apareció una niña de ocho años, seguida de Eva, que tenía cara de desesperación.

Angela se empezó a poner de pie, pero entonces volvió a su silla, más que nada porque no sabía si se desmayaría.

«Mi Natasha», pensó. Ni siquiera quería pestañear, por si se borraba aquella imagen con la que había soñado tanto.

Por supuesto que reconocía a Natasha por todas las fotografías que había visto. Pero verla en persona era algo increíble. Aquella vitalidad, esa expresión. Era un regalo del cielo.

«No se parece a mí», pensó Angela. Pero tampoco se parecía a su padre. Aparte del color de ojos y del pelo. Ella era única.

—¿Dónde has estado, jovencita? —le preguntó Nick fríamente —. Creo que he sido bastante claro cuando te he dicho que vinieras directamente del colegio a casa.

Angela intentó no intervenir. Quería ser una simple observadora.

—Le había prometido a Emma que tomaría el té con ella —dijo la niña suave, pero obstinadamente. No había mirado a Angela todavía.

Angela tuvo la impresión de que aquella atmósfera de combate no era nueva entre ellos. Ella hubiera dicho que estaba bien, que a ella no le importaba a qué hora volvía a casa, pero tuvo que

reprimir el impulso. Como había tenido que vencer el impulso de correr a abrazarla.

—Ése no es el tema —dijo Nick, controlando su enfado—. ¡Vives bajo mi techo, y mientras lo hagas, tendrás que seguir la disciplina que yo te imponga!

—Tengo que hacer deberes —dijo Natasha, ignorando lo que había dicho él.

—Me alegro de que hables de ello. Me ha llamado tu profesora. Otra vez. Parece que no te estás esforzando en clase. Eres descuidada, cuando te pones a hacerlo, claro está. Tú…

—¿A quién le importa?

La boca de Nick se tensó.

—A ti debería importarte —dijo Angela serenamente. Y todas las miradas se dirigieron a ella.

—¿Quién es usted? —preguntó Natasha con un tono hostil.

—Ésta es Angela Field ¿Te suena su nombre? —le preguntó Nick —. Ella es la mujer con la que tenías que encontrarte al volver del colegio. Deberíais haberos conocido antes, pero tú has desobedecido mis expresas órdenes.

—¡No puedes darme órdenes! —gritó Natasha—. ¡Y yo no tengo que conocer a nadie si no quiero!

—Va a tener que perdonar a mi sobrina —dijo Nick seriamente a Angela.

—Comprendo —Angela miró comprensivamente a Natasha, y se sentó sobre sus manos para no seguir sus impulsos de extenderlas hacia la niña.

—No necesito una niñera —dijo Natasha malhumorada.

—Sí, te hace falta. Yo no puedo estar aquí todo el tiempo. Lo sabes…

—¿Qué pasa con Eva?

—Eva ha desorganizado su vida en los pasados meses para poder estar contigo.

—¡O sea que soy un estorbo para todo el mundo! —explotó Natasha. Pero había una gran tristeza en su voz—. ¡Ojalá no hubiera tenido que vivir contigo! ¡Ojalá…! —la voz de la niña se quebró, y Natasha salió corriendo de la habitación.

Angela se puso en pie para seguirla, pero Nick le hizo señas de que volviera a sentarse. Angela lo hizo a regañadientes, sin dejar de

mirar la puerta que acababa de cerrarse.

—Me parece que sería buena idea que uno de los dos fuera a consolarla. Necesita que la consuelen.

—Me he pasado la mayor parte del año tratando de justificar el comportamiento de Natasha —dijo Nick, tenso—. Ya es hora de que aprenda algo de disciplina y responsabilidad.

—Está contrariada y confusa.

—Cuanto más se le toleren esas reacciones, más imposible se volverá. Y créame cuando le digo que esto no es nada comparado con su comportamiento normal.

—¡Es una criatura! —protestó Angela—. ¡Ella no ve el mundo del mismo modo que un adulto, y no puede racionalizar sus sentimientos del mismo modo que usted oyó!

—¿Y cuánto tiempo le parece a usted que deben permitírsele estas escenas? ¿Unos meses? ¿Unos años? ¿Hasta que se haga insoportable? ¿Hasta que sea una adolescente incontrolada cuya falta de disciplina pueda acarrearle serios problemas?

Él se puso en pie y caminó hacia el armario repujado, que resultó ser un bar. Se sirvió un whisky con soda y le ofreció tomar algo a Angela. Pero ella rechazó su oferta con un movimiento de cabeza.

Nick bebió el contenido del vaso en dos tragos, y luego volvió a llenarlo y se lo llevó al sofá.

—Nunca he bebido tanto como desde que ha venido Natasha —dijo él con un deje de ironía, y se quedó mirando el líquido del vaso como si éste fuera a darle la respuesta a algo a lo que no podía encontrar explicación.

Angela lo miró. Por un lado ella se sentía solidaria con la niña, su hija. Y por otro creía que él tenía algo de razón, aunque se equivocaba en el modo de encararlo.

—¿La quiere? —le preguntó Angela con curiosidad.

Él alzó la vista hacia ella.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? ¿Es algo que aprendió en sus prácticas como profesora, para manejar situaciones como ésta?

—No hace falta que sea sarcástico —dijo ella—. Simplemente intento ver los dos puntos de vista.

—Yo soy responsable de ella —dijo Nick dejando vacío el vaso. Luego se sentó, cruzado de brazos, y la miró con un brillo burlón en

sus ojos—. No sé si es la respuesta adecuada. Pero es la verdad. Hasta después del accidente casi no he tenido relación con mi sobrina. Mandaba regalos para Navidad y en los cumpleaños, y la veía de vez en cuando, pero nunca he tenido una relación de tú a tú con ella y nunca he pasado mucho tiempo a su lado. Sentía afecto por ella. Pero no teníamos una relación estrecha.

—Usted debe ser capaz de comprender cómo se siente ella ahora —dijo Angela, sintiendo ganas de llorar, pero controlando su voz—. Los niños pueden intuir las cosas, aunque no siempre puedan expresar sus sentimientos. Natasha siente una falta de amor. ¿Acaso le sorprende que ella misma se sienta como un estorbo?

—O sea que ésa es su solución, ¿no es así? ¿Amor a la carta?

—¡Un poco de esfuerzo en esa dirección no estaría mal! —dijo ella, poniéndose de pie.

—¿Adonde va?

—Voy a ir a verla —dijo Angela, guardando su compostura.

Debía recordar que no debía ser demasiado apasionada en su comportamiento, o él comenzaría a sospechar.

—¡Vuelva a sentarse!

Ella dudó.

¡Él era insoportable! Ella había intentado ponerse en su lugar y entender que para él no habría sido fácil cambiar su forma de vida. ¡Pero era insoportable!.

—Vuelva a sentarse —le dijo más sereno—. Por favor.

Ella obedeció de mala gana.

—Debemos hablar de cómo va a manejar la situación–agregó él.

—¡Será cómo manejaremos nosotros la situación! —lo corrigió —. Mire, por supuesto que estoy de acuerdo en que Natasha necesita disciplina. Por lo que yo he visto… Según me dice usted éste es su comportamiento habitual…

—Sí, así es.

—Bueno, tiene razón en eso. Si la dejamos que haga lo que quiera, su premeditada testarudez irá en aumento hasta ser imparable…

—O sea que en algo estamos de acuerdo. ¡Me alegro de oírlo!

—Pero la disciplina debe ser administrada en la forma correcta. No tiene sentido imponer una serie de normas y luego perder los estribos si se infringe una de ellas, sin tomarse la molestia de ver

por qué sucedió eso.

—¡Esto es como estar en el colegio otra vez! —dijo Nick entre dientes.

Ella lo miró seria.

—¿Es que a usted nunca se le opone nadie? —le preguntó ella asombrada.

—Naturalmente, la gente expresa sus opiniones con absoluta libertad.

Podían dar su opinión al parecer, pero no contradecirlo. Él era fuerte, duro, con una fortaleza mental que le haría ganar cualquier discusión. Tal vez ella, en otras circunstancias, se podría haber acobardado ante él, pero Natasha era su hija, y ella haría lo mejor para la niña, aunque eso supusiera tener que decirle algunas verdades desagradables para él.

Ella se puso en pie, y esa vez, afortunadamente para ella, él se puso en pie también. Pero cuando ella fue a abrir la puerta, él puso la mano en el picaporte y le dijo:

—¿Y hay alguien que le diga a usted qué tiene que hacer? —le preguntó él suavemente.

Ella lo miró. No pudo decir nada.

—¿Qué hay detrás de esa cabeza tan sensata asentada sobre unos hombros tan jóvenes?

—Yo… Soy profesora… —dijo Angela titubeando.

—¿Y en qué se transforma la profesora cuando sale de la clase y deja atrás la pizarra?

—Yo…

Él se apoyó sobre la puerta y la miró de cerca hasta que ella se puso colorada.

—¿Yo… Yo…qué? —preguntó él.

—Creo que debo irme —dijo ella con voz firme, sin mirarlo.

Él se rió y se quedó de pie haciéndole una reverencia.

—Tal vez deba irse. Y yo la dejaré escapar–hizo una pausa y luego dijo—: Por ahora.

Capítulo 3

EL COMIENZO no había sido fácil, pensó Angela al día siguiente. Había sido duro porque se había visto atraída hacia Natasha por poderosos lazos maternales, de los que nunca había podido desembarazarse. Y por momentos le hacía daño que Natasha la tratase con tanta indiferencia. Con esa frialdad que sólo los niños pueden permitirse.

¿Y qué esperaba?

Aquella noche Natasha se había ido a su habitación y había permanecido en ella hasta la hora de irse a la cama.

Angela había subido a su dormitorio a las ocho en punto para desearle buenas noches, y Natasha la había recibido fríamente diciéndole que no había reglas en cuanto a la hora de acostarse.

—Ahora sí las hay —le había dicho Angela desde el quicio de la puerta, deseando que Natasha al menos levantase la mirada del libro que estaba leyendo para mirarla.

—¿Y quién dice eso?

—Yo.

—Yo no estoy cansada.

—Pero vas a estarlo —dijo Angela entrando al dormitorio y poniéndose directamente frente a Natasha—. Mañana. En el colegio. Cuando tengas que concentrarte en tu trabajo.

Apagó la luz, pero no había ganado la batalla. Abandonó la habitación en medio de un ambiente hostil que duró hasta el día siguiente.

«He visto fotos de mi hija. He podido ver cómo crecía y se iba transformando de bebé en niña, pero no la conozco en absoluto», se dijo. ¿Acaso había perdido la risa cuando había perdido a Clive y a Amanda? Le llevaría mucho tiempo recuperarla.

Angela caminó hacia la ventana del salón. Había un hermoso paisaje, con el sol lamiendo los campos, formando una ilusoria imagen de paz y quietud que no concordaba con la realidad.

Eva estaba ocupada trabajando en otra zona de la casa, limpiando. Nick iba a ir con ella a comprar un coche. Aparecería de un momento a otro.

—¿Está seguro de lo del coche? —le había preguntado Angela la noche anterior, y él había hecho un comentario acerca de que llevar a Natasha a la escuela sería difícil sin un coche.

—No tengo problema en llevar a Natasha en el metro —había contestado Angela, aunque sólo había tomado el metro unas cuantas veces en su vida, y le había resultado una experiencia poco alentadora.

—Mañana, a las diez y media. La recogeré aquí —había sido lo único que había dicho Nick.

Angela miró el reloj, y luego la puerta, y como si aquella coordinación de su vista hubiera funcionado como un conjuro, oyó el ruido del coche.

Se le hizo un nudo en el estómago.

Nick Cameron la ponía nerviosa. Por más que quisiera controlar su respuesta, la hacía responder de una manera visceral que la desorientaba.

No era Nick quien estaba esperándola en la entrada cuando salió. Era George, el chófer, quien fue a decirle que la llevaría a la oficina porque una de las reuniones de Nick se había demorado y él no había podido ir a buscarla a la casa.

—Ocurre muy a menudo —dijo el chófer, cuando ya estaban ambos en el coche.

No era de extrañar que necesitara una niñera. Debía de haber sido muy duro para Eva quedarse esperándolo por la noche hasta que él llegara. ¡Pobre Natasha! ¡Pasar de un hogar en donde la mimaban y la adoraban a uno donde ella parecía incomodar a todo el mundo! ¿No era normal que reaccionara de aquel modo tan defensivo y hostil en aquellas circunstancias?

La oficina ocupaba tres plantas de un edificio de cristal. El despacho de Nick, estaba, como ella había imaginado, en la última planta, junto a los de los otros directores que trabajaban para él. Las secretarias trabajaban en oficinas adjuntas a sus jefes.

Angela pasó por todos aquellos despachos pensando lo diferente que era aquel ambiente del de la escuela donde ella había estado trabajando. Aquello era el ordenado mundo de los grandes negocios. Detrás de aquellas puertas cerradas los ricos y poderosos cerrarían tratos de millones de libras. Era difícil no sentirse extraña allí.

Por fin llegó al último despacho, el más grande de todos. Todo parecía silencioso, eficiente, aislado del mundo. No se veían relojes por ningún sitio. Allí el tiempo parecía no tener importancia. Si había trabajo que hacer, se hacía, y no de acuerdo a un horario.

La secretaria, sentada en su escritorio en el despacho adjunto, miró a Angela cuando ella fue a pasar, y se puso en pie y le extendió la mano. Debía de tener unos cuarenta y tantos años; tenía un aspecto impecable con un traje gris a juego con sus zapatos y su peinado; perfectamente maquillada.

—Señorita Field —le dijo con una sonrisa, rodeando su escritorio para darle la mano a Angela—, el señor Cameron la está esperando. No le ofrezco té o café porque el señor Cameron quiere irse inmediatamente.

Angela le dio la mano brevemente y la mujer la acompañó al despacho de Nick. Éste estaba hablando por teléfono, y tenía la cabeza inclinada sobre el escritorio lleno de papeles. La puerta se cerró, y él alzó la vista entonces. Le hizo señas de que se sentase en la silla frente a él. Luego siguió hablando por teléfono. Ella mientras miró el despacho.

Era grande, con una pared acristalada totalmente, con vistas, ella se imaginó, a la gran ciudad. Había un par de cuadros, y unas estanterías con libros relacionados todos con leyes, impuestos, ventas o Economía.

Podía ser el despacho de cualquier persona. No había ningún toque personal por ningún sitio. Pero a ella no le daba la impresión de que él fuera el tipo de persona que anduviera mostrando su vida privada.

Nick terminó de hablar por teléfono y la miró con gesto relajado.

—¿Y? ¿Ya ha pasado revista?

—¿Qué? —contestó Angela, tan sorprendida por la mirada de Nick como por su pregunta.

—Me refiero al despacho. Por la expresión de su rostro no parece muy impresionada —se rió él.

Ella se ruborizó. Entonces él se puso de pie y fue hacia el ventanal. Le hizo señas a ella para que se acercara. A ella la irritó aquella actitud tan segura, propia de quien espera tener el mundo a sus pies con un solo chasquido de los dedos.

Pero se acercó a él, no demasiado. Y vio el tipo de panorámica que esperaba ver: una vista de la ciudad en plena ebullición.

—Escogí este edificio y este despacho por la vista del Londres más vibrante, ¿no está de acuerdo conmigo? —él se giró para mirarla.

Ella seguía mirando por la ventana y buscando algo que decir. A ella, aquella imagen de una ciudad llena de calles, edificios y coches, con gente ajetreada de aquí para allá, le resultaba deprimente.

—Ciertamente es una ciudad con mucha actividad —dijo ella en tono formal—. Debe de ser fácil sentirse solo en una ciudad como ésta.

Ella no sabía qué le había hecho decir eso, y enseguida dio un paso hacia atrás y dijo:

—Lamento haber interrumpido su día de trabajo. Usted debió de llamarme para cancelar la cita.

—La soledad es una cuestión mental. Puede sentirse en cualquier sitio —luego se giró hacia ella y le dijo—: Espero que me lo diga si echa de menos a su familia o a sus amigos. Supongo que eso es algo que podemos arreglar de algún modo.

—Por supuesto —dijo Angela.

—Debe de haber sido un cambio muy grande para usted. No sólo ha cambiado completamente de trabajo, sino que ha cambiado de lugar —él atravesó la habitación y se puso la chaqueta.

Era curioso, pero aun teniéndolo de espaldas, ella sentía que él podía leerle el pensamiento.

—Bueno, Londres no está tan lejos de las Midlands —dijo Angela con una risa nerviosa.

Ella estaba de pie, pensando por qué no se podía relajar, aunque en ese momento él se comportara amablemente con ella, con una consideración hacia ella con la que no había contado.

—Es verdad. Pero me atrevería a decir que sus lazos con aquel

lugar deben de ser muy fuertes, si ha vivido allí toda su vida.

—Sí, he vivido allí toda mi vida —contestó ella con precaución, sintiendo cierto peligro de proximidad.

—Por supuesto, usted tiene un fin de semana libre cada cuatro. Podrá hacer lo que quiera, volver a su casa, visitar a su familia, o a sus amigos.

Angela no dijo nada. Ella no había pensado en hacer nada en aquel fin de semana de los cuatro mensuales. No podía soportar la idea de dejar a Natasha, ahora que la había encontrado, en unas circunstancias que jamás hubiera podido imaginaren todos aquellos años.

—¿Conoce a alguien en Londres? —le preguntó él.

Se había acercado un poco más. Incluso ella había podido sentir aquella fragancia masculina que era tan potente como el incienso.

—No.

—¿Toda su familia es de las Midlands? —preguntó él

—No tengo familia —dijo Angela, pensando en su hija como en un hermoso secreto.

—Lo siento.

—¿Por qué? Quiero decir gracias. ¿No es mejor que nos vayamos ya? Seguramente usted tendrá montones de cosas que hacer. Tal vez debiéramos… —ella se sintió confusa, y finalmente se calló.

Él, para su alivio, asintió y miró el reloj.

—Le dejaré algunas cartas a Pauline —dijo moviéndose hacia la puerta y abriéndola para que pasase ella.

Ella lo observó dejar instrucciones para su ayudante, inclinarse sobre el escritorio, mirar unas cartas con ella. La mujer asintió eficientemente, hizo algunas preguntas, y comprobó su agenda para arreglar algunas entrevistas con clientes. Pero Angela se dio cuenta de que estaba un poco colorada cuando él se puso recto.

Al parecer ni su ayudante parecía inmune a la avasalladora personalidad de su jefe, aun siendo una mujer felizmente casada, e incluso con nietos, por la edad, suponía Angela.

Hombres así deberían llevar un cartel de advertencia en la frente diciendo que eran peligrosos para la salud mental, pensó ella.

Si Simón Grey hubiera llevado un cartel de advertencia en su frente…

Si alguien le hubiera advertido contra Simón, en lugar de haber

corrido hacia él, y haberse enamorado…

Angela cerró los ojos. Se sentía un poco mareada. Cuando los abrió, se encontró con Nick mirándola, más cerca de ella de lo que esperaba.

—¿Se encuentra bien?

—¡Oh! Sí, claro.

—No parece encontrarse bien. Está blanca como una pared —él se acercó a ella y le puso una mano en el brazo, como si ella necesitara que alguien la sostuviera.

Ella sintió que el contacto de sus dedos la quemaba a través del algodón de su manga. Realmente se sentía un poco mareada, algo que la sorprendía.

Ella se apartó y dijo:

—Realmente estoy bien. Sólo es un dolor de cabeza pasajero.

—En ese caso, vamos —dijo él.

Ella tuvo la impresión de que podría haberlo ofendido. Aunque era ridículo pensar que él pudiera ofenderse por algo. Simplemente habría herido su orgullo. No debería de estar acostumbrado a que las mujeres se apartaran de él, como si fuera un apestado.

Pero él actuó amablemente mientras esperaban el ascensor. Le habló sobre coches, a la que ella apenas pudo responder, ya que no sabía nada sobre el tema.

De no haber sido porque ella lo había estado mirando intensamente, no habría registrado el cambio de expresión en su rostro cuando llegó el ascensor. Había sido un segundo, y luego había apartado la mirada de ella y había centrado su atención en algo detrás de ella.

Angela quiso saber qué era lo que había llamado su atención.

Ella no había oído el ruido de pisadas, porque la alfombra era muy mullida. Así que cuando vio a la mujer delante de ella, se sorprendió. Era el tipo de mujer que ponía incómoda a las otras mujeres.

—Philippa —sonrió Nicle

Angela se sintió totalmente fuera de la burbuja formada por ellos dos.

—Nick, quería verte antes de que te fueras —Philippa miró a Angela brevemente, y luego la ignoró—. Se trata de la reunión de mañana. ¿Traigo mis previsiones para los próximos cuatro meses, o

prefieres que antes lo miremos en privado?

Por el acento, Angela precisó que Philippa era americana, algo que la asombró, siendo su nombre tan inglés.

—Tráelas a la reunión —dijo él. Luego se dirigió a Angela e hizo unas breves presentaciones, que tuvieron el efecto contrario, puesto que Angela se sintió más al margen aún.

—Vamos a comprar un coche. Tendrás que verme por el asunto de Drew más tarde.

—Sí, claro —dijo Philippa, y miró a Angela detenidamente—. Así que usted es la mujer que escribió a Nick para trabajar como niñera de Natasha. ¡Buena suerte!

No es un trabajo que le envidie, sinceramente. Para mí, cuidar a un niño puede llegar a ser el trabajo más horrible del mundo.

Angela no podía contestar a eso más que de manera cortante. Así que mantuvo una sonrisa helada e hizo un comentario nada comprometido con una voz casi inaudible.

La voz de Philippa era amable, pero su rostro tenía una expresión dura y calculadora. Tenía un tipo de belleza fría. Era demasiado perfecta, y se notaba que era consciente de ello.

Era alta, delgada, con una melena de pelo negro liso, y unos ojos verdes felinos. Su cara parecía de alabastro. Era imposible calcular su edad. Podía tener entre veintitantos y treinta y tantos años.

—Pero supongo que usted estará acostumbrada a los niños. Es profesora, ¿no es así?

—Sí, así es —dijo Angela, manteniendo su actitud cortés con dificultad.

Cuando Nick las interrumpió diciendo que tenían que marcharse, Angela se sintió aliviada.

—¿Te veré luego, entonces? —preguntó Philippa, desviando la mirada hacia Nick. Luego le tocó el brazo en un gesto posesivo que lo decía todo—: Para hablar sobre Ordenadores Drew, ¿de acuerdo?

—Si vuelvo —dijo él, frunciendo el ceño.

—¿Qué te parece si quedamos para cenar?

Él dudó un momento, luego dijo:

—Bien.

—¿En mi casa?

—No. En Luigi. Dile a Pauline que reserve una mesa para ocho. Y ahora, Philippa, realmente, debemos marcharnos. Te veré en el

restaurante.

A Angela le sorprendió que la mujer sintiera tanta curiosidad por ella. ¿Qué relación tendría con Nick? ¿Serían amantes? Nick era un soltero de oro. Philippa trabajaba para él, pero era americana, lo que implicaba que habría decidido instalarse en el país para estar con él. También era hermosa.

Angela sólo podía especular. Pero se imaginaba que en el medio en que se movían dos personas como ellos no tendrían ningún problema en tener una aventura. ¿No era así acaso en los sofisticados ambientes urbanos en los que ellos se movían? ¿Una cierta atracción, seguida de sexo y una relación en la que no había espacio para la palabra amor?

O tal vez también entraba la posibilidad del matrimonio y el amor. Nick seguramente no demostraría sus sentimientos en público. Pero iban a encontrarse por motivos de trabajo. ¿Era eso solamente?

No podía dejar de pensar en todo aquello. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse.

Mantuvo una escueta conversación con él mientras iban en su coche conducido por el chófer. Luego tuvo que meterse de lleno en las distintas ventajas de una marca de coche tras otra al llegar al concesionario.

Nick hablaba con tal conocimiento y soltura que el encargado del concesionario de coches le preguntó si él se dedicaba al negocio de los coches, algo a lo que él evitó contestar.

Una hora más tarde aproximadamente, ella se encontró en posesión de un coche rojo nuevo, que le enviarían al final de la tarde. Era el primer coche nuevo que había tenido, y el último que tendría, por supuesto. Una compra que a ella le habría llevado meses decidir, y que a él le había llevado el mismo tiempo que a ella una clase sobre arte.

Él debía de haberse dado cuenta de la expresión aturdida en su rostro, porque tan pronto como estuvieron en la calle él se volvió a ella y le preguntó:

—¿Qué le parece si almorzamos algo? Da la impresión de que lo necesita.

—Gracias —contestó Angela, sin reaccionar todavía ante la velocidad de los últimos acontecimientos—. Es una buena idea.

—Ahora lo que necesita es saber manejarse por las calles de Londres.

Ella se rió, menos nerviosa que otras veces.

—Conduciré muy lentamente de la casa al colegio y del colegio a la casa y me aseguraré de no desviarme.

—Eso hará que se forme un buen atasco detrás de usted —dijo él, llamando al camarero.

—No soy lo suficientemente agresiva como para conducir por estas calles. Me asombra cómo lo hace George. ¿Lo encontró aquí? ¿O se lo trajo de América también?

—¿También?

—Como a Philippa —dijo ella torpemente—. Cuando reconocí el acento, pensé que se la habría traído a trabajar con usted. Supongo que ella trabajaba en su empresa en Estados Unidos. Debe de haber tenido suerte de seguir trabajando con usted, ¿no es verdad?

—Ella trabajaba conmigo allí, sí —él se sentó hacia atrás en la silla, y la miró—. Podría haberse quedado a trabajar allí en una de mis compañías. Es un talento en asuntos financieros. No le hubiera hecho falta que yo la trajese a trabajar aquí. Ella decidió venirse, y ha sido realmente un acierto para la compañía.

—Sí, estoy segura de ello —Angela jugó con el vaso, sin mirar a Nick.

¿A qué se había referido con que no había hecho falta conseguirle un puesto con él? ¿A que no tenían ninguna relación personal? ¿O a que si la tenían ella era de usar y tirar para él?

Probablemente fuera eso. Para él el sexo sería algo fácil de reemplazar. Hacía tiempo había pensado que el sexo y el amor eran cosas que iban unidas. La vida le había enseñado que no era así.

—¿Está segura? ¿Con sólo verla cinco minutos? —Debe de ser mi mirada de profesora —dijo Angela con tina sonrisa—. A principio de curso, solemos hacer una rápida evaluación de las personalidades de los alumnos.

—Y usted nunca se equivoca.

—A veces sí. Generalmente suelo acertar en cuanto a los difíciles. Pero con energía y trabajo se puede lograr integrarlos en la clase.

—Es lo que piensa hacer con mi sobrina, ¿no?

Angela esperó a que el camarero tomara nota.

—Más o menos —contestó luego—. Las circunstancias de Natasha son más excepcionales que las de otros niños, ¿no le parece? Necesita que se sea muy cauto, con mano suave —ella hizo una pausa y luego dijo, sin mirarlo—: ¿Era feliz… antes del accidente?

—¿No es eso algo que usted debería saber, si tenemos en cuenta que usted ha estado en estrecho contacto con Amanda?

Ella sintió un escalofrío.

—Las amigas se dicen muchas cosas, pero a menudo no hablan de los problemas personales que hay entre los miembros de la familia.

—Mi hermana, al parecer, era muy abierta con usted en ciertos asuntos personales. ¿Por qué no iba a contarle si tenía problemas con Natasha?

Angela no dijo nada.

—¿Y? —insistió él.

—Tal vez ella no quisiera hablar de esos problemas, teniendo en cuenta que Natasha era adoptada. Debe de haber sido un tema delicado para ella.

Él pareció dejar el tema. Pero no había bajado la guardia. Ella debía de ser más cuidadosa. Era una pena, porque realmente le habría gustado preguntarle si Natasha había expresado alguna vez la curiosidad por saber algo de su madre biológica, acerca de ella. Pero eso levantaría sospechas. Así que tuvo que dejar el tema.

En su lugar, hizo un gran esfuerzo por hablar de cosas sin importancia. Le preguntó por Nueva York y se entretuvo en las descripciones que él le hizo, aunque se cuidó mucho de hablar de detalles personales.

Cuando estaban tomando una taza de café, Nick dijo de pronto:

—No puedo hacerme una idea sobre usted. Debe de tener veintitantos años, una edad en la que las chicas están divirtiéndose por ahí, si no se han casado aún y han tenido hijos. Y en cambio usted parece haber vivido una vida solitaria, sin compromisos de ningún tipo, ya que estuvo dispuesta a dejarlo todo y marcharse. Lo que debe de haber sido una especie de capricho, aunque usted lo niegue.

—Hay muchas mujeres de mi edad que no están casadas, y que no están comprometidas tampoco —le dijo Angela—. Para usted

debe ser sorprendente, pero no todas las mujeres tienen la meta de encontrar un compañero y casarse.

—Pero muchas de ellas sí, lo admitan o no.

—Puede ser. Pero yo no.

—¿Por qué no?

—¿Por qué está tan interesado en cosas que no tienen nada que ver con el motivo por el que yo estoy aquí?

—Todo lo que ocurrió en el pasado tiene importancia en el presente —dijo Nick, mirándola—. ¿Cómo sé yo que usted no está escapando de una relación tormentosa con un hombre? Y si es así, ¿cómo sé que no habrá una reconciliación que dejaría abandonada a Natasha?

—Usted sólo debe confiar en que le digo la verdad —dijo Angela.

¿Por qué era tan obstinado?

—De todos modos, ¿por qué es tan curioso? ¿Es así de curioso con todos sus empleados?

—No todos mis empleados aparecen en tan extrañas circunstancias.

Angela no supo qué decir, así que terminó de beber el café. Y le agradeció la deliciosa comida.

—Espero que no le haya quitado el apetito para la cena de esta noche —le dijo ella muy amablemente.

Él la miró serio.

Nick pagó la cuenta. George estaba esperándolos. Era una vida de lujos a la que se acostumbraría rápidamente cualquier persona. Sin prisas para tomar un autobús, o apretarse entre la gente en el metro. O tener que andar buscando un taxi, incluso.

Entraron en el coche.

—¿Siempre ha tenido chófer?

—No, no siempre. Pero en los últimos años sí lo he tenido. Es más fácil para algunas cosas. Y además de ese modo puedo trabajar en el coche.

Angela asintió y dijo mirando por la ventanilla con una sensación de superioridad culpable:

—Si alguien me hubiera dicho que me encontraría alguna vez en un coche con chófer, me habría desmayado al instante.

—Y ahora que lo ha hecho, ¿cómo se siente?

Ella lo miró.

—Privilegiada.

Él no dijo nada.

—¿De qué hablaban mi hermana y usted exactamente? —dijo él.

La pregunta la sorprendió.

—Evidentemente no hablaban sobre Natasha, a pesar de la súbita preocupación que sintió al enterarse de que se había quedado huérfana.

—¡Oh! Hablábamos de distintas cosas, ya sabe —dijo ella vagamente.

—Si lo hubiera sabido, no se lo habría preguntado —le dijo él con ojos helados.

—No entiendo por qué tenemos que volver al tema —dijo ella con un tono poco amistoso, aunque disimulado por una sonrisa.

—Si usted no fuera tan evasiva, no habría ningún misterio que resolver.

Sus palabras eran razonables. Y estaba dispuesto a seguir hasta quedarse satisfecho.

—No hay ningún misterio. Ningún ex–amante esperándome. No tiene por qué preocuparse de que yo me vaya.

Podía estar absolutamente seguro.

Él no dijo nada.

—¿Me nombró Amanda a mí alguna vez? —le preguntó él, cuando ella había pensado que ya iba a dejar el tema.

—No. ¿Por qué?

Ella se imaginaba lo que podría estar pensando.

Era un modo de decirle que Amanda no hablaba de su familia, ni de su vida en su hogar. ¿Y qué clase de relación tenía con ella su hermana, que tenía conversaciones íntimas pero no hablaba de su vida y de su familia? Eso debía de estar pensando…

—¿No le dijo que yo era rico? ¿Y libre? —dijo él.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, pálida.

—Sabe perfectamente lo que quiero decir. Se le nota en la cara.

—¿Que yo he planeado todo esto porque quería entrar en su casa? ¿Que soy una persona interesada? ¡Es lo más ridículo que he oído en mi vida!

—¿Sí? —él la miró fríamente.

Él no podía estar más equivocado.

—Usted es profesora. Debe de tener un sueldo razonable, pero no debe de ganar tanto como para disfrutar de las cosas más lujosas de la vida. Y a usted no parece haberle importado dejar su trabajo y todo lo demás por un motivo poco consistente. ¡He conocido a muchas mujeres interesadas…!

—Como para tener en poca estima al sexo opuesto —dijo Angela, con una mirada fría, y manos temblorosas—. Espero que no se ofenda si le digo que siento pena por usted. Debe de ser horrible sospechar de todo el mundo. ¡El dinero debe de ser una desgracia si ello significa que pueda pensar mal de cualquier persona que conoce, en el sentido de que quiere quitarle algo, que la codicia de cosas materiales es el motor de la gente para acercarse a usted!

Ella bajó la mirada, y luego continuó: —Le he dicho esto porque su acusación me parece perniciosa. Debemos trabajar juntos por Natasha. No lograremos nada a no ser que usted se fíe de mí, o al menos me conceda el beneficio de la duda.

Estaban cerca de su oficina. Ella reconoció perfectamente el edificio de cristal. Él se echó hacia adelante en el asiento y dio instrucciones a George de que lo fuera a buscar a las siete y media a la oficina. Luego se relajó y la miró.

—Le concederé el beneficio de la duda. Sólo quería asegurarme de que usted supiera lo que pienso. Ande con cuidado.

Capítulo 4

NATASHA, la señora Pritchard me pidió que fuera a hablar con ella esta mañana después de que te dejase en el colegio. Está preocupada porque no estás trabajando lo suficiente en el colegio. La señora Pritchard era la profesora de Natasha, y lo que le acababa de decir Angela era una aproximación a lo que había dicho la mujer. En realidad había dicho que Natasha no desarrollaba su potencial premeditadamente. Y sus palabras habían estado apoyadas por unos cuadernos llenos de garabatos y trabajos sin terminar, o hechos descuidadamente, e incluso con frases sin acabar.

A Angela no le había sorprendido. En las dos últimas semanas había intentado romper las defensas de Natasha y se había encontrado con una pared. Angela se había sentado con ella pacientemente todas las tardes después de que la niña hubiera merendado, y había estado repasando cada uno de los ejercicios, intentando ver en qué fallaba su hija. Pero no había podido averiguar nada.

Natasha no tenía interés por nada que tuviera relación con la escuela, y no se molestaba en disimularlo.

—¿Y? —preguntó Natasha con un gesto de disgusto en la boca, dejando la comida en un lado del plato y cruzando los cubiertos.

Había sido una lucha todo el tiempo, pero Angela había mantenido la calma. No iba a perder los estribos tan fácilmente. Aunque aquella boca no había sonreído ni una sola vez, Angela podía imaginarse su sonrisa, como un rayo de sol, y aquella imagen le servía para tener una paciencia infinita.

Se dio cuenta de que estaba estableciendo con ella una rutina. Por la mañana la llevaba al colegio, y durante el viaje sólo era posible un monólogo. Durante el día preparaba algunos trabajos

para hacer con Natasha después de que ella volviera del colegio, con la idea de que si le ofrecía a la niña algo interesante podría generarle curiosidad. Inútil. Para su sorpresa, también había pintado, a pesar de que aquello, en principio, había sido una excusa para explicar por qué quería dejar su trabajo como profesora. Y para más sorpresa aún, había disfrutado de ello. Era relajante hacerlo. Lo hacía para ella misma, y no para enseñárselo a unos adolescentes que no estaban interesados en ello en absoluto.

—Entonces lo que espero es que sepas que debes tener una buena educación. Y espero que sepas que tienes suerte de ir a uno de los mejores colegios del país. Que hay niños en el mundo que ni siquiera pueden ir a la escuela.

—¿Vas a darme lecciones? —le preguntó Natasha. Pero Angela se alegró de que por lo menos la hubiera mirado, en lugar de seguir con la vista en cualquier otro sitio.

—No. ¿Qué sentido tiene?

—Bien. Tienes razón. No tiene sentido. Porque tú no eres mi madre.

Angela sintió un escalofrío.

—Aunque eso da lo mismo. Porque a ella no le importé lo suficiente como para quedarse conmigo.

Angela miró a la niña. Era guapa, a pesar de su gesto hostil.

—Ven arriba. Te haré un retrato —dijo Ángela de repente. —¿Qué?

—Lo que has oído.

Angela sabía que habría más oportunidades de que la niña hablase del tema. Pero ella en ese momento no podría escucharla sin derrumbarse.

Fueron arriba, a una habitación que ella había destinado a estudio, en el que Natasha no había demostrado el más mínimo interés. Angela la puso en la pose adecuada. Entonces sintió aquella paz que sentía cada vez que alzaba su pincel. Algo se transformaba y la internaba en un mundo diferente.

Sacó sus pinturas, colocó el caballete y comenzó a pintar.

Empezó con un borrador. Captó la expresión turbia de Natasha, la forma de la cara, la vulnerabilidad desafiante de sus ojos.

De pronto se encontró hablando sola en la habitación. Recordó su infancia. Cosas que creía haber olvidado, y Natasha. por una vez,

la escuchó. O parecía escucharla.

El tiempo voló. Sólo se dio cuenta de las horas que habían pasado cuando oyó que golpeaban la puerta.

Era Nick. Estaba de pie en la entrada, vestido con elegancia, con un traje de hombre de negocios. Y miraba su cuadro con tal concentración, que Angela se sintió incómoda.

Siempre se sentía expuesta cuando miraban sus cuadros; como si ellos pudieran revelar algo muy íntimo.

—Acabo de empezar —le explicó ella, ruborizada.

Natasha se levantó de la silla y fue de mala gana hacia su tío.

—O sea que realmente pinta —dijo él, dando una vuelta por la habitación y echando un vistazo a otras cosas pintadas por Angela.

—¡Por supuesto! —contestó Angela—. ¿Es que cree que me he inventado una sarta de mentiras, realmente?

Natasha seguía la conversación, sorprendida. Angela tuvo la sensación de que no estaba acostumbrada a ver a su tío hablar con alguien como si no se tratase del rey.

—No pensé que fuera tan buena —dijo él—. Es sorprendente.

Angela se sintió un poco menos incómoda.

—No me siento muy segura cuando se trata de retratos —dijo acercándose a Natasha—. Y los dedos y manos se me dan fatal.

—A mí también —dijo Natasha tímidamente. Luego se puso colorada y volvió a fruncir el ceño.

Angela sintió como si un rayo de sol hubiera irrumpido en un cielo con nubarrones.

—Ya estoy lista para ir a la cama —dijo Natasha, cruzándose de brazos.

Angela la miró asombrada.

—¿Ya? —Angela no pudo evitar tomarle el pelo—. ¿Y cómo es que no te quejas de que es la hora de irse a la cama?

—Muy graciosa —dijo Natasha, con una mueca que escondía una sonrisa.

Angela sintió alegría nuevamente. Sentía ganas de correr por la habitación, dar saltos de alegría. Pero en cambio le dijo a Nick:

—Quizás pueda ir a prepararle la cama.

Natasha y Nick la miraron confundidos, como si les hubiera pedido algo fuera de lo normal.

Angela sintió ganas de reírse.

—Debo ir a lavarme —dijo ella, mirándose las manos llenas de pintura—. ¿Le importaría hacerlo? —le preguntó inocentemente.

El la miró con una sonrisa en los ojos.

—Por supuesto que no —murmuró él—. No nos importa, ¿no es así, Natasha? —le preguntó a la niña.

Ésta lo miró con un gesto divertido.

Era tan hermosa cuando se ponía así, que Angela tuvo que desviar la mirada. Y por la expresión de Nick, parecía tan sorprendido por el cambio de humor de Natasha como ella.

—¿Y si nos importa, qué? Daría lo mismo. No podemos hacer otra cosa. Ella es profesora después de todo —dijo Natasha.

Natasha se fue de la habitación. Nick se volvió a Angela y le sonrió. Durante un instante ella sintió como si fuera a caerse de la silla. Entonces él se fue. Y ella se fue a su habitación y luego se lavó. De pronto se sintió muy feliz.

Se decía que no debía ilusionarse demasiado. Natasha volvería a ser la misma a la mañana siguiente y ella se sentiría peor si albergaba otras esperanzas. Y Nick seguía sospechando. Era demasiado inteligente como para no saber que había algo raro en todo aquello.

Pero quince minutos más tarde seguía borracha de alegría. No podía evitarlo.

Angela decidió tomar una taza de café en el salón.

—Parece muy satisfecha de sí misma.

Angela no esperaba encontrar a nadie, así que la voz de Philippa fue como un cubo de agua fría para ella.

Angela se detuvo y miró a la mujer sentada al lado de la ventana. Estaba muy elegante. Llevaba un traje color esmeralda, que le daba cierto aspecto felino.

—Lo siento. No creí que iba a encontrar…

—¿A mí, aquí? —dijo Philippa, ayudándola a acabar la frase. Cruzó las piernas y entrelazó sus dedos encima del regazo. Llevaba las uñas pintadas de un rojo impecable. «Rojo sangre», pensó Angela.

—Nick ha venido a cambiarse. Estamos a punto de irnos —sonrió Philippa.

Y no dijo nada más. Como si se tratara de una noche íntima que no permitiera contar detalles.

—¿Estaba ocupada con sus obligaciones relacionadas con la criatura? —le preguntó Philippa.

Angela asintió con la cabeza. Le sorprendió el modo en que lo describió.

—¿Y qué tal le va? Todo un desafío, supongo —se rió. Y Angela sonrió por obligación también.

Angela fantaseó con tirarle el café en su impecable vestido verde.

—Muy entretenido y agradable.

—Bien. ¿Y qué tal es vivir en la misma casa que Nick?

—¿Cómo?

—Le he preguntado qué tal se siente viviendo en la misma casa que Nick, con Nick —achicó los ojos, aunque siguió sonriendo.

—No lo veo mucho. Trabaja hasta muy tarde, al parecer.

—Mmm. Él está fuera hasta tarde por las noches —se rió Philippa—. Es una suerte para usted, supongo. ¡Bueno, para las dos!

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —dijo mirándose las uñas—, que Nick suele ser especialista en atraer al sexo contrario, y se me ocurre que viviendo en el mismo sitio terminará siendo una de sus fans.

—¿O sea que me lo está advirtiendo?

—De mujer a mujer. Es muy fácil que le hagan daño si se siente atraída por un hombre que la ignora.

—Supongo que sí.

—Normalmente yo no le hubiera hablado de esto. Pero siendo como es la situación, lo pondría en una situación muy incómoda.

—Gracias por el consejo —dijo Angela fríamente, y puso la taza en una mesa que tenía cerca.

—Aunque no creo que le haga falta —agregó Philippa—. Quiero decir, usted no es su tipo, ni creo que él sea el suyo.

Evidentemente Philippa esperaba una respuesta, porque hizo una pausa larga durante la cual Angela se sentó en silencio.

—Es muy inflexible en el tipo de mujer que le gusta —dijo Philippa al rato.

Parecía un poco nerviosa por el silencio de Angela, porque tenía la mirada helada y ya no se molestaba en sonreír.

—No estoy interesada en el tipo de…

—Los hombres son seres de hábitos fijos. ¿No? ¿Se ha dado

cuenta? Siempre buscan el mismo tipo. Yo diría que Nick se siente atraído por el *glamour*. Supongo que por eso… —se rió y dejó una insinuación en el aire.

Al oír unos pasos ambas se pusieron de pie.

Entró Nick y las miró.

¿Qué vería?

Una rubia con la cara lavada, con los dedos manchados aún de pintura en algunas zonas, con unos vaqueros, una camisa de hombre blanca y una coleta. Y una bruja de pelo negro, de ojos verdes, vestida elegantemente con un traje de alta costura, que jamás habría estado al lado de un bote de pintura. *«Glamour»,* como ella misma se había descrito.

—¿Estás lista, Philippa? —preguntó Nick.

Angela se sintió como una adolescente ante un encuentro de dos adultos.

—¡Por supuesto! —Philippa fue hacia él, y se volvió hacia Angela con una sonrisa—. Ha sido un placer volverla a ver. ¡Estoy segura de que usted le hará mucho bien a Natasha!

—Eso espero —dijo Angela.

Sabía Nick que la estaba mirando. También sabía que si ella miraba en dirección a él, se iba a sentir insegura, así que mantuvo los ojos mirando cualquier cosa, de manera que Philippa no fue más que un colorido de fondo.

Se quedó en el salón hasta oír cerrarse la puerta. Luego se fue hacia la cocina y se quedó allí pensando, sentada a la mesa, mientras comía una ensalada preparada por Eva para ella.

O sea que aquélla era una advertencia para que se alejara de aquel hombre. Le había dejado mal sabor de boca. Ahora se daba cuenta de que podría haberle dicho un montón de cosas que habrían dejado a Philippa con la boca abierta, pero se había quedado allí sentada, sin poder decir nada.

Si ellos supieran el verdadero motivo de su presencia en esa casa, Philippa no le habría dicho esas cosas, ni Nick la habría acusado de ir detrás de su dinero.

Y Natasha… Natasha, pensó Angela, la odiaría.

Terminó la ensalada, fregó su plato y los cubiertos y fue a ver a Natasha, que dormía inocentemente. Pero ella no pudo dormirse. Se quedó despierta hasta que oyó el ruido de un coche y la puerta de

entrada al abrirse. Cuando miró el reloj en la mesilla, vio que era más de la una de la madrugada.

No podía ser. Había ido allí por aquel trabajo, y no podía apartarse de su camino con otras preocupaciones.

Durante la semana siguiente se aseguró de no ver a Nick más que de pasada, al salir de la cocina o del salón. De hecho le pareció que se empezaba a adaptar a aquella rutina de «visitante a punto de marcharse siempre».

Y no le importó que sus tácticas para evitarlo comenzaran a ponerlo nervioso a él. Un día, cuando ella estaba a punto de irse a la cama a las nueve y media, él le dijo sarcásticamente al entrar al salón:

—Se va, ¿verdad?

—Sí —dijo Angela, sonriendo.

Y él frunció el ceño.

—¿Le parece que arreglemos un encuentro para verla y hablar sobre mi sobrina? —le preguntó él, sirviéndose una copa.

—Siempre que quiera hablar sobre Natasha, estaré dispuesta —dijo ella con una vaga sonrisa.

—En ese caso, ¿qué le parece si hablamos ahora? ¡Siéntese! ¡Y quédese sentada! ¡No quiero sentir que tengo que atarla a la silla para que se quede allí!

Así que ella se sentó obedientemente y le habló de los progresos de Natasha. Le contó que Natasha ahora respondía con algo más que monosílabos, y que había sonreído dos veces. Angela pensaba que la sesión de pintura de cuarenta minutos que tenían todas las noches antes de acostarse, la relajaba a Natasha tanto como a ella misma.

—Bueno. Parece que usted ha conseguido más en dos semanas que lo que yo había conseguido en varios meses.

—¿Es eso todo? —le preguntó Angela.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que hacer? —él miró el reloj—. Son las nueve y media de la noche. Si es así, me gustaría oír qué es.

—Dormir simplemente —ella había bostezado a propósito—. Estoy muy cansada.

—En ese caso, no debo entretenerla más, ¿no cree? —dijo irritado.

¿Pero qué otra cosa podría haber dicho?, pensaba en esos

momentos. Él no podía haberla forzado a quedarse y ella no había querido su compañía.

Si quería compañía, tenía a la atractiva Philippa, con quien Angela había evitado encontrarse hacía dos días.

Había ido allí con Nick por la noche, cuando Angela y Natasha estaban en la cocina, haciendo los deberes juntas. Y Angela se había excusado convenientemente para ir al servicio en el momento en que había oído la voces y los pasos acercándose. Le daba igual de quién eran los pasos. No quería ver ni a Nick ni a su novia.

Había traicionado en cierto modo a Natasha, dejándola sola frente a ellos. Cuando había vuelto a la cocina, se había sentido aliviada al ver que después de veinte minutos de ausencia se habían marchado.

Todos estos pensamientos pasaban por su mente en esos momentos como escenas de flash–back de una película mientras el retrato de la niña empezaba a tomar forma.

—Natasha —dijo Angela—. Quédate quieta.

—Estoy aburrida. Y tengo los pies dormidos.

Angela suspiró. Era la primera vez que Natasha decía que estaba aburrida desde que habían empezado con el retrato, y esperaba que no volviera el mal talante en la niña.

—Restriégate los pies, uno con otro. Y a lo mejor así no te aburres. Además puede ser que se te pase el hormigueo.

— ¡Ja, ja! —dijo Natasha con gesto contrariado. Angela dejó de pintar.

—De todos modos, no tenemos por qué seguir con esto —dijo la niña, un poco cortante.

—Pensé que te gustaba.

—¿Y qué, si es así? Las cosas no duran siempre, ¿no?

Angela se quedó petrificada.

Ir a consolarla sería un error, porque no podría enterarse de qué le pasaba.

—No sé de qué estás hablando —dijo Angela serenamente.

Natasha la miró seria y con gesto compungido.

—Sí, lo sabes —dijo—. ¡Has estado tramando algo con esa horrible mujer!

—¿Qué horrible mujer?

—¡La engreída de Philippa! ¡Ésa! ¡Y no lo niegues! ¡Me lo ha

dicho!

—¿Qué te dijo ella?

Natasha estaba intentando no llorar.

Angela se acercó a ella. ¡Sintió tantas ganas de abrazarla, de acariciarle el pelo y alejarla de los problemas que estaban haciéndole daño!

—¿Qué te dijo? —le preguntó amablemente.

—Que tú habías dicho que me enviarían a un colegio interna.

Angela se quedó muda ante aquello. No podía digerirlo fácilmente. Se le revolvía el estómago, y estaba furiosa.

—El tío Nick está de acuerdo. Él nunca me ha querido.

—¿A un colegio interna? ¿A un internado? Es la idea más absurda que he oído en mi vida —Angela alargó la mano y estrechó la mano de la pequeña—. Tendrán que pasar sobre mi cadáver.

La niña la miró y dijo en voz baja:

—No quiero que me manden fuera.

— No te van a mandar fuera. Confía en mí.

—¿Por qué?

—Porque yo te lo pido.

Aquella seguridad con que pronunció las palabras parecieron hacer efecto, y la niña se quedó más tranquila. Volvieron a la pintura, pero Angela no pudo concentrarse. ¡No podían alejar a su hija de allí! ¡Era su razón de vivir!

Llevó a la cama a Natasha. Luego se bañó y se puso unas mallas y una camisa, y fue al salón a esperar a Nick. Le daba igual si tenía que esperarlo hasta la medianoche.

A las diez y media oyó su coche, y saltó del asiento.

Él la miró extrañado, dejó su maletín en el suelo y cerró la puerta lentamente.

—¡Qué recibimiento tan cálido! —dijo irónicamente.

—Quiero hablar con usted.

—¿No puede esperar a mañana? Hoy ha sido un día terrible en el trabajo, y quería irme a la cama.

—No. No puedo esperar a mañana. Y me da igual si está muerto de cansancio.

—¿Sí?

Él empezó a quitarse la corbata. Ella estaba decidida a hablar con él, aunque tuviera que meterse en su dormitorio.

Pero en realidad, cuando llegó a la mitad de los escalones comenzó a dudar. Y cuando entró en la habitación de Nick, su corazón empezó a sonar de manera acelerada.

Ella nunca se había acercado a su habitación. Estaba en la tercera planta de la casa, y era una *suite* lujosamente amueblada.

Él entró en el dormitorio y comenzó a quitarse la camisa.

Entonces ella dijo:

—¿Le importa? Quiero hablar con usted. No tengo interés especial en ver un *strip–tease* suyo.

—Usted me siguió hasta aquí. Yo tenía intenciones de darme una ducha. Si eso la incomoda, puede irse y hablaremos de esto en un momento más oportuno, mañana por la noche. Si no, adelante, diga lo que desea.

Ahora él estaba medio desnudo. Tenía un cuerpo muy bien proporcionado. Unos brazos largos y fuertes.

Angela se quedó en la entrada, nerviosa. Pero luego pensó en Natasha y su tristeza y temor, y en sí misma, nuevamente privada de su hija y decidió seguir allí. No era la primera vez que veía un hombre desnudo. Aunque de eso hacía demasiado tiempo.

Él se aflojó el cinturón. Entonces ella sintió que su pulso se aceleraba. Luego se desabrochó el pantalón. Y en ese punto ella no pudo más y se giró mirando hacia la pared.

—Natasha me ha dicho esta tarde que usted y su novia habían comentado que posiblemente la enviarían a un colegio interna.

—¡Ah! ¿Sí?

Ella no lo estaba mirando así que no podía ver su expresión, pero le daba la impresión, por el tono de voz, que estaba de acuerdo con lo que ella le acababa de decir.

—¡Oh! Sí. ¡Y quiero saber si es cierto!

—Sospecho que usted no está de acuerdo —dijo él serenamente.

Ella oyó el ruido de los pantalones cayendo al suelo junto con su camisa. Y entonces él desapareció hacia el baño.

Después de un tiempo prudencial, ella lo siguió. Entonces se dio cuenta de que él no se había molestado siquiera en cerrar la puerta, y antes de que ella pudiera ver ninguna otra cosa lo vio en la ducha. Era una figura alta y musculosa detrás del cristal empañado de la ducha. Y por supuesto, una vez que sus ojos se posaron sobre él, no pudo quitárselos de encima.

Ella había vivido una vida privada del sexo opuesto. Desde Simón ella había sentido una gran desconfianza de los hombres. Y los había evitado. Jamás había permitido que traspasaran la frontera de la amistad. Lo que explicaba, para ella, que se sintiera tan confusa ante aquella situación.

Cuando cerró la ducha y abrió la puerta para alcanzar la toalla, ella se dio la vuelta con tanta prisa que casi se cayó. Y además se le olvidó de qué estaban hablando.

—Usted me ha contratado para que cuide a Natasha, y…

—¡Ahora puede mirarme ya! ¡Estoy decente! —la interrumpió.

Ella vio que se había enrollado una toalla a la cintura. Con el pelo húmedo, y gotitas en la cara. No estaba tan «decente»…

—¿Es tan tímida con todos los hombres o sólo conmigo?

—No estoy aquí para hablar de mí —dijo Angela fríamente para disimular su incomodidad—. Y estaba diciendo que usted me ha contratado para cuidar a su sobrina, y estoy bastante enfadada porque no me han dicho nada acerca de su decisión de enviarla a un internado, no me han consultado nada acerca de ello —dijo Angela, y se preguntó si no habría sonado algo arrogante.

—¿Por qué cree que no le conviene el ambiente de un internado? —él no se estaba cambiando. Estaba frente a ella sin ningún reparo en estar semidesnudo.

Angela volvió sentirse furiosa, y puso los brazos en jarras.

—Lo que ella necesita es el cariño de la gente que la rodea y que se preocupen por ella. Sé que ha alterado su vida y que sería más fácil para usted que ella no estuviera aquí, pero le guste o no, ¡usted es responsable de Natasha! ¡Tampoco me parece que su novia tenga nada que decir acerca del futuro de Natasha! « ¡De mi hija!», hubiera agregado. —¿Por qué se obstina en referirse a Philippa como mi novia?

—¿Por qué rechaza contestar a mi pregunta? —le gritó ella.

—No tengo idea de por qué sacó usted este tema del internado. Se ha abalanzado sobre mí, furiosa, pero Philippa no ha hablado nada de esto conmigo. Y yo, personalmente, estoy conforme con el modo en que está manejando a mi sobrina.

—¿No han hablado acerca del internado? ¿Está usted conforme con mi trabajo?

—No, no he hablado con Philippa. Y sí estoy conforme con

usted. Natasha está más relajada que nunca después del accidente. Usted probablemente no se da cuenta porque no puede compararlo con otras épocas, pero créame, es como le digo. ¿Por qué iba a querer mandarla a un internado?

Ella no sabía qué decir. Se sentía un poco torpe. Y también se había dado cuenta de pronto de que él no tenía ropa encima. Había tenido tantas cosas en la cabeza que no se había dado cuenta de la situación en la que se encontraban.

Dio dos pasos atrás y cruzó los brazos como para protegerse.

—Debería haber dicho todo esto desde el principio, sin dejarme… —no siguió, pero los dos sabían que «quedar como una tonta» era lo que seguía, o al menos fue lo que Angela pensó.

—Debería haberlo hecho —dijo él, acercándose hacia ella casi imperceptiblemente hasta volver a quedar enfrente de ella nuevamente—. Pero me picaba la curiosidad por saber por qué había reaccionado de manera tan apasionada ante la idea de que Natasha se marchase. ¿Fue sólo porque perdería el trabajo?

Angela dijo algo acerca de continuar con una tarea que había empezado. Pero él ignoró sus palabras.

—También, debo admitirlo, estaba intrigado por el cambio que había ocurrido. Cómo se había transformado la remilgada profesora en una furiosa mujer joven —sonrió él, y la miró.

Ella se sintió turbada.

—No era mi intención parecer furiosa. Yo simplemente quería hablar…

—En voz muy alta, y con los ojos encendidos…

—Perdone si…

—¿Por qué? Me gustan los espectáculos con fuego —él se acercó y le tocó el pelo.

Que un hombre la tocase… después de tantos años.

Su cabeza le decía cómo debía reaccionar, pero no podía obedecer a su mente en ese momento. No sentía ni miedo ni disgusto, sino una extraña excitación. Era la anticipación ante algo que su cuerpo pedía.

¿La iba a besar él? Sus labios estaban tan cerca de los de ella…

Capítulo 5

PARECIÓ pasar una eternidad entre aquella nebulosa especulación y el contacto real de los labios de Nick contra los de ella.

Angela se quedó con la mente en blanco. Apoyó las manos sobre el pecho húmedo de Nick y gimió suavemente cuando la lengua de él invadió su boca. El beso era suave, pero insistente. Y cuando ella respondió él pareció más hambriento aún. Nick tenía una mano en la espalda de ella y los dedos hundidos en su cabello.

Ella estaba quemándose por dentro. Se había encendido una llama y ahora parecía estar devorándola. El le besó el cuello con la misma dedicación. Ella sentía que le temblaban las piernas. Sabía que estaba gimiendo, pero le daba la impresión de estar oyendo el sonido desde un lugar muy distante. Cuando él la alzó y la llevó hacia su cama, ella no protestó. Se sentía inmersa en un mundo de sensaciones donde no existía el tiempo y la reflexión.

Lentamente, él comenzó a desabrocharle la camisa durante un tiempo que le pareció una eternidad. ¡Ella estaba tan acalorada! Necesitaba aire frío en sus pechos. Él le quitó la camisa, y en lugar de desabrocharle el sostén, simplemente tiró hacia arriba de manera que sus pechos quedaron al descubierto.

Lo oyó gemir y luego sintió su mano sobre sus pechos. Ella se estremeció y arqueó su espalda echando para adelante su pecho. Él jugó con sus pezones. Ella suspiró y hundió sus dedos en el pelo de él, empujándole la cabeza hacia abajo para que bebiera de su pezón erecto. El contacto de su lengua le enviaba sensaciones de placer infinitas.

La mano de Nick se movió hacia el vientre liso de Angela. Ella separó automáticamente las piernas. Deseaba quitarse las mallas; le

pesaban como plomo.

Pero él entonces se las quitó, y sus manos se deslizaron por debajo del algodón para encontrarse con la humedad entre sus muslos, y su dedo se movió rítmicamente mientras su boca volvía a su otro pecho.

Ella apenas se daba cuenta de que se había abandonado completamente, de que no podía encontrar el modo de salir de aquello. No había salida, y no estaba segura de querer encontrarla.

Pero cuando él la apretó contra sí y le llevó la mano hacia la evidencia de su excitación, ella pareció recobrar el sentido. Fue como un cubo de agua helada.

Recordó a Simón. Y entonces el pánico se apoderó de ella.

Se apartó de Nick, se levantó de la cama con un movimiento torpe y recogió su ropa desesperadamente. Estaba temblando. Cuando él se puso de pie y fue hacia Angela, ella dio un paso hacia atrás, presa del pánico.

¿Cómo había sido capaz de verse envuelta en aquello? Ella lo había acompañado a la ducha, había visto de antemano su intención de besarla. Había visto todas las señales de peligro, y no había hecho nada para evitarlo. Se sintió humillada.

—¿Qué diablos te pasa? —le dijo él, sacudiéndola.

Ella no podía mirarlo.

—¡Mírame!

Angela continuaba abrochándose la camisa. Pero él le sujetó las manos y se las bajó.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, ansioso. —¡Quiero que me dejes sola! No comprendo qué me pasó. ¡Sólo quiero que me dejes sola!

—¡Lo comprendes tan bien como yo! —le dijo él. Pero ella no lo comprendía realmente. Ella se había resignado a que algo hubiera muerto en su interior con respecto al sexo contrario hacía muchos años. ¿Cómo había podido sucumbir a Nick Cameron de ese modo? —Esto no debió ocurrir jamás. —No tiene sentido pensar si debió ocurrir o no. El hecho es que ha sucedido. Y lo que quiero saber es por qué me has apartado de repente. ¡Y mírame cuando te estoy hablando!

Angela lo miró. Estaba enfadado. —Mira, ¿no podemos hacer como si esto no hubiera ocurrido, simplemente? —le preguntó tímidamente—. Ha sido culpa mía. Lo reconozco. No debí seguirte

hasta aquí. Quería hablar contigo, pero debí esperar. Ahora me doy cuenta de ello.

Pero en realidad ella nunca se había imaginado que podría haber ocurrido nada semejante. —¿Por qué te has apartado?

—¡Deja de preguntarme eso! —gritó ella—. ¡Lo he hecho, y eso es todo!

—¡No me gustan las mujeres que juegan a este tipo de juegos!

—¿Juegos? ¿De qué estás hablando? —Sabes muy bien de qué estoy hablando. Así que ya puedes dejar de hacerte la inocente. ¡No eres una inocente niña! ¡Eso es evidente por el modo en que me has respondido! —sus dedos se aferraron a la cintura de Angela. Ella deseaba que la soltara. Deseaba salir corriendo. Y de no haber sido por Natasha, lo habría hecho. Él había liberado algo en ella y ella no se explicaba cómo lo había hecho. Pero sabía que era peligroso.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Qué esperabas lograr excitándome de ese modo y luego quedándote fría como el hielo? ¿Es que crees que porque te hagas la difícil vas a hacerte irresistible?

—¡Por supuesto que no! ¡Y no estaba haciéndome la difícil! Simplemente me he arrepentido. No podía… —se interrumpió.

Él no podría comprenderla. Porque ella no se había resistido en absoluto; al contrario; se había dejado llevar por la pasión Y luego se había levantado de la cama como una virgen agraviada. Era normal que él pensara mal de ella.

—Debería pedirte que renunciaras a tu puesto de trabajo —dijo él, dejándola a un lado y volviendo a enrollarse la toalla a la cintura.

Ella lo siguió con los ojos. No podía resistir aquella fascinación por su cuerpo. Y respondió excitada a aquella visión involuntariamente. Luego apartó la mirada.

—Quiero decir, que, después de lo que ha pasado, difícilmente podremos tener una relación de trabajo, ¿no?

—Por favor, no me pidas que me vaya —le dijo ella en tono compungido—. Sé que ha sido culpa mía. Pero te prometo que no volverá a pasar.

—Yo no he dicho que tú hayas tenido la culpa. Pero estarás de acuerdo conmigo en que lo que ha pasado hará que las cosas sean un poco incómodas entre ambos.

—No solemos vernos muy a menudo —dijo Angela. No se le había ocurrido otra cosa que decir—. Si yo trabajase contigo en tu oficina sería distinto. Pero en realidad sólo nos vemos de pasada. ¡Quiero decir, pueden pasar semanas sin que nos veamos!

—¿Y cuando nos veamos?

—Podemos considerarlo algo pasado. Un error. A veces ocurren esas cosas.

—¡Oh, sí! Ciertamente… ¿No es así?

—Sí.

—Este tipo de cosas te ocurren frecuentemente, ¿no? —le preguntó él, alzando la ceja.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has dado a entender.

Angela no dijo nada.

—Eso me hace pensar que, ya que tienes tanta experiencia como para no dar importancia a este incidente, ¿cómo es que de pronto te comportas como una víctima llena de escrúpulos?

Él pareció pensar seriamente en ello. Pero ella sospechaba que en realidad lo que quería hacer era tenderle una trampa.

Ella no podía contestar nada. Además empezaba a sentirse un poco asombrada de la forma metódica en que él trataba de acorralarla. Como si le echase toda la culpa de lo ocurrido, como si él no hubiera tenido nada que ver.

—¿Estás disgustado conmigo porque nunca antes te había rechazado una mujer? —le preguntó ella. Luego hizo una pausa y continuó—: Mira, Natasha y yo estamos empezando a conocernos, y creo que sería un error dejarlo por una tontería. Creo que ella necesita estabilidad y…

—¿Y si vuelve a ocurrir? —le preguntó él.

¿Por qué preguntaba eso? ¿Es que se sentía atraído por ella?

—¡Eso no volverá a ocurrir! —dijo ella fervientemente.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque yo no soy tu tipo, del mismo modo que tú no eres mi tipo —dijo ella, recordando a Philippa. Era un modo de convencerse a sí misma también.

—¿Y cuál es tu tipo?

Angela no sabía qué decir.

—Bajos —dijo cruzándose de brazos—. Y aspecto normal.

Quizás con gafas.

—¿Un hombre bajito con gafas? —él se rió.

—Sí. Existen hombres así.

Él comenzó a vestirse. Se puso una camisa de manga corta y fue a buscar los pantalones al ropero. Luego se vistió sin ninguna inhibición. Una mujer experimentada debería ver aquella escena sin pestañear. Pero Angela desvió la mirada discretamente.

—Bueno —continuó él—: Sólo quiero que sepas que estoy seguro de que no pasará nada otra vez, ya que no soy tu tipo en absoluto —agregó cínicamente.

—¿Entonces puedo dar por hecho que sigo en mi puesto de trabajo?

—¡Oh! Sí, eso creo. Tienes razón. Le haces bien a mi sobrina y no quiero privarla de eso después de lo que le ha ocurrido.

—Gracias —dijo Angela aliviada—. No defraudaré la confianza que has depositado en mí —ella se dio la vuelta hacia la puerta, sabiendo que él iba detrás.

—Dime una cosa más —le murmuró él al oído, y ella se quedó helada, mirando sus pies.

—¿Qué?

—¿Cuál crees tú que es mi tipo de mujer?

Ella se encogió de hombros. —No se pueden hacer generalizaciones sin explicarse, ¿no?

—Una mujer con *glamour*. De gustos caros, sofisticada, urbana. Como Philippa Ames.

—¿Es ésa la idea que te has hecho de ella? —le preguntó él con gesto severo.

—No es idea mía. No hay más que verlo. Mira, ¿te importaría mucho si me voy a la cama?

—Como quieras.

Ella necesitaba salir de la claustrofobia de su presencia.

Angela se alejó sin darse la vuelta, aunque podía sentir los ojos de Nick siguiéndola mientras bajaba las escaleras que comunicaban el piso de arriba con el cuerpo principal de la casa.

Para su sorpresa, se durmió enseguida, profundamente.

Tanto que cuando se despertó a la mañana siguiente se preguntó si lo del día anterior habría sido un sueño o la realidad. Las imágenes de la noche anterior la bombardeaban. Se levantó para no

recordar más, y fue a la cocina.

Natasha estaba desayunando sola, lo que fue un alivio.

—¡Buenas noticias!

Natasha la miró cansinamente.

—¿Ni una sonrisa por las buenas noticias? —le pidió Angela.

Natasha hizo una mueca.

—Bien. La buena noticia es que anoche hablé con tu tío, ¡y no habrá internado!

Natasha no pareció alegrarse como Angela hubiera esperado. Angela se sentó frente a ella y le tomó la cara con la palma de la mano.

—Pensé que te alegrarías.

—¿Y cómo sabes que puedes creerle? —le preguntó Natasha, terminándose los cereales con la cuchara.

Angela se puso en pie y llevó la taza y la cuchara al fregadero. Luego volvió a la mesa.

—¿Por qué no iba a creerle? —preguntó Angela perpleja.

—Porque ya lo ha pensado otras veces.

—¿Sí? ¿Cuándo? —preguntó Angela sentándose abruptamente.

—Un par de meses después de que yo fuera a vivir a Nueva York con él. Creo que fue Philippa quien le dio la idea. Pero el tío Nick estuvo de acuerdo. Se echó atrás porque la psicóloga dijo que no sería bueno para mí.

—¿Por qué se interesaba Philippa por el hecho de que tú fueras o no a un colegio interna? —preguntó Angela, aunque sabía la respuesta de antemano.

—¿Por qué crees tú?

—¡Oh!

Porque Natasha era un estorbo. Demasiado mayor para enviarla a la cama con un vaso de leche. Y demasiado pequeña para que se fuera a fiestas con sus amigos adolescentes; una niña que necesitaba atención desesperadamente.

—Bueno, tu tío me ha dicho que no hay ninguna posibilidad de que te envíen a un colegio interna, y yo creo que dice la verdad —dijo Angela—. Seamos sinceros, si quisiera enviarte a un colegio interna, lo diría. No creo que sea un hombre que mienta para evitar discusiones y problemas.

—Supongo que no —dijo Natasha.

Parecía aliviada; casi contenta.

—Y si tu tío se atreviera a sugerirlo, se encontraría con una guerra —dijo Angela con firmeza.

Natasha miró a Angela, y entonces sonrió de verdad, pero sólo un segundo. Luego se dirigieron al coche para ir al colegio.

—¡Ah! Por cierto, esto es para ti —dijo Natasha mientras abría la puerta del coche para salir. Metió la mano en la mochila y sacó un papel: era una nota para avisar a los tutores de una reunión en el colegio con la profesora.

Angela miró el papel.

—¿Cuánto hace que tienes esto? Está muy arrugado. Natasha se puso colorada. —Hace unos días. Tal vez una semana. —Y justo te acuerdas de dármelo el día antes… —De todos modos sé lo que van a decir. —Tal vez haya alguna sorpresa. —¿Vas a ir? —le preguntó Natasha entusiasmada. —Tu tío… debería ser…

—No quiero que vaya él. Simplemente va a ir y luego me va a decir que no me esfuerzo lo suficiente. Ya ha ocurrido otras veces.

—De acuerdo. Iré. Pero sigo pensando que te sorprenderías. Tu trabajo ha mejorado mucho y no has dejado nada a medias.

—¿De verdad? —dijo la niña contenta. Angela se acercó a ella y le dio un abrazo rápido. Sintió entonces un calor y un amor más fuerte que nunca. A ella le hubiera gustado quedarse abrazándola, pero se apartó enseguida y dijo:

—Que tengas un buen día en el colegio, Natasha. Volveré a buscarte a las cuatro. ¡Así que no te demores!

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —se rió Natasha—. Te veré luego —dijo, y se bajó del coche.

Aquel episodio la dejó contenta todo el día. Incluso le duró hasta cuando volvió Nick, a las nueve y media. No sabía dónde iba a comer, pero casi nunca comía en casa. Generalmente, se quitaba la chaqueta e iba al salón a seguir trabajando o a echar una ojeada a los periódicos. Parecía leerlos todos. Desde el *Financial Times* al *Guardian.* Cuando ella lo oía llegar se levantaba del sofá y hacía como que estaba a punto de retirarse a su habitación. Pero aquella noche se quedó donde estaba.

Nick pareció sorprenderse.

Ella esperaba que él no le recordase el episodio de la noche

anterior. Pero por el tono de su voz no podía decirse que lo considerase algo de lo que tuviera que arrepentirse.

—¿Te apetece una copa?

Angela lo miró.

—Acabo de tomar un café. En realidad quería hablar contigo acerca de Natasha.

—¿Otra vez? Espero que no sea acerca del asunto del internado —él bebió su copa y la miró—. Creí que ya habíamos mandado ese tema a la cama anoche. O tal vez me esté confundiendo con nosotros.

Angela se puso colorada.

—Hay una reunión con la profesora mañana. Lamento decírtelo con tan poca antelación, pero Natasha me ha dado el papel hoy.

—Te advierto que la última reunión a la que asistí no fue un éxito.

—¿Fue eso en este colegio?

—En Nueva York. Les dije que eran unos incompetentes si no podían manejar a una niña de ocho años, aunque sufriera un trauma emocional. Me parece que se ofendieron un poco —él se sentó cruzando las piernas y sorbió nuevamente la copa—. Es posible que yo no tenga el suficiente tacto, sobre todo con gente que me parece incompetente. Sería mejor que fueras tú.

—No creo. Tú eres quien tiene su custodia, te recuerdo. Y se supone que debes interesarte en cómo va en el colegio.

—Por supuesto que me intereso por ella. —Bien. En ese caso, la reunión es a las siete y media. Supongo que tendrás que dejar tu trabajo un poco antes de lo normal, pero no hay otra alternativa. Llamé para ver si podía retrasarse un poco la reunión, pero no es posible.

Angela se sentía cómoda hablando de todo aquello. Era un tema que le permitía la suficiente distancia. Se trataba de trabajo.

—Natasha me ha dicho que la última vez que estuviste con su profesora, en Nueva York o dondequiera que sea, luego fuiste bastante duro con ella.

—¿Duro? Le dije que no le convenía despreciar al colegio, considerar que no valía la pena dedicarle mucho esfuerzo.

—En otras palabras, fuiste duro con ella. Él la miró frustrado, pero fio dijo nada. —Esta vez no le hables así —dijo Angela fir-

memente—. Natasha va mejor. Y no permitiré que destruyas la confianza en sí misma que ha recuperado, dándole sermones acerca de los puntos en los que aún sigue sin mejorar. Ya ha tenido bastante —Angela se puso en pie.

Él no dejó de mirarla.

—¿Vas a ir mañana a las siete y media? —le preguntó ella suavemente. Él asintió. —¿Acaso puedo hacer otra cosa?

—No.

Cuando Angela se acostó, se preguntó cómo había hecho para hablar con él de ese modo y haber podido guardar la compostura, en lugar de actuar como una niña de dieciséis años, loca por él.

Porque ella no estaba loca por él. Era imposible. Hacía mucho que ella había cerrado esa posibilidad para cualquier hombre. Y además lo ocurrido era un incidente aislado que no volvería a suceder.

Ella se puso a leer, deseosa de concentrarse en la lectura. Pero el libro también le hacía pensar en él, porque trataba de amores apasionados. Dejó el libro y encendió la televisión. Siguió un debate político hasta que se le cerraron los ojos.

Se quedó dormida por fin.

Al día siguiente no le dijo nada a Natasha acerca de que había convencido a su tío de que fuera a la reunión con la profesora. Últimamente, Natasha parecía de mejor humor, incluso estaba contenta, como si hubiera recuperado la alegría de una niña de ocho años. Había leído el libro que iban a comentar en clase y había trabajado en matemáticas para superar algunas dificultades. Aunque con retraso, la niña había reaccionado a la noticia de que no la enviarían a un internado haciendo un gran esfuerzo y poniendo buena voluntad en los trabajos de la escuela.

Angela se sentía feliz. Incluso Natasha le había dicho que estaba contenta de que ella hubiera ido a vivir con ellos.

¡Angela había esperado tanto tiempo poder experimentar aquello!

Era mejor no hablarle de Nick. Si le decía que su tío iría a la reunión, sabía que la niña retrocedería en sus logros.

A las siete, se preparó para ir al colegio. Le dijo a Eva que volvería en una hora, y le había prometido a Natasha que, si los resultados no eran tan buenos como ella había pensado, no se lo

reprocharía. —Confía en mí–le dijo Angela. Y se había arriesgado a darle un beso en la frente. Natasha se encogió de hombros, pero en la penumbra de la habitación se le vio un gesto de satisfacción. —De acuerdo… —contestó Natasha. Cuando llegó al colegio, Nick aún no había llegado. Sabía que podía tener muchos defectos. Pero estaba segura de que él era un hombre de palabra. A pesar del peligro que ella intuía en su presencia.

Mientras lo esperaba, Angela observó a los demás padres que andaban por allí, saboreando la sensación de que ella también era uno de ellos, aunque nadie lo supiera. Odiaba pensar que en realidad aquellas reuniones deberían haber sido siempre asunto suyo. Pensó en los años perdidos, y sintió una punzada de frustración.

El edificio del colegio era muy diferente al del colegio donde ella había estado trabajando. En una pared del aula había expuestos varios trabajos de arte de las niñas. Angela miró con curiosidad.

Apareció la profesora y fue a recibirla. Era una mujer delgada, pequeña, de unos cuarenta años, y al parecer sabía muy bien cómo trabajaba Natasha.

Mientras estaba conversando con la profesora apareció Nick.

—Le estaba diciendo a la señorita Field lo contentos que estamos con los progresos de Natasha. Al principio estábamos un poco preocupados, pero ha mejorado mucho en las últimas semanas.

Angela se sintió orgullosa, pero lo había disimulado con cierta modestia. Cuando la profesora se despidió de ellos y se alejó, Nick se volvió a Angela y le dijo secamente:

—No ha parado de halagarte. Supongo que tendré que contratarte indefinidamente…

Atravesaron el aula y se detuvieron en la pared que exhibía los trabajos. Angela tuvo la sensación de que aquélla podía ser una imagen típica de una pareja normal, mirando el trabajo de su hija…

Pero nada estaba más alejado de la realidad que aquella sensación.

No era el lugar adecuado, ni el hombre adecuado, ni la situación. Todo estaba equivocado. Entonces se dio cuenta de lo que le había faltado durante toda su vida. Y eso le hizo daño, más de lo que se hubiera podido imaginar.

Capítulo 6

VOLVIERON a casa en coches separados. Había sido un encuentro satisfactorio. El trabajo de Natasha había mejorado, como lo había supuesto Angela. Iba mejorando a ritmo regular. Parecía irse afirmando, y la profesora les había asegurado que Natasha tenía menos ataques de rebeldía.

A Angela le hubiera gustado pensar que su presencia había contribuido a ello, pero podía ser que Natasha hubiera pasado por un período de duelo y ahora estuviera emergiendo de él. Angela se decía que podía ser simple coincidencia que la niña hubiera empezado a mejorar cuando ella había entrado en escena. No quería ilusionarse con la idea de que ella hubiera sido un punto crucial en el cambio de Natasha, porque eso supondría el primer paso para pensar que ella se podría estar convirtiendo en alguien indispensable para su hija. Y la vida le había dado suficientes golpes como para ser optimista.

Dejó el coche en el aparcamiento de la casa. En ese momento oyó el ruido de las ruedas del coche de Nick. Ella esperó a que Nick bajara de su coche.

Él había cumplido su palabra. Había escuchado a la profesora, y había demostrado interés haciendo interesantes preguntas con amabilidad.

Cuando oyó la puerta del coche, Angela se dio la vuelta y comenzó a ir hacia la puerta de entrada de la casa. Entonces sintió una mano en el brazo. Ella se apartó con un gesto automático, y él la soltó.

—¡Enhorabuena! —le dijo él en un tono suave—. Has salido con tanta prisa de la reunión, que no me has dado tiempo a decírtelo.

—Gracias —dijo ella.

Estaba oscuro, pero ella sabía que él la estaba mirando.

—¿Qué tal una cena?

Su invitación la había sorprendido tanto que repitió:

—¿Una cena?

—Para hablar sobre lo que ha dicho la profesora. Somos dos seres civilizados. Podemos pasar la noche de una manera placentera y madura, ¿no crees? Además, quisiera hablar sobre tu contrato. Y éste puede ser el momento.

—¿Qué es lo que quieres hablar acerca del contrato? —le preguntó Angela.

El no contestó. Simplemente le dijo:

—Iré a decirle a Eva si puede quedarse con Natasha un par de horas más. Mi coche está abierto. ¿Por qué no entras? Pasarás menos frío que aquí afuera.

Nick fue hacia la casa y desapareció.

Angela se quedó aturdida.

Se dirigió lentamente hacia el coche de Nick y se sentó en el asiento del copiloto. Luego cruzó las piernas y esperó recatadamente hasta que apareció Nick, minutos más tarde. Él entró al coche y se sentó. Luego lo puso en marcha.

—¿Adonde te gustaría ir a cenar?

—Me da igual. En algún sitio de comida rápida —dijo ella sin pensar.

Él la miró extrañado.

—Tienes el don de hacer que hasta los comentarios más inocuos parezcan insultos.

—Lo siento —dijo ella. Prefería que él pensara que era un poco torpe a que supiera que la ponía nerviosa ir a cenar con él.

Esperaba que él hubiera elegido algún sitio de comida rápida. Pero era poco probable. Porque Nick Cameron no solía ir a sitios así.

Después de un viaje en silencio, Nick aparcó en un restaurante italiano. Los coches caros aparcados a la puerta predecían un restaurante caro. Y no se equivocó.

El camarero los acomodó en una mesa de las dos que había vacías.

Al parecer conocían a Nick, porque, en cuanto se sentaron, un hombre alto y bien acicalado, que parecía ser el dueño, se acercó a

hablar con él un momento. El hombre intentó arreglar un encuentro para un partido de squash, pero Nick contestó que citas así sólo podía acordarlas con su secretaria.

—Mi vida no es mía. ¡Tengo que mirar la agenda a ver si puedo tomar un baño! —exclamó Nick.

—Me alegro de ver que todavía tienes tiempo para traer a cenar a una encantadora dama —dijo el hombre, quien se presentó como Alistair. El dueño del restaurante la miró con una sonrisa descarada que hubiera resultado ofensiva en otra persona, pero que en él formaba parte de su personalidad.

—Me temo que ha mal interpretado la situación. Yo trabajo para el señor Cameron —aclaró ella—. Cuido a su sobrina. De hecho acabamos de volver de una reunión con la profesora de la niña.

—¿Y ha logrado que Nick deje de hacer millones por eso?

—Esas cosas son muy importantes —dijo Angela riendo—. Me temo que no le di otra opción.

A lo que Alistair contestó con una mirada de curiosidad antes de volver con su trabajo.

—Creo que has puesto mi reputación por los suelos —dijo él mirando el menú.

—¿De qué estás hablando?

—Alistair Davies va a decir que me manda una mujer.

Angela lo miró con sorpresa.

—Tú prefieres el papel de «Yo Tarzán y tú Jane». Pensé que eso ya había pasado a la historia.

Nick se echó hacia atrás en la silla.

—Te asombraría saber cuántas mujeres prefieren aún que las decisiones las tomen los hombres.

—Me decepciona saberlo —dijo ella.

El se rió. —¿No estás de acuerdo?

«Pensé que estábamos aquí para hablar del contrato y de lo que había dicho la señorita Pritchard», le hubiera dicho Angela.

¿Cómo se las ingeniaba siempre para manejar la situación?

—¿Qué sentido tiene que una mujer o cualquier otra persona tenga una mente pensante si no la ejercita? —preguntó Angela y bebió vino. Luego intentó volver a hablar de lo que le interesaba—: Las reuniones con los profesores son importantes. La señorita Pritchard está con Natasha durante el curso tanto tiempo como

nosotros, o más. Si queremos saber cómo va en el colegio, y como está emocionalmente, ella puede orientarnos —Angela hizo una pausa—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, señora.

Angela frunció el ceño. ¿Se estaba riendo de ella?

El camarero apareció con el primer plato y luego se marchó.

Nick dijo que estaba muy contento con los informes sobre su sobrina.

—Debes de estar muy satisfecha —comentó Nick, cruzando los cubiertos y relajándose.

—Sí, estoy muy satisfecha.

—Aunque supongo que habrás visto más de un caso como éste en tu trabajo.

—Supongo. Pero esto es diferente.

—¿Sí? ¿Por qué? —preguntó él.

—Porque… Porque, supongo, que tiene que ver con el lazo personal que me ha unido a tu hermana.

Pensó si le convenía seguir hablando de aquello, pero le pareció mejor no hacerlo.

—Además… Es la primera vez que trabajo con un niño individualmente. Es muy diferente del trabajo en clase, donde la atención se reparte entre todos.

—¿Y es igual de gratificante?

—Sí, supongo que sí.

«Mucho más satisfactorio y gratificante», pensó ella.

—Éste es un tema que tiene que ver con tu contrato —dijo Nick cuando les retiraron los platos para ponerles unos limpios.

Angela sintió temor. No por la posibilidad de que la despidiese. Era evidente que él estaba satisfecho con su trabajo. Pero ella temía que él pudiera sospechar la verdad. En ese caso no la perdonaría. Y la echaría de allí por la seguridad de Natasha.

Ella sonrió.

—Sí, mi contrato.

—En principio te dije que estarías trabajando a prueba durante un período. Bueno, es evidente el cambio que has logrado en Natasha…

—Ha sido ella quien los ha hecho. Yo sólo he ayudado.

—No obstante, tú también eres responsable. Al principio dudé

de tu capacidad para el trabajo, y por eso fijé así tu salario…

Entonces Nick habló de un aumento y ella se quedó asombrada de la suma.

—¿Por qué? ¿Por qué lo haces? —preguntó ella.

El camarero apareció con la comida. Angela aprovechó la oportunidad para mirar hacia abajo y recomponer sus pensamientos.

—¿No has oído hablar de los empleados leales a su jefe? —dijo él pinchando la comida con gusto.

¿Dónde se iría lo que comía? Parecía convertir todas las calorías en músculo.

—Eso ocurre cuando la gente gana el suficiente dinero como para no dejar su trabajo por nada del mundo. Es un modo de ganarse la fidelidad del empleado, desde el punto de vista del jefe.

—No se puede comprar a la gente —dijo ella automáticamente.

Él sonrió cínicamente.

—Si crees eso, es que has vivido una vida muy resguardada.

—¿Quieres decir que estás comprando mi lealtad?

—Sí. Como te he dicho desde el principio, Natasha necesita estabilidad, y quiero pagarte lo suficiente como para asegurarme de que ella conservará la estabilidad.

—No hace falta —le dijo Angela.

—Dime si huyes de algo, y te diré si hace falta o no.

—No estoy huyendo de nada.

—En ese caso, tómatelo como una bonificación.

—Muchas gracias —contestó ella.' Y continuó comiendo, mientras pensaba en la ironía de su oferta. Luego preguntó con curiosidad:

—¿Siempre actúas de este modo?

—¿De qué modo?

—¿Siempre piensas que puedes comprar a la gente?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que para ti debe de ser un punto de vista un poco cínico sobre la vida, ¿no?

—¿Y a ti no te lo parece?

—El mundo es muy cruel. Y no está mal mirar la realidad de frente, y no ocultarla con un par de gafas que hagan que el mundo sea color de rosa.

—¡Oh! Tal vez yo haya vivido una vida muy protegida, en ese caso.

—Pero tú no eres tan ingenua, ¿no? Se te nota una coraza de acero en tu interior. ¿De dónde piensas que te viene?

—No sé de qué hablas —ella cruzó su cuchillo y tenedor y miró el reloj—. ¿Te importa que no tomemos café? Mañana tengo que levantarme temprano. Natasha tiene clase de natación antes de entrar al colegio —ella sonrió cortésmente.

Él le dedicó una mirada especulativa, pero asintió a su petición.

Por la mañana le contaría a Natasha los resultados de la reunión con la profesora. Se imaginaba la sonrisa en la cara de su hija, una sonrisa tímida, defensiva, que podía transformar un día nublado en un día de sol.

Ella se imaginó que le llevaría años que esa sonrisa se hiciera natural y automática, que desaparecieran todas las sombras. Se imaginó a Natasha con dos años más. Luego en la adolescencia. Y por una vez se permitió fantasear con aquellas imágenes, sin decirse que no tenía sentido ilusionarse.

Cuando llegaron a la casa, la atmósfera seguía distendida entre ellos.

En ese momento un pensamiento cruzó por su mente: Nick Cameron era la única persona a quien hubiera sido capaz de contarle lo que se le pasaba por la cabeza. Era contradictorio, pero era así.

Al día siguiente se le olvidó aquello. Estuvo demasiado ocupada contándole a Natasha la reunión con la profesora.

—Estoy tan orgullosa de ti —dijo ella espontáneamente.

Y cuando Natasha le preguntó por qué, le contestó: —Porque… Simplemente porque lo estoy —se empezaba a poner sentimental.

Luego le dijo que el retrato que había empezado a pintar estaba casi terminado, y que pensaba pintar un cuadro de una naturaleza muerta cuando lo terminase. Había sido un modo fácil de disimular la emoción.

Era cierto que pensaba pintar un cuadro de una naturaleza muerta. Lo comenzó apenas volvió de dejar a Natasha en el colegio.

Estaba pintando cuando oyó el timbre de la puerta. Eva estaba abajo y abriría.

Quienquiera que fuese, no sería para ella. Angela había seguido

en contacto con sus amigos, y, sobre todo para no despertar más sospechas en Nick, había ido a pasar un fin de semana a su pueblo, pero había deseado volver corriendo a Londres el domingo.

Cuando le habían preguntado dónde vivía, había dado respuestas vagas. Sus compañeros no sabían nada de su pasado, y prefería no decirles nada. No quería arriesgar nada con Nick. Porque él seguía sospechando.

Estaba mirando la fruta que estaba pintando, cuando oyó un golpe en la puerta. Era Eva, que le decía que tenía una visita.

—¿Quién es? —le preguntó.

A lo cual Eva no contestó más que «había dejado a la visita en el salón».

Angela se rió por dentro, pensando que la mujer se había expresado como si lo que hubiera dejado en el salón fuera un saco de patatas.

Estaba sonriéndose todavía cuando entró al salón y descubrió a Philippa Ames, de espaldas, mirando el jardín.

Parecía un maniquí, con su ropa cara y una mano en la cintura.

—Eva me ha dicho que quería verme —dijo ella. Philippa se dio la vuelta lentamente. —Espero no molestarla.

—Estaba a punto de ponerme a pintar. ¿Quiere beber algo? ¿Café? ¿Té?

—No, gracias —contestó Philippa yendo hacia una silla. Se sentó y cruzó las piernas—. Seré muy breve. No la distraeré de su trabajo artístico. Sólo he venido a hablar un momento con usted.

Angela sintió ganas de arrojarle una copa al ver lo que se avecinaba.

—He llamado a Nick ayer por la noche, y Eva me ha dicho que usted y él habían ido a cenar.

–Sí…

—No sabía que tuvieran una relación tan íntima —dijo Philippa, con un gesto que transformaba la afirmación en una pregunta.

—No somos íntimos, Philippa. Y yo creí que una mujer dedicada a su profesión, como usted, tenía mejores cosas en que ocupar su tiempo que en venir a conversar conmigo. Por si no lo sabe, Nick y yo fuimos a en una reunión con la profesora de Natasha. Y él pensó que era una buena idea ir a cenar para hablar acerca de ello.

—Muy agradable… ¿No hubiera sido mejor venir aquí y

hablarlo de jefe a empleada simplemente?

Angela se puso colorada. Philippa seguramente interpretaría su rubor como un signo de culpa, pero estaba colorada de rabia.

—Si eso le parece, ¿por qué no se lo pregunta a Nick en lugar de preguntármelo a mí?

—Los hombres son ciegos para algunas cosas. Son muy listos para los asuntos financieros, dirigen multinacionales, y se desenvuelven muy bien en la jungla, pero no son astutos cuando se trata de las mujeres.

—No lo sabía. Mire, creo que esta conversación…

—Parece que Nick no puede ver algo que para mí ha sido obvio desde el primer momento.

—¿Qué?

—Que usted oculta algo. ¿Y sabe una cosa? No confío en las mujeres que ocultan algo.

Angela no dijo nada. No tenía nada que decir en primer lugar, y por otro lado, se estaba empezando a acostumbrar a que la acusaran de ocultar cosas.

—¿Por qué está aquí, señorita Field, realmente?

—Estoy aquí para cuidar a Natasha. Conocía a la hermana de Nick y pensé que podía ser una buena idea si… Bueno, realmente no creo que tenga que justificar mi presencia ante usted, señorita Ames. Estoy aquí. Estoy haciendo un buen trabajo. Nick está satisfecho con mi trabajo y será mejor que no venga aquí a interrogarme despiadadamente.

—En otras palabras. Que le deje el terreno libre —dijo Philippa fríamente.

—En otras palabras, déjeme que haga tranquilamente el trabajo para el que me pagan.

—¿Sabía usted que Nick y yo éramos amantes? —preguntó Philippa cruzando nuevamente las piernas y miró a Angela con ojos de serpiente. « ¿Éramos?», pensó Angela. —Sí. Seré sincera con usted. Quiero que sepa exactamente en qué situación está. Eramos… Cuando estábamos en Nueva York éramos íntimos. Él es un hombre poderoso, muy rico, irresistible. En resumen, un buen partido. Muchas mujeres le habrían echado el lazo.

Philippa entrelazó sus dedos en su regazo, y puso las cartas sobre la mesa:

—Se terminó porque los negocios y el amor realmente no parecen llevarse bien. Le digo todo esto para que sepa dónde se encuentra. Para que sepa, cualquiera sea su plan, que yo soy una amenaza con la que tiene que contar, y que no tengo intención de salir de escena.

—No me importa si usted se queda o se va de escena. Y no me gusta que me amenacen. Philippa ignoró la respuesta de Angela. —Antes Nick se sentía atraído por mí. Y quiero recuperarlo. Tengo intención de casarme con él, y cuando lo haga, la primera persona de la que me voy a desembarazar es de usted. Después de eso, enviaré a Natasha a un colegio interna, que es donde debe estar. ¿Comprende?

—Comprendo que usted está perdiendo el tiempo viniendo aquí, señorita Ames —Angela se puso en pie y fue hacia la puerta—. Y ahora, si no le importa, desearía que se fuera —abrió la puerta y esperó, mirando a Philippa caminar hacia ella con gesto de victoria.

—Espero que no olvide esta conversación —le dijo Philippa antes de marcharse—. Y que se quite de la cabeza lo que tenga en mente.

Angela no dijo nada. Jamás se había enfrentado a tanta hostilidad. ¿Era así como se comportaba normalmente la gente? ¿Sería que hacía tanto tiempo que estaba fuera del juego amoroso que se le habían olvidado las reglas? ¿O sería que los ricos tenían reglas diferentes?

Le parecía mentira que un hombre como Nick se dejara llevar por Philippa, una mujer tan manipuladora. Pero en algo tenía razón Philippa: los hombres eran ciegos para asuntos de faldas.

Y Nick, al parecer, había salido con Philippa, se había acostado con ella. Y si había ocurrido una vez. ¿Por qué no iba a volver a suceder?

Ella volvió a su estudio e intentó trabajar, pero no pudo. Philippa la había dejado nerviosa, y sus manos actuaban con torpeza.

La idea de Philippa y Nick juntos le resultaba insoportable. Philippa y Nick compartiendo comidas, compartiendo conversaciones, compartiendo la cama.

« ¡Estoy celosa!», pensó.

Nunca había sentido algo tan intenso. Ni siquiera con Simón.

Cuando se imaginaba aquellos brazos blancos rodeándolo, tenía que cerrar los ojos porque no lo soportaba.

Al rato oyó a Eva trajinar por el corredor. Cuando miró la hora, se dio cuenta de que se había pasado dos horas en la habitación, mirando los lienzos y pensando. Un tiempo valioso.

Entonces, sin pensarlo siquiera, decidió salir de la casa e ir de compras al West End.

Era una actividad en la que no solía ocupar su tiempo. Pero cuando había trabajado como profesora había tenido que cuidar su dinero. Ahora, con el aumento de sueldo, el dinero ya no sería un problema. Al contrario. Estaba ahorrando bastante.

Se compró un vestido muy corto y unos zapatos negros de tacón, bastante atrevidos comparados con el calzado que usaba en la casa. También se compró varias faldas, y un par de pantalones de seda.

A Natasha le compró un sombrero con unas florecitas en el frente. Eso le había hecho más ilusión que sus propias compras.

—Pareces triste —dijo Natasha en cuanto la vio a la salida del colegio.

—Sí, lo estaba. Por eso me fui de compras. Natasha la miró asombrada. —He comprado alguna ropa para mí, y te he comprado un sombrero.

Cuando llegaron a la casa, Natasha se probó el sombrero tímidamente. Luego abrazó a Angela brevemente. Y ésta se sintió como si hubiera ganado la lotería.

Pero tan pronto como Natasha se acostó, y la casa se quedó en silencio, comenzó a sentir ansiedad y preocupación.

Philippa. Philippa. Philippa. De pronto se imaginó la vida sin Natasha nuevamente. No estaba dispuesta a seguir pagando sus culpas. Ya había pagado sus errores.

Se decía que no debía importarle lo que había dicho Philippa, que Nick era su jefe, y que aquella mujer no interferiría, pero cuando recordaba el gesto de firmeza de aquella mujer, sentía miedo.

¿Qué hombre podía resistirse a una mujer como Philippa?

Ella quería confiar en sus instintos, que le decían que Nick se daba cuenta de los manejos de Philippa, pero sus instintos podían

estar equivocados.

Y Philippa sabía cómo atraer a un hombre mucho mejor que ella, por supuesto.

¿Qué podía hacer?

Pero Angela sabía qué debía hacer inconscientemente. Lo había sabido desde el mismo momento en que había salido de compras. Pensó en el vestido nuevo, colgado en el ropero, y en los atrevidos zapatos de tacón negros.

La respuesta, decidió, estaba en el ropero.

Capítulo 7

PASO NÚMERO uno, se dijo: dejar de evitarlo. Hasta ella sabía que el arte de seducir no consistía en evitar al sujeto que se quería seducir como si fuera un apestado.

Ese día Angela se quedó en el salón durante más tiempo, esperando a Nick.

Aquello parecía un juego calculado, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? No podía quedarse de brazos cruzados esperando que Philippa lo envolviera en su *glamour* y su inteligencia hasta que él se convirtiera en un blanco perfecto para sus objetivos.

Cuando Nick apareció aflojándose la corbata y desabrochándose el primer botón de la camisa, ella sintió que su estómago se le encogía. Y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ponerse en pie y desaparecer de la habitación.

Se quedó en su sitio. Y además le preguntó: —Hola. ¿Qué tal el día de trabajo? Nick se detuvo y le preguntó con la ceja alzada: —¿Qué estás haciendo levantada todavía? Pensé que te acostabas a las nueve y media.

—No estaba cansada, así que decidí quedarme. —¿Y esperar a que yo llegase para preguntarme qué tal me había ido el día?

Lo dijo en un tono de incredulidad tal que ella se sintió ridicula, y sintió ganas de abandonar la farsa.

—¿O hay algún otro tema que te preocupe? ¡No me digas que se trata de Natasha nuevamente!

Él se quitó la chaqueta y la puso en una silla. Luego empezó a arremangarse la camisa. Angela siguió los movimientos con sus ojos y comenzó a ponerse colorada.

No era un juego fácil. Para qué negarlo. Se sentía atraída por él. Lo que no sabía era si eso hacía más difícil el asunto o más fácil.

¿Qué pasaría si a pesar de sus esfuerzos él la rechazaba? Ella no quería hacer comparaciones con Philippa, pero…

—¡Oh, no! Nada de eso. Natasha está bien. Cada día está haciendo más rápidamente los deberes. Es brillante. Supera la media, realmente —dijo Angela, sintiéndose orgullosa.

—Bien. Me alegra saberlo —él fue hacia el bar y le ofreció una copa.

—¡Sí! —casi gritó ella. Luego moduló el tono de voz y agregó—: Sí, por favor. Me encantaría tomar algo.

—¿Qué te apetece?

Ella pensó que debería hablar en un tono más sensual y luego pedirle un whisky. Pero le pareció que eso ocurría en otro estadio del juego de la seducción, así que se quedó indecisa, pensando. Entonces él le dijo:

—No se trata de una decisión de vida o muerte. ¿Qué te parece un gin tonic?

—¡Sí! ¡Perfecto!

Ella llevaba una de sus prendas nuevas. Una falda corta color crema abotonada a un lado, y un body sin mangas de color verde. Cruzó las piernas nuevamente, con la sensación de que estaba mostrándolas.

Cuando él le pasó el vaso ella vio que la miraba de arriba abajo.

Él se sentó y le dijo: —¿En qué puedo servirte?

—Estaba aburrida —contestó ella—. Y tenía ganas de charlar un rato. Cuando me preguntaste si la relación con Natasha era tan satisfactoria como mi relación con un grupo en una clase, te dije que sí, y es cierto. Pero a veces echo de menos la relación con los adultos que me brindaba el entorno del colegio —dijo ella sinceramente.

Él le dedicó una sonrisa picara. —Lo comprendo. A mí no me gustaría estar solo, sin gente alrededor, durante un período indefinido de tiempo.

—Por lo que dices, nunca has tenido una enfermedad seria, que te obligue a estar en cama, ¿no?

Ella se relajó, y pensó que dejaría la seducción para más adelante. Para después de beberse la copa. Era mejor dejar que la conversación fluyera fácilmente.

—Nunca, doctor —se rió él, y se pasó los dedos por el pelo.

Ella dio un sorbo a su bebida. —No me has dicho cómo te ha ido en el trabajo. —¿Vas a decirme qué ocurre? —preguntó él perezosamente, dejando la copa sobre la mesa que tenía al lado, y centrando su atención en ella.

—¡Nada! Eres tú quien dice que somos dos personas civilizadas que pueden tener una relación normal y madura. Así que eso intento.

—Y tú quien dijo que no necesitamos encontrarnos más que de pasada. Y eso es lo que has hecho todo este tiempo.

Angela se encogió de hombros y lo miró distraídamente. Debería hacerlo un poco mejor. —He cambiado de opinión. —¿Prerrogativa de mujer?

—Algo así.

—Pensé que eras lo suficientemente original como para no caer en excusas así. Y ya que te empeñas en querer saber cómo me fue en el trabajo, te diré que he pasado él día corriendo de una reunión a otra, sin tiempo casi para respirar.

—Suena fatal —dijo Angela sinceramente.

—Supongo que sí. ¿Y tú qué tal? ¿Un día muy excitante?

Ella pensó que aquello no iba muy bien. Y empezó a sentirse ridicula.

—He comenzado un cuadro de una naturaleza muerta, pero no estaba muy concentrada, así que finalmente me fui de compras —ella bebió y se puso más colorada aún.

—¿Por qué será que las mujeres van de compras cuando no pueden hacer otra cosa?

—¿Y por qué será que los hombres hacen comentarios tan atrevidos en un tono tan paternalista?

El se rió, y esa vez, cuando la miró, ella vio algo en sus ojos.

—De hecho, casi nunca voy de compras. A no ser que lo necesite realmente. El ir de compras es un hábito, y yo nunca lo he tenido.

—¿Cómo es eso?

Él se cruzó de brazos. Parecía disfrutar de la conversación, o estaba mentalmente en otra cosa y fingía interesarse por lo que ella decía.

—Nunca he tenido suficiente dinero, supongo.

—¿Ni siquiera una pequeña paga siendo adolescente? ¿Un dinero ahorrado para maquillaje usado a escondidas?

—Supongo que eso es lo que ocurre en muchos casos, pero no en el mío —ella pensó en su situación familiar y dijo—: No había dinero en casa. Ni una madre. Sólo un padre, que tenía problemas con el alcohol.

Una vez que hizo esa confesión, se horrorizó de haberlo hecho. Él la miraba en silencio.

Nick le quitó la copa vacía y se la rellenó sin preguntárselo. Luego le dijo:

—Eres muy valiente. Por haber superado esa situación y haber logrado lo que has logrado. Debe de haber sido muy difícil.

El tono solidario de su voz la llenó de autocompasión, y entonces se rió levemente.

—Eso nunca se me había ocurrido entonces. Vivía el día a día, trabajando duro para hacer algo con mi vida. Muy aburrido, me temo. Sin fiestas salvajes, ni clubs. Sólo libros.

Ella sintió que aquello era un monólogo y que necesitaba urgentemente cambiar de tema. Hacía mucho tiempo que ella no confiaba sus cosas a nadie. Ni siquiera estaba segura de haberlo hecho alguna vez.

—Natasha es una niña muy afortunada —continuó Angela—. Tú estás en lo cierto cuando dices que no puede comprarse todo con dinero, pero ciertamente es más fácil.

«Lo estoy aburriendo», pensó ella. Aunque no tenía cara de aburrido.

—Natasha tendrá problemas cuando sea mayor. ¿No crees? —dijo él.

A Angela le dio la impresión de que Nick le hablaba como si supiera que ella sabía con qué problemas podía encontrarse.

—Por supuesto que será difícil, no estando tu hermana y su marido.

—Mi hermana y su marido… ¿Por qué te refieres a los padres de Natasha como «mi hermana y su marido»? Me parece que nunca te has referido a ellos como a su madre y a su padre, o sus padres. ¿Me equivoco?

Ella estaba empezando a arrepentirse del plan inicial de seducir a Nick Cameron. El sospechaba algo.

—No. No lo has hecho —continuó él.

Angela se encogió de hombros.

—Debes de tener una memoria de computadora para acordarte de todo lo que digo.

—De todo no me acuerdo.

«Pero de lo que le interesa, sí», pensó ella. Pero no quiso que se le notase que estaba alarmada.

—¿Qué problemas crees que tendrá que encarar?

—Los niños adoptados tienen más posibilidades de tener problemas, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí.

«Pero yo soy su madre, y estoy aquí», pensó Angela. «Y ella no tendrá esos problemas porque finalmente las cosas se enderezarán. En este caso hay esperanza», pensó.

—Supongo que alguna vez querrá conocer la identidad de su madre verdadera.

—Supongo que sí —dijo ella, sintiendo que se adentraba en un terreno resbaladizo.

—Habría sido muy traumático si Clive y Amanda hubieran estado vivos. Y ahora será peor aún.

—Supongo —volvió a decir ella.

—Parece que estás muy monosilábica en este tema. ¿Es que te has cansado repentinamente después de la breve conversación conmigo?

—No, por supuesto que no.

—Dime, ¿has tenido alguna experiencia con niños adoptados? ¿Le has enseñado a alguno?

—¡No! ¡Pero Natasha es una niña todavía! ¿No es mejor tratar de solucionar los problemas cuando surjan, en todo caso?

Nick se puso en pie y metió las manos en los bolsillos.

—Tal vez tengas razón —él empleó un tono que denotaba cierto cansancio del tema—. Creo que voy a ir a acostarme. ¿Vas a quedarte aquí? —le preguntó, dedicándole una mirada curiosa.

Ella se puso en pie indecisa.

En ese momento, si su plan hubiera ido como ella esperaba, él la tendría que haber mirado lleno de deseo. Y aunque se hubieran ido a dormitorios separados, la imagen de Philippa se le habría borrado de la cabeza.

Ella pasó por al lado de él.

—El mayor problema de Natasha —dijo él cuando ella había

empezado a subir las escaleras—, vendrá cuando descubra que su madre es, en el mejor de los casos, una decepción, y en el peor, una pesadilla.

—¿Por qué tiene que ser una de esas dos cosas? —preguntó Angela tratando de controlar su voz, mientras se daba la vuelta en la escalera.

—Es lo más normal, ¿no? ¿Qué tipo de mujer abandonaría a su hija al nacer? Nadie con un fuerte sentido maternal.

Ella sintió aquellas palabras como un bofetón. Sintió una profunda desesperación, tristeza y rabia.

—¿Otra de tus generalizaciones? —le preguntó ella con desprecio—. Dime, ¿qué te da derecho a hacer afirmaciones como ésa? Me encantaría saberlo. ¿Tú has tenido un montón de relaciones con mujeres que han abandonado a sus bebés al nacer?

—¡No te atrevas a usar ese tono conmigo! —le dijo él.

Angela lo ignoró. Sentía que estaba a punto de explotar.

—Es posible que no se te haya ocurrido que hay mujeres que no tienen otra opción. Que en ese momento no pueden hacer otra cosa. Que se arrepienten de aquella decisión toda la vida.

Él la estaba mirando detenidamente.

—Me parece que lo que has dicho es injusto —continuó ella en un tono más bajo, sintiendo que tal vez se hubiera acercado demasiado al borde el precipicio—. Me temo que como profesora me he encontrado con muchas cosas injustas como para dejar pasar afirmaciones de ese tipo. Te pido disculpas si mis palabras han sonado ofensivas.

—Acepto las disculpas —murmuró él.

Ella se dio la vuelta, deseosa de dar por terminado el episodio. Así que subió deprisa. En el último escalón se torció el pie y estuvo a punto de caerse. Pero en ese momento sintió que un brazo de Nick la sostenía.

El contacto con su brazo fue como el fuego. Y cuando ella quiso abrir los labios para decirle que no hacía falta que él la llevara a su dormitorio, un extraño sonido que no se parecía en nada a su voz salió de su boca.

Él abrió la puerta de su habitación con el pie y se abrió camino hasta la cama en la oscuridad. La dejó sobre ella, encendió la luz de la mesilla y se sentó a su lado.

¿Era aquélla la intimidad con la que había fantaseado horas antes? No, evidentemente no ofrecía una imagen seductora, con la cara colorada y las manos temblando.

—Y ahora, veamos qué pasó —él intentó quitarle el zapato para ver su tobillo.

Ella sintió sus dedos fríos moviéndose expertamente sobre su pie.

—¿Te duele? —le preguntó él. Las sombras hacían dibujos sobre su cara.

—No —contestó ella. Y trazó círculos con los pies. En ese momento se dio cuenta de que su falda, en aquella postura, estaba más corta que antes. —¡Ay! —se quejó Angela. —Traeré calmantes. —No. No hace falta.

—Un par de analgésicos no te hará adicta. Enseguida vengo.

Ella aprovechó la oportunidad para colocarse mejor la falda.

Pero, ¿cómo iba a llevar a cabo su plan de seducción si al primer obstáculo se echaba atrás? ¿Cómo iba a retener a su hija si Philippa irrumpía en escena?

Nick apareció con un vaso de agua y dos comprimidos. Se los ofreció en la palma de la mano.

Ella los tragó y se los agradeció. Esperaba que él se marchara, pero no lo hizo.

—Echemos un vistazo, y veamos si eres capaz de caminar–dijo él.

—Por supuesto que puedo caminar —pero ella no se movió, porque su tobillo le dolía más de lo que había pensado—. ¡Sólo me he torcido el tobillo! ¡No me he roto las piernas!

El se rió suavemente, y la movió como para que se pusiera de pie. Ella movió las piernas de mala gana.

—De acuerdo. Puedo andar cojeando, pero no podré correr una maratón. En cuanto estos analgésicos empiecen a hacerme efecto, estaré bien. —¿Dónde está tu camisón? —¿Mi qué?

—Lo que uses para dormir–él se puso en pie, fue hacia la cómoda, y abrió uno de los cajones.

—¿Dónde está? ¿Cómo es?

—Es una camiseta grande con una inscripción que pone: «Mantengamos el campo verde» —dijo ella en tono susurrante. Pero realmente le resultaba muy incómoda toda la situación.

—¿Ésta? —él le mostró una camiseta mirándola con curiosidad.

—¿Qué tiene de malo? —ella hubiera deseado poder levantarse y quitársela de las manos.

—Es una prenda poco común para dormir —dijo él, divertido.

—Ocurre que es muy cómoda. No tienes idea de lo incómodos que son esos camisones de seda.

—No, no lo sé. No he usado nunca uno —se rió él, y le acercó la camiseta.

—¿Quieres que te ayude a desvestirte?

Angela gimió.

—No, puedo sola —dijo ella quitándole la camiseta de las manos antes de que él se arrepintiera.

Evidentemente las mujeres con las que se había acostado no consideraban la comodidad en primer lugar. ¿Habría llevado siempre encajes y seda negra?

—De acuerdo. Buenas noches —le dijo él, y cerró la puerta de la habitación, aunque no completamente, dejando una rendija de luz por la puerta.

Cuando ella estuvo segura de que él había desaparecido, intentó ponerse en pie, pero no pudo hacerlo, porque sintió un gran dolor en el tobillo. No era muy intenso, pero lo suficientemente molesto como para no ponerse en pie, al menos apoyando las dos piernas.

Ella se desabrochó la falda echada, quitándosela torpemente y tirándola al suelo de una patada con el pie sano.

No se quitó la parte de arriba. Se quedó pensando.

¿Tendría sentido seguir con su plan de seducción? ¿Sería capaz él de darse cuenta de los planes de Phillippa y de no dejarse envolver en sus artimañas? ¿Sería capaz ella de despertar su interés en realidad?

Se quitó el body, y lo tiró al suelo, al lado de la falda.

Se miró el cuerpo dispuesta a criticarlo. Con la poca luz de la habitación, no estaba mal. Era delgada. Tenía un cuerpo de chico más que un cuerpo voluptuoso, y sus pechos podrían haber tenido un poco más de volumen. Pero estaban en proporción con el resto. Ella seguía mirándose y pensando cuando la puerta de la habitación se abrió.

Al ver a Nick se quedó tan estupefacta que en ese momento, en lugar de estirar la mano para alcanzar la camiseta y ponérsela se

quedó paralizada. —Se me ocurrió venir a ver qué tal estabas. —Deberías haber llamado». —Sí —él estaba de pie, a los pies de la cama. Ella deseó que se la tragara el colchón, porque él no dejaba de mirar.

—Si no te importa… —dijo ella. El se movió, pero no hacia donde ella esperaba que lo hiciera. Se puso a un lado de la cama y se sentó.

—Tienes un cuerpo estupendo —dijo él en un tono ronco—. Déjame verlo otra vez.

Angela apretó más la camiseta, y se preguntó si estaría alucinando. Quizás su tobillo torcido estuviera haciendo un efecto extraño en su cerebro. Pestañeó para ver si aquello era realidad. Pero él seguía allí, sentado en su cama, y le había empezado a acariciar la mano.

Sus dedos se relajaron sobre la camiseta.

—Esta noche llevabas una ropa muy llamativa —murmuró él—. ¿Te la habías puesto para mí?

—¡Por supuesto que no! —mintió Angela—. ¿Por qué piensas eso?

—Porque tú normalmente no te quedas levantada. Y esta noche lo has hecho. Y no sueles llevar faldas cortas y bodys ceñidos. Y esta noche te has puesto uno —él seguía acariciándole la mano que tenía la camiseta.

Angela no dijo nada.

Sus palabras, ¿expresaban una aguda percepción por parte de Nick? ¿O engreimiento por su parte?

El pasó el dedo por el borde de la camiseta que apenas tapaba el torso de ella. Cuando se acabó el algodón de la camiseta y siguió la piel de su muslo, él trazó una línea con el dedo. El cuerpo de ella enseguida respondió a aquel tacto, involuntariamente.

Ella no podía quitarle los ojos de encima. Comenzó a sentir una humedad entre sus muslos al ver la lenta pero segura excitación en Nick.

Cuando el dedo tocó su ropa interior, ella gimió y no se apartó. El le apartó las piernas, sin dejar de mirarla, y metió la mano debajo de sus braguitas, frotándola con el dedo hasta que la respiración se le hizo entrecortada, y ella cerró los ojos. Su cuerpo reaccionó con una respuesta involuntaria. Empezó a moverse contra

aquel dedo, retorciendo los labios, gimiendo. Se cubrió la cara con el brazo, y apretó los puños cuando los movimientos rítmicos de su dedo se hicieron más profundos.

—¡No huyas de mí esta vez, Angela! —le susurró al oído él.

Ella negó con la cabeza.

Él se echó en la cama a su lado, mientras su mano seguía excitándola más y más.

Él no tuvo que quitarle la camiseta, porque ella se la quitó de encima, con la necesidad desesperada de sentir más, arqueándose de deseo para que su pezón pudiera sentir la humedad de la boca de él.

Ella tuvo la sensación de que él la estaba absorbiendo completamente mientras succionaba su pecho. Ella se volvió a mirarlo, y le desabrochó la camisa con manos temblorosas mientras sus labios se encontraban con salvaje deseo. Ella estaba gimiendo descontroladamente mientras sus manos seguían con el trabajo de desvestirlo. Cuando él estuvo desnudo, extendió la mano, acariciándolo tan íntimamente como él la había acariciado. El gimió y gimió ante aquel placer. A ella le encantaba oírlo gemir.

Era algo agradable: acariciar y dejarse acariciar, tocarse. Ella se echó hacia atrás mientras él la acariciaba con la boca, cubriéndola de besos en el vientre, moviendo la mano hacia abajo. Luego la exploró con su lengua hasta encontrar el corazón de su femineidad.

Angela gimió de placer, le daba la impresión de que él le estaba arrancando el alma para quedársela. Cuando ella abrió los ojos y vio la cabeza de Nick moviéndose sintió una punzada de deseo que la desconcertó.

Ella lo deseaba. Y aquello estaba bien. Era muy diferente de lo que había pasado con Simón. Éste la había forzado. Le había robado lo que había querido como si fuera un derecho. Había actuado como un animal envalentonado por la rabia. Nick era suave, amable. Se tomaba todo el tiempo del mundo. Un experto, pensó ella. Un hombre que sabía cómo dar y cómo recibir. Pero a ella no le importaba.

Cuando él le abrió las piernas, ella esperó ansiosa que le hiciera el amor. ¡Lo deseaba tanto! Pero de pronto, en cuanto él se empezó a mover, ella sintió que su cuerpo se ponía rígido; intentó relajarse. Pero era imposible. Se sintió presa del pánico, que expandió sus

tentáculos por todo su cuerpo. Finalmente él paró y la obligó a mirarlo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Nick; por el tono, no la acusaba.

Pero ella no podía mirarlo. Sabía lo que iba a suceder en ese momento. Iba a ser una repetición de lo que había ocurrido la otra vez, pero sería peor aún. Él no sería capaz de aceptar su rechazo.

—Lo siento —murmuró ella, con los ojos bien abiertos, mirando el pecho de él. Su cuerpo estaba helado.

—¿Es un juego esto? Una vez te apartaste de mí, y no lo vas a volver a hacer. No, hasta que me expliques qué pasa —dijo él con decisión.

Ella no podía hablar.

—¿Eres virgen? —le preguntó él serenamente.

Ella negó con a cabeza.

—Entonces, ¿qué diablos ocurre?

—Lo siento. Es que… —no podía explicarle lo que jamás le había dicho a nadie.

Pero debía hacerlo. No porque ella sintiera que él necesitaba una explicación, sino porque era ella quien necesitaba decírselo, quien quería hacerlo. Ella quería compartir ese secreto con él.

«Sólo con él», pensó ella. «Porque lo amo», sintió.

De pronto todo pareció ordenarse en su cabeza: los nervios que sentía cuando aparecía él, su reacción física en su presencia. Que no pudiera dejar de pensar en él.

«No me ama, pero yo estoy enamorada de él», pensó.

—¿Y? —le preguntó él.

Angela se sobresaltó. Se había quedado absorta en sus pensamientos.

—No puedo hacer el amor —dijo en voz tan baja que apenas se la escuchó—. Me bloqueo cuando llega el momento. Hace mucho tiempo hubo un hombre… —ella apenas podía articular las palabras. Era un esfuerzo sobrehumano hablar de aquello.

—Cuéntamelo —le dijo él, y le quitó un mechón de la cara.

Ella se sintió más tranquila. ¿Por qué tenía que enamorarse del hombre equivocado? ¿Había decidido el destino, desde el día de su nacimiento, sembrar su vida con obstáculos infranqueables?

—Fue culpa mía. Era demasiado joven e inexperta y debí crearle expectativas. Debí confundirlo. Yo no me di cuenta…

—Te violó.

Al oírlo Angela sintió que la pesadilla volvía a apoderarse de ella.

—¿Lo denunciaste?

—¿De qué hubiera servido? El daño ya estaba hecho.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Cuando yo tenía diecisiete años —ahora sentía que le era más fácil seguir hablando—. Era una adolescente muy inmadura, siempre enterrada en los libros. Él fue el primero.

—Mírame —dijo Nick, y ella obedeció—. No puedes dejar que eso domine tu vida. Debes olvidarlo. No fue culpa tuya. Él fue un desgraciado, y no puedes dejar que el comportamiento de un hombre como ése influya sobre ti el resto de tu vida. Debes superarlo.

La voz de Nick fue un bálsamo. Ella asintió con la cabeza y lo tocó muy delicadamente.

Finalmente superaría aquel trauma, por él.

Ella dejó que él la besara. Luego cerró los ojos y sintió la libertad de hacer el amor por primera vez en su vida.

Capítulo 8

¿CÓMO estoy? —Angela se estaba mirando en un espejo. Se giró levemente para mirar a Natasha, que estaba echada en la cama, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y los zapatos puestos, a pesar de que Angela le hubiera pedido que se los quitase.

—Bien.

—¿Sólo bien?

—¿Qué importa? Sólo se trata de una cena estúpida con el tío Nick. Podrías ir vestida con una sábana y probablemente él no se diera cuenta —dijo Natasha de mal humor, porque Angela le había prometido enseñarle a pintar con pinturas al óleo, y luego había tenido que cancelarlo porque Nick le había pedido que fuera con él a una fiesta de la empresa.

—¿No has encontrado a otra mujer para llevar a la fiesta? —había bromeado Angela cuando se lo había pedido.

Durante la última semana se había sentido flotando en el aire. Estaba enamorada y tenía a su hija. Si había nubarrones en el cielo, ella no los veía. Le alcanzaba con que Nick la deseara. Y si la palabra amor no era una palabra que existiera en el vocabulario de él, a ella no le importaba. Con la invitación que acababa de recibir, al menos sabía que ella no era un secreto que él quisiera ocultar delante de la gente.

—Es muy corto —dijo Natasha—. ¿No eres un poco mayor para llevar algo tan corto?

—¡Sólo tengo veinticinco años! —protestó Angela, riéndose.

Y Natasha comentó que eso era ser anciana. Pero Angela se sentía feliz, de todos modos.

El vestido con los tacones le quedaba muy bien. La transformaba, pensó ella, de profesora en mujer joven atractiva. O

tal vez fuera el amor el causante de aquella transformación.

—Le he dicho a Eva que tienes que irte a la cama a las nueve en punto —dijo Angela, sentándose en la cama y mirando seria a Natasha.

—Creo que es injusto por parte de tío Nick llevarte a una aburrida fiesta con él sin avisarte con tiempo. ¿Dónde está Philippa? Suele acompañarlo en esos casos.

—Philippa está en América de vacaciones —ella se inclinó y besó a Natasha en la frente.

Cada vez le parecía más natural expresar su afecto.

—No le des guerra a Eva. Vete a dormir cuando te lo diga.

—¿Y si no…? —la desafió Natasha.

—¿O…? —Angela pensó en una amenaza efectiva. Pero luego simplemente agregó—: O me decepcionarás terriblemente.

—Odio las amenazas de ese tipo —se quejó Natasha.

Y Angela se rió.

Por momentos se le borraban aquellos años penosos, en los que no podía confiar en nadie. Su infancia, su padre, Simón, la pérdida de su hija, los años de dolor. No se habían borrado, pero ya no formaban parte de su vida diaria.

Dejó a Natasha en el dormitorio, recogió su bolso y bajó las escaleras. Nick la estaba esperando abajo.

La miró cuando la vio. Él llevaba un traje oscuro. Ella le sonrió, y pensó lo bien que conocía aquel cuerpo musculoso.

—¿Cómo estoy? —le preguntó ella. —Deliciosa. Comestible —él le tocó el pecho y sonrió al notar su pezón erguido. Ella no llevaba sujetador porque el vestido tenía un gran escote en la espalda. Ella se imaginó a Nick acariciando su pecho con la boca. ¿Sería una experiencia tan erótica para él como para ella?

—¿Ha llegado el taxi?

—Lamentablemente, sí. Aunque si hiciera lo que en verdad me gustaría hacer, terminaríamos llegando al hotel cuando la reunión hubiera terminado.

—No es buena idea, teniendo en cuenta que tú eres el jefe.

Apenas hablaron en el taxi. Pero él le tomó la mano y le acarició el pulgar. Ella se sintió reconfortada con aquel gesto.

Ella no podía arriesgarse a mostrarle sus sentimientos. Sabía que aquello sería un error. De momento las sospechas de Nick estaban

disimuladas bajo una ola de deseo. Pero si ella revelaba sus sentimientos, volverían a aparecer.

Ella no sabía adonde conduciría todo aquello. Y cuando pensaba en ello, la invadía la desesperación. Así que trataba de no pensar.

«Soy una cobarde», admitió. Pero, ¿por qué no disfrutar de cierta felicidad una vez en la vida?

El hotel estaba lleno de gente. Los condujeron al salón reservado. Ella se puso nerviosa al ver aquella multitud con copas en las manos.

Había muchísima gente. Nick le había dicho que todos los empleados estarían allí junto a sus parejas.

En diez segundos Angela dedujo cómo estaba organizada la fiesta. Estaba dividida en grupos según niveles jerárquicos, y subdividida en grupos más pequeños.

Nick tenía una memoria colosal en cuanto a los nombres.

—Pareces tener una gran aceptación entre las damas —le susurró ella.

—¿Qué quieres decir? —le dijo él, con una sonrisa picara.

Ella sentía su fragancia cerca. Aquel olor masculino, sin el perfume de la loción para después de afeitar y la colonia. Observó sus fuertes brazos bajo la chaqueta; eran duros y musculosos. Nick exhalaba poder y un cierto magnetismo que le daba una presencia sólida entre los asistentes.

¿Había sido casualidad que algunas de las jóvenes a las que había saludado y con las que había conversado un instante se hubieran puesto coloradas?

Pero al parecer cuanto mayores eran las asistentes más lo miraban.

Se acercaron a un grupo de hombres que estaba en un rincón. Eran todos directivos de la empresa. La miraron con curiosidad. Angela pensó que la mirarían por el interés que podía despertar el que estuviera con Nick.

Después de un rato, ella se sintió relajada y pudo disfrutar de la velada; se rió y conversó con naturalidad sin sentirse incómoda ni extraña.

—¿No estuvo mal, no? —le dijo Nick más tarde, una vez terminada la cena y el discurso.

Los asistentes comenzaron a dispersarse. Nick y Angela salieron

al jardín. Estaba vacío. Parecía que la quietud del aire libre no le hacía competencia a la discoteca, al casino o al bar. La gente mayor se había ido, y los más jóvenes reían y se divertían relajadamente al saberse libres de la mirada de los jefes y directivos.

Angela se rió.

—Supongo que todos se estarán preguntando quién soy. Quiero decir, no me conocen de la oficina. Se preguntarán de dónde me has sacado —ella lo miró.

Él tenía un brillo extraño en los ojos.

—Al fin y al cabo, se preguntan lo mismo que yo —le contestó.

Angela lo miró ansiosamente. ¿Se referiría a sus sospechas? ¿Se estropearía la noche tan agradable que habían pasado?

—Estás seria —le dijo él—. Tienes el aspecto de un animal asustado. ¿Por qué?

—No estoy asustada. Simplemente odio que me empieces a hacer un interrogatorio.

—Hay una diferencia entre hacer preguntas y hacer un interrogatorio —le dijo él, levantándole la cara con un dedo debajo de su barbilla—. ¿Quién eres tú, realmente?

—Sabes quién soy.

—¿Sí? —él sonrió secamente—. Eres la mujer más huidiza que he conocido en mi vida. Puedo tocarte pero hay una parte de ti que soy incapaz de alcanzar. Es como querer atrapar un hilo de humo.

Era irónico que aquello sonara romántico, porque había un misterio real en su vida. Pero aquel enigma era algo muy tangible. Y por otra parte era irónico también que él hubiera llegado tan profundamente dentro de su ser, como para despertar en ella el milagro del amor.

—¿Es por eso por lo que tú…?

—¿Por lo que yo qué?

—¿Por lo que te sientes atraído hacia mí? —le preguntó ella tímidamente—. ¿Porque me ves como una especie de desafío personal? ¿Porque piensas que yo no soy del todo sincera?

—¿Tú qué crees?

—Yo pienso que deberíamos entrar —dijo ella respirando hondo —. Así podrás echar un ojo a tu plantilla.

Él se rió.

—Parece que se están divirtiendo, ¿no? —dijo él.

Nick parecía dispuesto a no seguir con el tema del carácter esquivo de ella.

—Van a estar con resaca por la mañana —señaló ella.

—¡Oh! Has vuelto a tu papel de maestrita…

—Es difícil dejar el papel —le dijo ella.

—Ése es otro desafío: hacerte salir de ese papel.

Ella sintió una ola de ternura. No podía dejar de pensar cómo sería ser amada por él.

—Entremos —dijo ella suspirando.

—Pero antes… —él la giró, y la besó.

Ella lo rodeó con sus brazos para besarlo y sentir el contacto de su lengua.

—Hola, Nick —la voz de Philippa bastó para hacerle dar un respingo y apartarse de él—. Veo que estoy interrumpiendo algo —dijo Philippa ácidamente.

Angela sintió ganas de negarlo pero no pudo.

—Sí, así es, Philippa. Pensé que estabas en América hasta el lunes —el tono de Nick era frío.

Pero Philippa no se inmutó, siguió en pie, con gesto de furia.

—¡He regresado para poder asistir a este evento! Lo que no me imaginaba era que te encontraría… Que te encontraría en la oscuridad, abrazado a … la niñera.

Entonces Nick dijo de mal humor.

—Creo que has dicho demasiado ya. Así que te sugiero que te vayas antes de que pierda los nervios.

Angela pensó que ya los había perdido a juzgar por el tono, pero Philippa era inmune a ello.

—¿Cómo has sido capaz, Nick? Entre nosotros ha habido algo. Me pediste que viniera y que trabajase contigo… Me has hecho creer…

—No te he hecho creer nada, Philippa. Tú quisiste venir por tu cuenta, y yo acepté porque tú conocías el trabajo de la empresa, y porque eres buena en tu profesión. Si tú has creído que había algo más, entonces me temo que has malinterpretado completamente la situación.

Hubo un silencio espeso.

La cara de Philippa estaba contraída de emoción. Pero Angela sospechaba que no era tristeza, sino rabia porque se habían

arruinado sus planes. —¿Tú no sentiste nada por mí, no Nick? —Yo sentí lo mismo que tú sentiste por mí. Y me parece que ya es hora de terminar esta conversación.

—Bueno, ¡yo no! —Philippa miró con desprecio a Angela, que había estado intentando parecer invisible—. Veo que te has puesto tus mejores ropas… —agregó Philippa con una sonrisa burlona. Y luego se dirigió a Nick y le dijo—: ¿Estás tan ciego que no puedes ver lo que esta… lo que esta embustera está intentando conseguir? —soltó una carcajada desagradable—. Se ha metido en tu vida con la excusa de que conocía a tu hermana, y ahora ha conseguido lo que ha querido. ¡Un lío contigo! ¡No me digas que no te das cuenta de lo que está buscando! ¡Es una interesada que busca tu dinero!

Angela sintió rabia por dentro.

—Adiós, Philippa —fue todo lo que dijo Nick—. Será mejor que dejes tu despacho antes de que yo vaya el martes por allí.

—¡Me vas a despedir!

—Ya te he despedido.

—Esto es culpa tuya —le dijo Philippa a Angela dando un paso hacia ella. Angela sintió pánico—. Te arrepentirás —dijo Philippa.

La escena había sido lo suficientemente escandalosa como para concentrar la atención de los asistentes, pero afortunadamente los jóvenes habían tomado alguna copa de más, y Philippa había despertado bastante menos la curiosidad de los jóvenes de lo que lo hubiera hecho en otras circunstancias.

Philippa desapareció, y Angela se quedó paralizada. No se atrevía a mirar a Nick. Las acusaciones de Philippa le sonaban en los oídos. «Busca tu dinero». Palabras ofensivas.

—Creo que es hora de que entremos —dijo Nick finalmente.

—Por supuesto. ¿A qué hora piensas irte? —dijo ella sin mirarlo.

—El bar cierra en menos de una hora. La gente comenzará a irse entonces. Estaremos en casa dentro de dos horas. Una noche muy larga. Pero como soy el director general de la compañía, debo quedarme hasta el final. ¿Quieres que llame a un taxi?

Ella se dio cuenta del tono cortés de Nick.

—No, no. No hace falta. Me quedaré hasta que te vayas.

—¿Estás segura?

Ella asintió y lo siguió hasta la discoteca.

Ya no quedaba mucha gente allí, y, como había supuesto,

muchos se marcharon al cerrar el bar.

Se sentaron en una mesa del fondo. Las canciones más movidas habían dado lugar a las baladas. Faltaba poco para que la banda dejara de tocar y guardara sus instrumentos. El no había dicho nada hasta entonces acerca de Philippa.

—Me temo que Philippa nos dejó un mal sabor… —dijo él entonces. —Sí.

—Es extremadamente tonta si cree que podemos volver a estar juntos.

—La gente a veces hace cosas sin pensar.

–Philippa sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Se cree que soy un ingenuo. Se equivoca.

—¿Me lo dices como explicación o como advertencia, Nick? —dijo ella. Respiró hondo, y reuniendo fuerzas agregó—: ¿Piensas que yo estoy detrás de tu dinero?

—Podría tener cierta lógica, ¿no crees? —él se encogió de hombros y miró a lo lejos, donde los músicos estaban recogiendo los instrumentos. —¿Por qué es lógico?

—Philippa me toma por tonto. Supongo que tú no cometerás el mismo error , la miró en la oscuridad.

«Yo soy la tonta», pensó ella. «Por haberme enamorado de ti».

—La primera vez que me acerqué a ti, saliste corriendo. Después de lo que me has contado, es posible que hayas temido tener una relación sexual conmigo, pero también puede haber otra explicación, ¿no? Quizás simplemente lo hayas pensado mejor, y hayas creído que, como me sentía atraído por ti, tal vez fuera posible conseguir otras cosas de mí. Y hayas estimado conveniente un poco de seducción —Nick hablaba en un tono distendido, como si estuviera conversando acerca del tiempo.

Luego continuó:

—A partir de entonces has tenido un trato amistoso conmigo. Me has esperado despierta para preguntarme cómo me había ido el día. Y luego, por supuesto, nos acostamos, lo que implica que cualquiera sean los temores que hayas tenido los has superado sin problemas. ¿Por qué? ¿O por qué todo de repente? Es una pregunta que me hago.

—¿Me estarías haciendo estas preguntas si no hubiera sido por Philippa?

—Posiblemente, no. Pero eso no quiere decir que no se me haya pasado por la cabeza —él miró su reloj y se puso en pie. Angela lo siguió. Tenía la sensación de ser alguien que había estado navegando en aguas calmas y que de pronto se encontraba en medio de un huracán. ¿Y ahora qué haría? Se le ocurrían varias posibilidades, y ninguna de ellas era muy agradable. Fue con él hasta el salón principal, ahora sin gente. Se sentía turbada y triste.

El taxi los estaba esperando.

No tenía sentido hablar de aquello en el coche. Era un tema demasiado personal para hablarlo delante de alguien. Nick tampoco quiso volver a sacar el tema. Sólo le preguntó cómo había estado la comida, si se había entretenido, y ella le había contestado con voz entrecortada, porque no podía quitarse de la cabeza sus palabras de antes.

Después, en la casa, cuando ya habían despertado a Eva y la habían enviado a su casa, Angela le preguntó:

—¿Es eso lo que has pensado desde el principio? ¿Que yo voy detrás de tu dinero? ¿Que mi objetivo es encontrar el modo…?

Él se apoyó en la pared.

—Estaba dispuesto a darte el beneficio de la duda al principio, pero no es la primera vez que una mujer intenta meterse en mi cuenta bancada a través de mi cama. Como te he dicho antes, he tenido varias experiencias de este tipo. Las suficientes como para estar alerta.

—Bien. Si eso es lo que piensas, está bien —ella se dio la vuelta, pero, antes de que pudiera alejarse, él le sujetó el brazo.

—¡No me des la espalda en medio de una conversación! —protestó él.

—¿Por qué no? Así puedes agregar un adjetivo más a tu lista.

Ella quería que él la dejara marchar, pero su cuerpo estaba respondiendo involuntariamente al contacto de sus dedos. Ella odiaba aquella vulnerabilidad, sentirse atrapada en las redes de la pasión.

Pensó en Natasha, dormida en su cama en el piso de arriba, y trató de calmarse.

—¿Por qué no intentas demostrar que no vas detrás de mi dinero? —preguntó él, sin rencor.

—¿Por qué tengo que hacerlo? Lo he intentado antes. Pero es

absurdo intentar negar algo cuando tú ya te has hecho una idea previa.

—Demuéstralo. Dime que, a pesar de una serie de coincidencias, lo único por lo que te has acostado conmigo ha sido la atracción hacia mí. Que no hay ningún motivo oculto detrás de tu presencia en esta casa.

Angela miró la punta de sus zapatos. Necesitaban un repaso. Ya no parecían elegantes ni rutilantes. Más bien parecían tristes, como ella. Se alegraba de llevar una chaqueta sobre el vestido, porque estaba segura de que su ropa de fiesta también parecería triste.

—¡No puedes negarlo! ¿No es verdad? Entonces, ¿por qué no admites que desde el primer momento has estado detrás de mi dinero? De ese modo estarían las cosas claras.

—Preferiría irme a la cama, si no te importa. Podemos hablar de esto mañana por la mañana, cuando…

—¡Lo hablaremos ahora!

—No hay nada que pueda decirte —contestó ella valientemente.

—¡Maldita sea! —exclamó él, y le apretó más la muñeca—. ¿Por qué no eres sincera? ¿Buscas mi dinero?

—¡No! ¡No busco tu dinero! Y de todos modos, ¿por qué tú… me has hecho el amor, si pensabas que yo iba detrás de tu dinero solamente?

—¿Por qué crees tú? —él le tocó el cuello, y la atrajo hacia sí.

Entonces la besó con intensidad. La lengua de él se movió desesperadamente dentro de su boca. Ella quiso soltarse de aquel abrazo apasionado y cruel a la vez.

Pero él no la dejó. Siguió besándola, y ella luchó con todas sus fuerzas para no responder a sus demandas.

—Te deseo —dijo él con voz ronca, con la boca apretada contra la de ella—. Y eso me ha hecho dejar de lado otras consideraciones.

Ella sintió placer al escuchar aquellas palabras, pero al placer siguió la desesperación por encontrarse atrapada en una situación de la cual debía escapar. Él la deseaba, y ella había estado demasiado ciega de amor durante aquellos días como para darse cuenta del camino que estaba emprendiendo aquella historia.

La realidad era que el deseo y la lascivia eran emociones pasajeras. El se cansaría de ella, y no querría verla más. Luego la reemplazaría por otra.

A ella no le importaba arriesgarse. Hubiera estado dispuesta a abandonarse a su amor y sufrir las consecuencias.

Pero no arriesgaba sólo orgullo. Natasha estaba en juego.

Angela puso las manos en el pecho de Nick y lo apartó.

—Esto no tiene sentido —dijo, muy afectada. Él dio un paso atrás, metió las manos en los bolsillos y la miró con rabia.

—¿Por qué? Tú has dicho que no buscas mi dinero. Tú te sientes tan atraída hacia mí como yo hacia ti. ¿Dónde está el problema?

¿Que dónde estaba el problema? «En todas partes», pensó ella.

—¿Cómo crees que yo puedo acostarme contigo, tener una relación contigo, si tú piensas esas cosas de mí? —ella lo miró con tristeza, como si aquella fuera la última vez que lo miraría.

—Si te digo que te creo, ¿cambiaría eso las cosas? —dijo él con resentimiento.

—No.

—Nada de esto habría pasado si Philippa no hubiera aparecido en escena.

—Habría pasado tarde o temprano.

«Cuando hubiera recuperado mi sano juicio», pensó ella.

—Tú no eres un hombre dispuesto a comprometerte en una relación. Lo sé. Tal vez transitoriamente. Yo pensé que a mí también me podía bastar con eso, pero tal vez hubiera deseado algo más. No lo sé.

Angela pensó que no le podía decir toda la verdad acerca de sus sentimientos. Pero al menos había algo de cierto en su afirmación. Ella quería algo más que sexo. Y Nick Cameron no era un hombre dispuesto a sucumbir ante una mujer.

¡Oh! Seguramente se casaría en la plenitud de la vida, pero no se dejaría arrastrar por la pasión de una mujer. Ninguna mujer le haría perder la cabeza.

Cuando se casara, lo haría habiendo reflexionado cuidadosamente sobre ello, y lo haría basando su elección en factores más prosaicos que la atracción o el amor, como intereses sociales, y compatibilidad económica e intelectual.

Él era un hombre que ejercía un control férreo sobre sí mismo. Y ninguna mujer lo haría perder ese control.

—¿Qué me quieres decir con esto, Angela? —le dijo él, más contrariado aún.

—No sé si yo lo sé muy bien. Lo único que sé es que no vamos a llegar a nada con esta conversación, y que es hora de que nos vayamos a la cama. Es tarde. Natasha va a levantarse temprano. Le he prometido que le iba a enseñar a pintar al óleo mañana. Y necesito dormir, o mañana me levantaré como una zombie.

—¡No vamos a dejar esta conversación hasta que lleguemos a una conclusión!

—¡Ya hemos llegado a una conclusión!

—Pero a mí no me satisface.

Se miraron en silencio.

—¿Qué tipo de compromiso quieres por mi parte? —preguntó él en un tono controlado—. ¿La promesa de que vamos a seguir con esta historia durante tres semanas? ¿Durante tres meses? ¿Tres años? ¡No hay garantías en la vida!

—Lo sé, y no te pido nada.

—¿O quieres un anillo de oro en tu mano? ¿Es ése el tipo de compromiso que quieres? ¿El matrimonio? —dijo él, mirándola fijamente.

—No. No comprendes.

—¿Vas a decirme que, si te pidiera que te casaras conmigo, no aceptarías? —dijo él cínicamente, sin ninguna intención de proposición en su voz.

—Sí. Si tú me pidieras que me casara contigo, no aceptaría.

Se hizo un silencio espeso. Los ojos de Nick no expresaban emoción alguna. Ella se preguntó cuál sería su propia expresión. Le habría gustado poder ser tan impenetrable como él en ese sentido.

—Todo lo que quiero es que las cosas vuelvan a estar como estaban —dijo ella, sabiendo que él, inevitablemente, le contestaría con cinismo.

¿Cómo iban a poder volver a estar como antes? A no ser que ambos sufrieran un ataque de amnesia. Un abismo se abrió frente a ella. Mentalmente, ella intentó pensar qué hacer si él le decía que se fuera. Él no podía impedir que viera a Na–tasha. Ella se iría a vivir a Londres, a algún sitio cerca, buscaría trabajo en una escuela, y vería a su hija siempre que pudiera.

—Como quieras —dijo él fríamente—. Jamás le he rogado a una mujer en mi vida, y no voy a hacerlo. Angela suspiró aliviada.

—Gracias. Gracias —susurró, sin atreverse a mirarlo, por si

cambiaba de parecer.

Ella se dio la vuelta y se marchó hacia la escalera. Luego, cuando él ya no la podía ver, corrió a su dormitorio y cerró la puerta. Se quedó apoyada en ella durante unos segundos. Oyó los pasos de Nick, que se desvanecieron al llegar al dormitorio de él. Entonces ella salió sigilosamente de su habitación y fue a la de Natasha. Quería echarle un vistazo antes de irse a dormir. Lo hacía siempre. Solía levantarse en medio de la noche, a beber un vaso de agua o al cuarto de baño, y aprovechaba para ir a verla de puntillas.

Entró silenciosamente en el dormitorio de la niña. Entonces descubrió algo que la dejó helada: la cama estaba vacía.

Corrió al baño. Estaba vacío. La desesperación le sobrevino después del pánico. Entonces subió deprisa las escaleras hasta la habitación de Nick y golpeó la puerta.

—Se trata de Natasha —dijo histéricamente cuando él abrió la puerta, completamente vestido, a excepción de su chaqueta—. ¡Se ha ido!

Capítulo 9

¿QUÉ? ¿Qué estás diciendo? —Que Natasha se ha ido. Fui a su habitación para ver cómo estaba, lo hago casi todas las noches. Ella no está allí.

—¿Dónde más la has buscado?

—En el baño. Tampoco está allí.

Nick bajó las escaleras hasta la segunda planta, y gritó fuertemente:

—¡Natasha!

Esperaron unos segundos. Pero nadie respondió.

Luego Nick dijo:

—Bien. Tú mira en esta planta. Yo miraré abajo. Probablemente esté en la cocina, bebiendo un vaso de leche, o tal vez se haya dormito en una de las habitaciones de abajo.

—Eva…

—Estaba profundamente dormida cuando volvimos.

—Tal vez debiéramos llamarla por teléfono —dijo Angela, presa de pánico.

El pánico no iba a remediar nada, y de todos modos. Nick tenía razón. Como niñera, Eva era una persona un poco pasiva. Sólo Dios sabría cuándo se había dormido. Natasha probablemente no se habría podido dormir, habría bajado a la biblioteca, y se habría quedado dormida allí con un libro. Si Angela hubiera podido reaccionar con lógica, habría mirado primero por todas las habitaciones antes de haber llamado a Nick. Pero la lógica le había fallado al ver la cama vacía.

—¡Miraremos por todos lados primero! —dijo Nick, bajando la escalera de dos en dos peldaños. Y Angela se puso a buscarla en las habitaciones de arriba. Miró en los tres baños, en un salón con una

televisión, en los dormitorios, debajo de las camas. Su habitación fue la última en la que miró, básicamente porque se encontraba más alejada. Y tan pronto como encendió la luz, empezó a sospechar lo que podría haber pasado.

Natasha no estaba allí. Estaba todo como lo había dejado. Las puertas de los armarios estaban cerradas, los cajones de la cómoda estaban cerrados también, pero había un montón de papeles en medio de la cama, colocados de tal modo que en cuanto se encendiera la luz Angela los viera.

Angela caminó lentamente hacia la cama. Sabía qué eran antes de mirarlos. Cartas, fotos de Natasha con distinta edad, algo que ella había guardado como un tesoro año tras año. Todo lo que explicaba la historia de la adopción. Todo.

No hacía falta mirar más. Ella se podía imaginar lo que podría haber ocurrido. ¿No había dicho Philippa que se arrepentiría? Ella debía de haber ido allí inmediatamente después de la escena de la fiesta. Eva la habría dejado pasar sin pensarlo, ya que conocía a Philippa. No le habría costado más que una excusa tonta entrar en la casa. ¿Qué le habría contado a Eva? ¿Con qué excusa habría entrado a esas horas de la noche?

¿Le habría dicho que iba a recoger unos papeles de trabajo? ¿Algo que Nick se hubiera olvidado? ¿Su cartera, quizás? Podría haber usado cualquier excusa, y Eva se habría levantado malhumorada, pero la habría dejado entrar. Eva habría vuelto a la sala y se habría vuelto a quedar dormida, dejándola a sus anchas para hacer lo que quería. Aunque no le habría llevado mucho tiempo.

Angela había escondido todos esos documentos, pero no bajo llave. Jamás había pensado que alguien pudiera revolver sus cosas. Las había puesto en el cajón de abajo de la cómoda, metidas en la parte de atrás de un diario, en donde había escrito todo lo que había sentido, pensado, hecho, en los tortuosos meses siguientes a la adopción.

Ella recogió los papeles, y bajó las escaleras. Nick estaba ansioso.

—¿Hubo suerte? ¿Dónde diablos puede estar? Angela respiró profundamente y dijo serenamente. —Creo que debemos sentarnos y hablar. —¿No podemos esperar? —Tiene relación con lo que está

pasando, Nick. Él la miró sorprendido. Luego asintió. Ella se sentía pesada, como si le costara caminar. Estaba en la fase en que el pánico había desaparecido ya, la adrenalina había dejado de actuar, y lo único que sentía era una triste sensación de inevitable fatalidad. ¿No era eso lo que sentía la gente cuando se encontraba frente a un peligro extremo? Un mecanismo de defensa cuando la desesperación y el temor no podía ser asimilado ya.

—Parece que necesitas una copa —le dijo él—. ¿Sabes lo que ocurre?

—Creo que sí. Sí, sí lo sé —ella todavía tenía el pequeño paquete con fotos y papeles en la mano, y jugaba con él.

Ella extendió la mano y se lo dio a Nick diciendo: —Creo que deberías leer esto.

Nick miró alternativamente a Angela y al paquete. Después de unos segundos, lo tomó. Hizo una pausa y se puso a leer.

Empezó con el diario. Nunca se lo había mostrado a nadie. Ella lo había leído y releído muchas veces. Durante los primeros meses había escrito todos los días. Luego había escrito menos.

Él lo leyó en silencio. Luego examinó los papeles uno a uno. Cuando los terminó de mirar, la miró y dijo:

—Ya veo.

—Creo que Philippa volvió aquí y revolvió mis cajones. Supongo que ella no sabía qué estaba buscando, pero tenía sospechas sobre mí desde el principio. Igual que tú.

—Fundadas sospechas —le dijo él con desagrado.

—Creo que ella encontró mi… pasado, despertó a Natasha y se lo dijo. Supongo que ella no pensó que Natasha se iría, pero Philippa sabía que todo… Que yo perdería… —no pudo continuar. Dejó de hablar, se miró las manos e hizo un esfuerzo por recomponerse—. Natasha se ha ido. Debemos encontrarla.

Pensó en su hija. Debía de estar enfadada, asustada, acobardada en algún sitio.

Debían buscarla inmediatamente.

—Tengo una lista de todos los compañeros de clase —dijo ella, poniéndose de pie y yendo al teléfono que estaba al lado de la ventana. Abrió una libreta y le dio la primera hoja a él.

—Creo que deberías llamarlos.

Él recogió el papel sin mirarla.

«Me odia tanto que no es capaz de mirarme siquiera», pensó Angela. «Antes pensaba que yo buscaba su dinero. Pero esto es más decepcionante todavía».

Nick empezó a llamar al primero **de la lista.** —Siento molestarlo a esta hora… Tengo un problema, al parecer mi sobrina…

Era fácil imaginarse las reacciones al otro lado del teléfono. Irritación en un primer momento por haberlos llamado a esa hora, sorpresa ante la pregunta, y luego una búsqueda angustiosa para asegurarse de que sus hijas no hubieran hecho alguna tontería con Natasha. Luego una mezcla de preocupación por Natasha y alivio de que sus hijas estuvieran en casa, a salvo en su cama.

Angela lo observó sentada en el reposabrazos del sofá. Una respuesta negativa tras otra, hasta terminar la lista. Luego se volvió hacia Angela y le dijo:

—¿Tienes alguna idea de dónde podemos buscarla? Pero no esperó la respuesta. Llamó a Eva. Y después de hablar con ella le dijo:

—Tienes razón en lo de Philippa. Debe de haber venido aquí tan pronto como dejó el hotel. Eva dice que no volvió a ver a Natasha desde que la acostó, un poco después de las ocho y media. —Es culpa mía —susurró Angela. Nick la miró sin ningún gesto de solidaridad hacia ella.

—No tiene sentido pensar en quién ha sido el culpable ahora.

—Creo que debemos llamar a la policía. La policía fue y les tomó declaración, a ellos y a Eva. Quien se sentía culpable por lo ocurrido, y se había desplazado hasta la casa inmediatamente después de haber hablado con Nick.

Fue entonces cuando Angela le dijo a Nick:

—Si yo hubiera sido Natasha, habría ido al único lugar donde podría estar a salvo de todos: a la casa de tu hermana.

La policía se había marchado, asegurándoles que harían todo lo que estuviera a su alcance. Eva había preparado té, que a esas alturas se había enfriado en las tazas.

Era una posibilidad, ¿no? Nick llamó a la casa de su hermana, pero no contestaron.

—Iré en coche hasta allí.

Él comenzó a caminar hacia la puerta, entonces ella fue corriendo hacia él y exclamó:

—¡Voy contigo!

Él se detuvo y mirándola le dijo:

—No me parece que tenga sentido. Tú eres la razón por la que ella se ha ido. No creo que le haga bien encontrarse contigo, ¿no te parece?

—¡No me importa lo que tú pienses! ¡Es mi hija! Voy a ir, quieras o no. Si no me llevas contigo, iré en coche detrás de ti —ella lo miró imperturbable.

Él se dio la vuelta y se alejó, deteniéndose para explicarle a Eva lo que ocurría, y pedirle que se quedase al lado del teléfono por si llamaba alguien. No se volvió para mirar a Angela. Y ella pensó que realmente iba a tener que ir en su coche detrás de él. Pero cuando ella se dirigió a su coche, él le dijo:

—¡Entra! Si vas a ir, será mejor que vengas conmigo. Conozco el camino.

Entre ellos se alzó una atmósfera llena de tensión. Ella llegó a pensar que habría sido mejor marcharse en su coche.

—Entonces, dime, ¿cuándo has tramado este plan?

Él habló como si ella hubiera estado tramando incendiar el Parlamento. Angela sintió rabia, pero se la tragó.

—Podrías hacer un esfuerzo por comprender…

—¡Comprender! —golpeó el puño contra el volante—. ¿Comprender que mentiste para meterte en mi casa?

—¡Tenía que hacerlo!

—Podrías haber dicho la verdad desde el principio.

Ella se rió amargamente.

—Dime, ¿crees que podía arriesgarme a eso? ¿Qué te hace suponer que tu reacción hubiera sido diferente en ese caso? —ella miró por la ventanilla a la oscuridad.

Después de una pausa continuó:

—Sé lo que piensas de las madres que dan a sus hijos en adopción —dijo ella en un tono algo más controlado, pero sin mirarlo—. Tú no comprendes porque no quieres, pero yo era terriblemente joven e ingenua, estaba embarazada de un bebé concebido de la peor manera posible, vivía con un padre alcohólico en un piso de protección oficial en el que apenas cabíamos los dos y sus botellas de vino… Yo estaba aterrada. Mi padre me había dicho que me echaría si volvía con el bebé.

—El ayuntamiento te habría dado una vivienda.

—¿Cuándo? Ellos no te aseguran una fecha, y de todos modos, ¿crees que era eso lo que yo quería para el bebé? ¿Una vida de pobreza y desesperación? Porque no hubiera habido forma de terminar mis estudios. ¡Yo todavía estaba en el colegio! ¿Crees que no me dolió? ¿Crees que dejó de dolerme alguna vez? La asistente social fue muy amable, muy comprensiva, ¡y yo estaba tan confundida! Es muy duro cuando no tienes a nadie en quien apoyarte —ella fijó sus ojos en Nick. Él la miró de reojo. —Continúa —dijo él.

¿Para qué continuar? ¿Para que llenase el silencio? Porque él seguramente no estaba dispuesto a comprenderla.

—Me presentaron a tu hermana y su marido. Me gustaron los dos y ellos estuvieron de acuerdo en que yo pudiera mantener el contacto con Natasha. No directamente, sino a través de ellos. Prometieron que cuando ella fuera adolescente le hablarían sobre mí, y que nos podríamos ver. Fue una de las condiciones que puse para darla en adopción. Sentía que de ese modo no rompía todos los lazos.

No tenía sentido explicarle todas esas cosas. El la veía como un monstruo que se había aprovechado de él para obtener lo que quería. Ella casi hubiera preferido que él se lo dijera directamente, así ella tendría la oportunidad de contestarle también.

¿Cómo había podido pensar que él era alguien en quien podía confiar? Debía de haber estado loca.

—¿Cómo te enteraste del accidente de Clive y Amanda? —preguntó él.

Angela suspiró y decidió que le diría todo, pero sin emoción. Ella hablaría de los hechos y omitiría todo lo demás.

—Ellos siempre mantuvieron el contacto conmigo. Y de pronto desaparecieron. Yo intenté ponerme en contacto con ellos, pero no lo logré. No creí que ellos hubieran decidido dejar de mantener el contacto conmigo, así que empecé a averiguar. No sabía a qué colegio iba Natasha, pero sabía que iba a un colegio privado y que era un colegio de la zona. Llamé a varios y tuve suerte. Di con él. La directora me dijo lo que había pasado. Me dio tu dirección. Supongo que se sintió más confiada al ver que yo era profesora también. ¡Incluso conocía a la jefa de estudios de mi colegio!

Habían estudiado juntas en la universidad. Así que ése fue el modo en que entré en contacto contigo.

—Y decidiste fría y calculadoramente lo que pensabas hacer.

Ella no estaba de acuerdo en aquella descripción de los hechos. Si acaso había actuado desesperadamente, dejándose llevar por los sentimientos. Pero él no lo vería así.

—¿Qué te hizo pensar que funcionaría? ¿Que yo te iba a dar trabajo? ¿O es que tenías tanta confianza que no pensaste en el fracaso? —dijo sarcásticamente.

—Tenía que intentarlo. Natasha es mi hija. Yo no esperaba nada, ¡pero rogaba que ocurriera! — ¡Y tus ruegos fueron oídos! Estaban fuera de Londres, viajando a gran velocidad. Él interrumpió la conversación para llamar a Eva desde el coche. Y cuando colgó, ella supo que no había noticias sin que él se lo dijera.

—Debí seguir mis instintos —dijo él agriamente—. Sabía que había algo raro en tu historia, algo que no casaba. Me dejé embaucar por ti.

«Y yo me enamoré de ti», pensó ella. —Dime, ¿hay algo sincero en ti después de todo? —él la miró inexpresivamente.

Ella no respondió. Entonces él continuó hablando, como quien piensa en voz alta:

—Podría haber hecho frente a una persona interesada en mi dinero, incluso podría haberlo comprendido, hasta cierto punto. Pero hay algo frío y calculador en esto. ¡Qué bien lo has representado! Todos esos gemidos de placer cuando hicimos el amor… Una actuación muy convincente. ¿Planeabas casarte conmigo para obtener por fin lo que querías, es decir, estar con tu hija sin temor a que te separasen de ella? ¿Era eso?

—Te he dicho que no quiero casarme contigo. Sé lo que piensas de mí, pero… ¡Oh! ¡Qué sentido tiene seguir!

—Llámalo satisfacer mi curiosidad —dijo él, disgustado—. ¿Dónde te imaginaste que acabaría todo esto, Angela? ¿Cuándo me lo habrías dicho? ¿Cuando tuvieras la alianza en el dedo, si ése era tu objetivo último?

—He vivido el día a día —dijo ella con un suspiro—. No puedo pelear acerca de esto contigo, Nick. No te culpo por sentirte de este modo…

—¡Oh! ¡Qué considerada!

—Me doy cuenta de que tú piensas que te he utilizado.

—Una lección amarga, pero ya la he aprendido. No me extraña que quisieras interrumpir la relación conmigo. Primero te hiciste la tímida, pero luego pensaste que era mejor seducirme. Quiero decir, era un riesgo si dejabas que yo perdiera totalmente el interés. Ahora comprendo. Finalmente te hiciste accesible, y luego sacaste una dramática carta, batiéndote en retirada con tu orgullo herido, delante del estallido de Philippa. Has debido de imaginarte que te perseguiría. Luego vendría la jugada magistral. El matrimonio o nada más. ¿No te parece conocido todo esto, Angela?

—No. Me haces sentir…

—¡No niegues nada de lo que he dicho! ¡Si no tuviera las manos en el volante, te sacudiría hasta que lo admitieras!

Angela cerró los ojos y apoyó la cabeza en el asiento del coche. Sé sentía menos cansada ahora que antes, pero más tensa. Le dolían los huesos, la cabeza. Tenía los ojos pesados. Le habría gustado dormir, escapar a algún lugar donde no pudiera oírlo, pero ni siquiera podía echar una cabezada.

Ella tenía el presentimiento de que Natasha estaba en la casa de sus padres adoptivos. A una hora de viaje desde Londres. No le habría sido difícil bajar de puntillas y encontrar el dinero necesario para llamar a un taxi. En aquella casa había dinero por todas partes. Y Eva habría seguido dormida mientras la niña cumplía su plan.

No sabía qué haría ni qué diría si la encontraban. Era todo como una horrible pesadilla.

A pesar de la tensión Angela logró dormirse un rato. Se despertó de pronto, cuando el coche iba frenando. E inmediatamente vio que el vehículo estaba entrando en una casa rodeada de campo.

O sea que ése era el lugar donde había vivido su hija. Se imaginó la casa por dentro, un montón de habitaciones, dormitorios empapelados y acogedores, cálidas chimeneas. Abajo, habitaciones más pequeñas decoradas exquisitamente.

Ella pensó en el piso de protección oficial en el que había vivido y crecido, con sus dormitorios pequeños y claustrofóbicos, donde se sentía como un conejo encerrado en una jaula; la cocina con restos de botellas dejadas por su padre; abajo el pequeño parque. ¿Cuál hubiera sido el destino de Natasha si se hubiera quedado con ella? ¿El amor habría bastado para sacarla de aquel medio?

Intentó no pensar más, y siguió a Nick hacia la entrada principal.

La casa parecía vacía y oscura. Tocaron el timbre y, después de varios intentos, Nick la miró y le dijo: —Rodearemos la casa, por si está afuera. Rodearon la casa y miraron por las ventanas. Pero no había señales de que hubiera alguien dentro. —Sé que está aquí —le dijo Angela—. Lo presiento.

—¿Te ha aflorado el instinto maternal después de tantos años? ¡Qué conmovedor!

Angela sintió ganas de llorar.

—No te he pedido que comprendas. Simplemente te he pedido que me creas —dijo ella con rabia—. Voy a buscar en los jardines. ¿Vas a ayudarme o lo hago yo sola?

—Yo iré por el fondo. Hay un bosquecillo que se va estrechando hasta dar al campo. Tú ve por el lateral —le dijo él. Luego comentó —: Hay una gran extensión que cubrir. Te veré aquí en quince minutos

Él se alejó. Ella llamó a la niña y miró por diversos sitios. Pero no tuvo respuesta. Él volvió a los quince minutos sin novedad.

Estaban a punto de irse cuando a ella se le ocurrió una idea: no habían buscado en los edificios anejos. Estaban apartados de la casa. Apenas se veían detrás de una coniferas.

—Sí, puede estar ahí. Me he olvidado de eso. ¿Cómo se te ha ocurrido? —le preguntó él con curiosidad.

—Te lo he dicho. Tu hermana mantuvo el contacto conmigo. Fue una de mis condiciones cuando la adoptó. Hay dos construcciones al fondo. Eran establos antiguamente, pero uno de ellos fue convertido en una especie de salón. Natasha celebró allí su cuarto cumpleaños. Lo sé. Me enviaron fotos —dijo ella a la defensiva.

Pero él no dijo nada.

Atravesaron los árboles en silencio. Allí estaban, las dos construcciones. Angela no sabía cuál había sido convertida en sala de reuniones. Podía ser la primera. Estaba a oscuras, igual que la casa principal.

Angela abrió la puerta antigua, pintada de color crema, encendió la luz y entonces la descubrió: arrebujada en una silla, en un rincón de la habitación.

Los dos vieron a Natasha al mismo tiempo. La niña los miró.

Aunque apenas detuvo la mirada en Angela, sino que la fijó en Nick.

Angela no había imaginado qué le diría. Ella había esperado encontrar a Natasha, pero no había pensado en las explicaciones. Nick fue directamente hacia su sobrina y se arrodilló a su lado. Angela lo siguió. Por primera vez experimentó el rechazo de su hija por ser quien era.

La cara de Natasha estaba apretada contra el cuello de Nick. Había un ruido ahogado, que podían ser palabras o llanto.

Cuando los dos se pusieron en pie, Angela fue hacia Natasha impulsivamente y le tocó el hombro. La niña la rechazó. Tío y sobrina caminaron hacia el coche y Angela los siguió a poca distancia.

¿Cómo no había habido lugar para aquella escena en su cabeza? Se había imaginado no conseguir el trabajo, no ganarse la confianza de su hija, pero se había olvidado de imaginar la escena más importante. Qué haría ella cuando Natasha descubriera su identidad.

Angela se sentó en el asiento de atrás del coche. Salieron en dirección a Londres. Ella se sentía deseosa de explicarle todo a su hija, pero sabía que si decía una sola palabra, sería peor.

Llevaba sin dormir unas veinticuatro horas, pero nunca se había sentido tan despierta. Apenas podía ver la parte de arriba de la cabeza de Natasha en el asiento de adelante, pero tenía los ojos fijos en su pelo negro, deseando que se diera vuelta, que le dijera algo.

Pero siguieron el viaje en silencio, y cuando llegaron a la casa, Nick, con su sobrina en brazos, le hizo señas para que fuera al salón a esperarlo. Angela obedeció sin ganas.

Lo esperó una hora aproximadamente.

Ella saltó de la silla inmediatamente.

—Por favor, ¿cómo está? —dijo Angela, tratando de serenarse, pero con voz de ruego.

—Ha tenido un shock —la miró sin el gesto crítico que ella hubiera esperado. Luego fue al bar y se sirvió un vaso de agua mineral.

—¿Le has explicado…?

—Lo mejor que he podido, pero ella no ha respondido. Necesita tiempo para reflexionar.

—¿Puedo ir a verla arriba? Por favor…

Nick la miró durante unos segundos, y finalmente negó con la cabeza.

—No me parece que sea lo mejor —dijo él amablemente—. Natasha está disgustada y enfadada, y verte ahora sería peor.

—Sí —dijo ella en tono de derrota—. Nunca me imaginé que las cosas terminarían así —agregó sin mirarlo—. Si hubiera tenido una bola de cristal… Bueno, no tiene sentido pensar en eso, no se puede cambiar el pasado, ¿no? Sé que no me vas a creer, pero tú no sabes lo que fue no volver a tener noticias de tu hermana. Para mí ha sido maravilloso estar aquí, cerca de ella, y pensé que ella estaba empezando a confiar en mí.

Angela suspiró y luego siguió:

—Sabía que un día tendría que decirle la verdad, y realmente no había pensado qué decirle, pero creía que podía tener un final feliz —se rió amargamente—. Después de todo lo que me ha pasado en la vida, es increíble que haya sido tan ingenua.

—Supongo que más que ser ingenua, has tenido esperanzas.

—Ilusa, ingenua, optimista… Es todo lo mismo, ¿no?

— Ella miró en dirección a Nick y finalmente reunió coraje y le preguntó—: ¿Y ahora qué va a pasar?

—No va a ser fácil para ti —dijo él—. Pero me parece que lo mejor para ti es irte.

Angela permaneció sentada, inmóvil. Estaba pálida. Sabía que él era sensato, pero sus palabras la desgarraban.

—Natasha necesita tiempo para pensar. Cuando lo haya hecho, estoy seguro de que querrá ponerse en contacto contigo.

—Sí.

« ¿Cuándo?», se preguntaba. ¿Cuándo iba a querer ponerse en contacto con ella? ¿Dentro de un mes? ¿De un año? ¿Alguna vez?

—Iré arriba y haré las maletas.

–No hace falta que lo hagas. Puedes irte mañana por la mañana a última hora.

—No —ella se puso en pie y se alisó el vestido. Tenía las manos sudorosas—. No, prefiero hacerlo ahora, si no te importa. Tomaré un taxi hasta mi casa. No creo que haya trenes a esta hora.

—No seas tonta. Llévate el coche.

—No, de verdad. Prefiero no llevarlo —ella se esforzó en sonreír

al dirigirse a la puerta. Cuando pasó por su lado se detuvo y le dijo —: Me has dado la oportunidad de conocer a mi hija, por un tiempo. Gracias. Para mí ha sido muy importante.

Los sentimientos nobles y el control emocional no parecían ir bien juntos, así que ella se dio prisa para subir a su habitación antes de hacer el ridículo llorando delante de él.

Hizo las maletas a gran velocidad. Llamó a un taxi, y en una hora se encontró yendo a su casa. No se había atrevido a ir a ver a Natasha, por si no estaba dormida.

Ni se había detenido a decirle adiós a Nick. Le habría dolido demasiado.

En quince días se había asentado nuevamente en su casa. Afortunadamente, tenía la casa para ella sola, ya que Leslie se había ido durante tres semanas a una excursión organizada por el colegio. Los directivos de la escuela, a los cuales les había dado la información indispensable, habían estado de acuerdo en volver a darle su trabajo, pero tenía una semana libre antes de empezar nuevamente. Lo que era una suerte, porque ella necesitaba quedarse sentada al lado del teléfono, por si la llamaban. Incluso había invertido en un contestador automático, para evitar la posibilidad de que no la encontrasen en casa.

Pero su hija no la llamó. Había montones de mensajes de amigos, que se habían enterado de que había vuelto. Ella les había contestado, pero sin ganas, sólo por cortesía hacia su amistad. Ahora le tocaba esperar. No sabía hasta cuándo. O si alguna vez ocurriría la llamada.

Una noche, sentada frente al televisor, estaba pensando en Natasha cuando oyó que golpeaban la puerta. Ella casi no se le hizo caso. La luz del salón no se veía desde fuera. Así que podría haberse escondido en la oscuridad y no responder a quienquiera que fuera. Podían dejar el mensaje e irse. Pero como los golpes eran insistentes, finalmente se levantó y fue a abrir. Se quedó petrificada, mirando y mirando, hasta que por fin Nick le preguntó si podían pasar.

Natasha iba de la mano de su tío y tenía una expresión esquiva, la misma con la que Angela la había conocido.

Angela se dio cuenta de que tampoco estaba preparada para aquella escena. Pero los hizo pasar amablemente.

—El tío Nick me hizo venir aquí —dijo Natasha, y Nick sonrió secamente y le tocó el pelo.

—Mentirosilla —le dijo suavemente, y Natasha se puso colorada. Parecía enfadada.

—Creo que me haré un café —dijo él luego, mirando en dirección a la cocina.

Angela asintió vagamente, agradecida por el gesto de Nick.

Tan pronto como él dejó la habitación, Natasha, apretó sus manos delante de su regazo, y con el ceño fruncido aún, dijo:

—¡Me mentiste! ¡Tú me dejaste! ¡Te odio! Y se puso a llorar.

Capítulo 10

¿CUÁNTAS tazas de café has tomado? —preguntó Angela al entrar en la cocina. Luego, se sentó a la mesa. Era una mesa de pino pequeña, que había comprado de segunda mano.

La cocina era antigua. No tenía armarios, sólo unos estantes que ella había pintado en color amarillo claro a juego con las cortinas. No había tubo fluorescente.

Ella le sonrió cansinamente y apoyó el dorso de la mano en su frente. Luego se puso de pie y lo miró.

—A ver. Llevo aquí cerca de una hora y media. Eso hacen tres tazas de café, según mis cálculos —dijo Nick, sentado frente a ella, y le ofreció una taza de café. Ella aceptó agradecida.

—Gracias por traerla —dijo Angela finalmente.

Él se encogió de hombros.

—Ella quiso venir. Y yo no la iba a convencer de que no viniera.

—Esperé y esperé… Era difícil mantener la esperanza. Intentaba ponerme en su lugar. Natasha estaba enfadada y confundida. Pero ahora se lo he explicado.

—¿Cómo se lo tomó?

—¿Lo habló contigo cuando yo me fui? —le preguntó ella como respuesta.

—Sí. Pero te echaba de menos. Se le notaba en la cara cada vez que la miraba.

Angela sonrió al oírlo. ¿Qué habría entendido Natasha de lo que le acababa de explicar? Había omitido algunos detalles. Le había contado la historia al nivel de lo que podía entender una niña.

—Gracias por quedarte en la cocina. Necesitaba hablar a solas con ella. Está dormida ahora. La acosté en mi cama —la idea la hizo sonreír.

Tendría que ir recuperando los lazos con su hija de poco. Pero lo haría, con el tiempo. Estaba segura de ello. —¿Y tú? —le preguntó él, sin mirarla—. ¿Has encontrado trabajo?

—La escuela en la que trabajaba me ha vuelto a contratar. Han sido muy amables conmigo —ella hizo una pausa, tampoco quería mirarlo.

Ahora que estaba sola con él, se dio cuenta de cuánto recordaba su aspecto, su voz, la fuerza del sentimiento que su presencia le despertaba.

« ¿Y tú?», le hubiera gustado preguntar. «¿Me has echado de menos? ¿Has pensado en mí? ¿Todavía me desprecias?», pensaba ella.

—¿Y ahora qué va a pasar? Sé que tú tienes la custodia de Natasha, pero…

—Tú eres su madre, y quieres que viva contigo. —Es algo de lo que tenemos que hablar —le dijo Angela, respirando profundamente—. Me temo que no podré mantenerla según el estilo de vida que tú podrías… —El dinero no es lo más importante —él se puso en pie y caminó hasta el fregadero de la cocina. Nick miró por la ventana.

—De todos modos, Natasha no es exactamente una desamparada. De hecho, tiene una gran cantidad de dinero heredado de Clive y Amanda.

Angela no había pensado en eso. Pero daba igual. Ella quería que Natasha estuviera con ella, y su hija la necesitaba.

—Supongo que dejaremos que decidan los jueces… —dijo ella, dudando.

—No creo que haya ningún obstáculo. Las circunstancias son extraordinarias, pero tú eres su madre natural, después de todo —él hizo una pausa y luego dijo—: Entonces, ¿qué se siente al conseguir lo que querías?

—Lo dices como si hubiera sido un juego. Y no lo fue.

—Pero ella fue la razón por la que tú apareciste, y la razón por la que te quedaste. En realidad ella fue la razón de un montón de cosas que hiciste, ¿no?

Ella no contestó.

—Si Natasha termina contigo, tal vez puedas otorgarme algunos derechos de visitas. En primer lugar, la quiero, y además, creo que

es importante que ella recuerde el lazo que la unió a mi hermana.

—¡Por supuesto! —exclamó Angela—. ¡Y no hace falta que emplees ese tono agresivo conmigo! —Angela suspiró y cerró los ojos—. No quiero discutir contigo.

—¿No? ¿Y qué pasa si yo quiero discutir contigo?

Ella abrió los ojos y lo miró extrañada.

—¿Por qué diablos quieres discutir conmigo? Sé que te he engañado, pero no ha sido algo personal…

Él la miró con dureza, lo que le hizo pensar que había dicho algo que no estaba bien, así que seguidamente ella se hundió en el silencio.

—Quizás puedas dejarla aquí esta noche y volver mañana por la mañana, ¿qué te parece? —dijo Angela después de una pausa.

—Y quizás cuando venga mañana, encuentres otra razón para que la deje otra noche, ¿no? El hecho es que tiene que terminar el curso. Te propongo una cosa…

Angela se estremeció. —¿Qué tipo de proposición? —Puedes casarte conmigo, de ese modo ella no tendría que cambiar su estilo de vida. Ella tiene amigas en el colegio; y está empezando a centrarse en los estudios.

—¿Qué? —ella dejó el café y se aferró a la mesa, porque le daba la sensación de que todo le daba vueltas.

—Me has oído. Me parece una sugerencia razonable.

—En ese caso, debes haber perdido la cabeza —le dijo Angela.

Ella se había imaginado la vida con él más de una vez. Compartiendo su cama todos los días, sintiendo su piel. Pero él no le estaba ofreciendo amor, ¿no? El tocar la piel de Nick y que él la tocase era muy diferente de expresar sus sentimientos. Era matrimonio sin amor lo que le ofrecía, y aquello era una trampa, al menos para ella.

—Entiendo lo que dices sobre el colegio. Pero podemos ver cómo solucionarlo; los niños se adaptan fácilmente. Ella puede ir a una escuela nueva sin problema.

Se hizo el silencio entre ellos.

—En otras palabras, la idea te parece un disparate, ¿no?

—¡No he dicho eso! Simplemente que…

—¿Simplemente que qué…?

Angela no lo miró. Miró la mesa, y trazó con el dedo el dibujo

del estampado del mantel.

—Mira. Me doy cuenta de lo que estás diciendo, que Natasha está adaptándose al colegio, pero yo tengo experiencia en estas cosas, y créeme cuando te digo que no tendrá ningún problema para hacer nuevos amigos. Tu solución al problema me parece un poco extrema.

De todos modos, está fuera de lugar. Estoy de acuerdo en que hagamos algo para que ella termine lo que queda del curso en el mismo colegio, si estás de acuerdo.

Ella lo miró. Él tenía el semblante serio. ¿Por qué lo hacía tan difícil? Ella no quería dejarse arrastrar por su proposición. No quería hacer algo de lo que tuviera que arrepentirse luego. Tal vez una ruptura fuera mejor, aunque le costase terriblemente. El tiempo curaría las heridas del amor no correspondido, y ella tendría a su hija consigo.

—¿Y tú qué sugieres? Ya que como dices, tienes experiencia en este tema…

—Ella puede viajar los fines de semana para verme…

—También puedes volver a Londres para quedarte lo que queda del curso, supongo —la voz de Nick era desafiante.

Ella lo miró turbada.

—¿También me vas a decir que es una solución drástica ésa?—le reprochó él.

—Si no fuera por mis circunstancias, sería una buena idea, pero…

—¿Y cuáles son tus circunstancias? —la interrumpió antes de que pudiera terminar la explicación.

Ella deseaba que él se sentara, para que ella no tuviera que alargar el cuello para mirarlo.

—Te lo he dicho. Tengo un trabajo, que no me va a esperar hasta el comienzo del nuevo curso. La chica a la que reemplazo se va porque va a tener un bebé, así que no puede terminar el curso. Si no aprovecho esta oportunidad, no sé cuándo se me va a presentar otra. No es fácil conseguir trabajo como profesora.

—¿Estás segura de que ésa es la única razón por la que estás tan empeñada en quedarte aquí? En Londres hay bastante trabajo para profesoras. Puedes conseguir uno allí, y así Natasha puede quedarse en su colegio.

—¿Por qué tienes tanto empeño en que vaya a Londres? —preguntó ella, preocupada por que él quisiera dar marcha atrás y pelear por la custodia de la niña. Ella era la madre de Natasha, era cierto, pero no sabía cómo funcionaba la justicia en aquellos asuntos, especialmente cuando la custodia la tenía un hombre rico y poderoso como Nick.

—No has contestado a mi pregunta —le dijo él, sin mirarla a los ojos., pero con tono amenazador—. ¿Es el trabajo el único motivo por el que quieres quedarte aquí?

—¿Por qué otro motivo iba a ser? —ella frunció el ceño.

—Dímelo tú. Quiero decir, me mentiste para entrar en mi casa. ¿En qué otra cosa me has mentido? ¿Tienes algún hombre esperándote aquí? ¿Algún hombre cuya presencia pudiera haber estropeado tu plan? —¡Es horrible lo que estás diciendo! —Pero, ¿es cierto?

Angela miró a Nick. Entonces él decidió sentarse, no frente a ella, sino al lado de ella. Angela se alarmó. —¿Qué importa si hay un hombre en mi vida o no? —le dijo ella.

—¡Contéstame, simplemente!

—¡Quiero quedarme aquí por el trabajo! ¿Satisfecho? —¡No!

Ella esperó que él le explicara algo más, pero él no dijo nada. Se miraron fijamente. Ella oía el latido de su pobre corazón en medio de la tensión.

—Me temo que no puedo dejar que te quedes aquí —dijo Nick en un tono extraño.

Ella no entendía muy bien lo que pasaba. ¿De qué estaba hablando? ¿Se trataba de Natasha? ¿Qué otra cosa podía ser?

—¿Qué quieres decir con que no puedes dejar que me quede aquí? ¿Qué intentas hacer, arrastrarme a Londres? ¿O es que puedes conseguirme un trabajo en una escuela? —ella se rió nerviosamente.

—¿Por qué no quieres casarte conmigo?

La pregunta la tomó por sorpresa. Ella lo miró con los ojos bien abiertos durante unos segundos, y luego se puso colorada. Podría decirle que no podía casarse porque se había enamorado de él. ¿No era la razón más rara del mundo?

Pero ella no tenía intención de decírselo. Se quedó en silencio, esperando a que él siguiera hablando.

—Esto es difícil para mí… A nadie le gusta sentir que lo han utilizado…

—Te he dicho…

—Simplemente, escúchame, ¿es posible? —dijo él. Pero se quedó dudando. Luego dijo—: Me puse furioso cuando me enteré de que tú eras la madre de Natasha. Como te he dicho, yo siempre había sospechado que tú tenías otros motivos para estar en mi casa, que me habías mentido sobre tu trabajo, pero no se me ocurrió que aquélla podía ser la razón. Y de pronto todo cobró sentido. Pero aquello no me gustó nada.

—Lo siento… —Angela empezó a decir.

—Especialmente no me gustó porque… —dijo Nick. Le costaba hablar. Desvió la vista, buscando las palabras precisas sin éxito—. El hecho es que… Parece que la casa está vacía sin ti.

Angela sintió una sensación de placer. Y por primera vez su consciencia no le advirtió del peligro en las palabras de Nick. Ella estaba segura de que, si lo miraba, él adivinaría todo lo que ella había estado ocultándole. Pero él no la miró. Posó los ojos distraídamente sobre el fregadero de la cocina.

—Parece que me he acostumbrado a tu presencia —dijo él.

—¿Que te has acostumbrado a mi presencia? —preguntó ella casi sonriendo.

Él entonces la miró.

—Me alegro de que te parezca divertido todo esto —dijo él, frunciendo el ceño.

Ella sonrió.

—¿Quieres que siga? ¿O prefieres seguir riéndote?

—Me gustaría que siguieras —murmuró ella serenamente, tratando de disimular la sonrisa con un gesto serio—. Sigue, por favor —agregó después.

—Después de que me recobrara del enfado, pensé que el orgullo herido me haría olvidarte. Pensé que lo mejor que podías haber hecho era marcharte, y que era mejor no volverte a ver —él suspiró y negó con la cabeza contrariado. Luego tomó las manos de Angela, las miró y siguió hablando—: Me dije que había montones de mujeres en el mundo. Que tú no eras la única. Pero el caso es que no tenía ganas de buscarlas ni de salir con ellas. Eso me puso ansioso. —¿Sí?

—Lo que me llevó a pensar lo que te he dicho al principio. Descubrí algo con tu ausencia. Te echaba de menos. Aunque me dijera que no me gustaba lo que habías hecho, que era mejor que te hubieras marchado de mi vida, te echaba de menos terriblemente. Nunca me he sentido tan débil y vulnerable como en estas últimas dos semanas. Creo que te necesito, y te necesito porque, sin querer, sin darme cuenta, me he enamorado de ti.

Ella lo había intuido en aquel rostro defensivo, en la contradicción interna que expresaban sus palabras. Y hubiera gritado de alegría. Eran las palabras que tanto había querido escuchar, pero apenas podía reaccionar.

—Me doy cuenta de que no he sido muy comprensivo contigo, pero te amo, Angela, y no puedo dejarte escapar. No voy a dejar que te me escapes, aunque tenga que pelear por ello.

—No hace falta —le dijo ella en voz baja y lo miró a los ojos—. Odio las peleas. Sobre todo cuando no son necesarias.

Ella se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en sus muslos, y le dio un beso suave y lento, que le supo a miel, y que la hizo estremecer.

—¡No sabes cuánto he esperado oírte decir estas palabras! —dijo ella, separándose de él, pero tomando la cara de Nick con ambas manos—. Jamás me imaginé que me enamoraría de ti. ¡Hice el amor contigo porque te deseaba! Pero luego me di cuenta de que era mejor que me marchase porque… Porque pensé que tú te aburrirías de mí enseguida, y querrías que me marchase, que me alejara de tu vida. Y entonces habría perdido a mi hija por segunda de vez.

—¿Tú me amas? Deberías habérmelo dicho. Deberías haberme ahorrado mi confesión…

—¿Ahorrarte tu confesión? ¡Me ha parecido maravillosa! ¡Sólo lamento no haberla grabado para ponerla todos los días! —dijo ella con picardía.

—¡Bruja! —dijo él, riéndose. La atrajo hacia si y la hizo sentarse en su regazo.

Ella le rodeó el cuello. Nick le desabrochó los botones de la blusa, uno a uno, y se la quitó. Luego le quitó el sujetador, y le acarició los pechos.

—¿Has hecho el amor alguna vez en una cocina? —le preguntó él divertido.

Ella se rió picaramente.
—Nunca. Pero siempre hay una primera vez, ¿no te parece?
Los ojos de Nick se oscurecieron de deseo.
—Definitivamente.
Una primera vez para todo, pensó ella. Incluso para la felicidad.

FIN